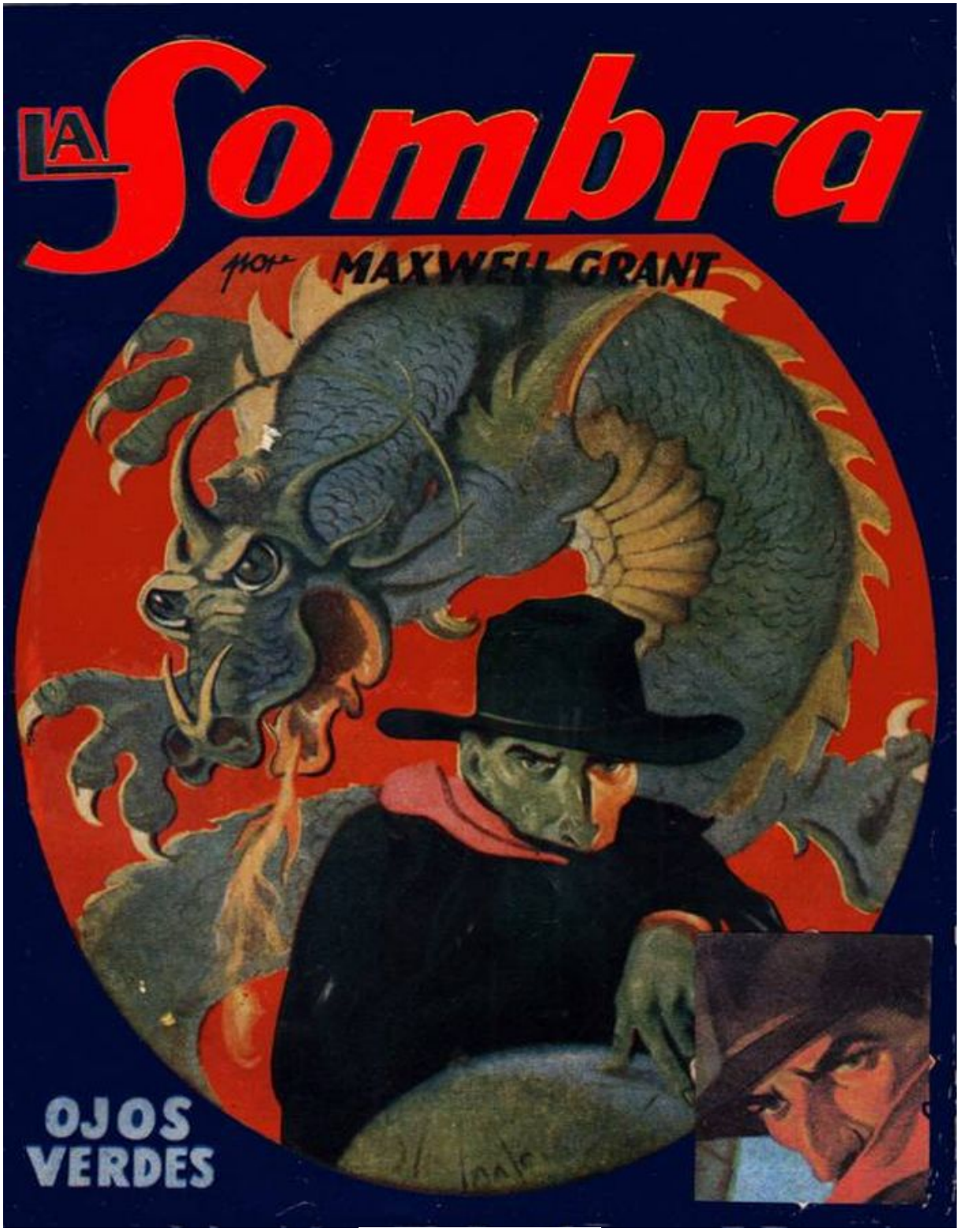
Ojos verdes

Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA MARCA DE LA MUERTE

El Mountain Limited avanzaba lentamente sobre la vía férrea que atraviesa la parte más agreste de América: la vertiente occidental de las Montañas Rocosas. La velocidad fue reduciéndose mientras el tren ascendía hacia el punto más elevado de su recorrido: unos siete mil pies sobre el nivel del mar.

Era más de medianoche.

Fuera, las sombrías montañas dominaban la vía férrea y parecían a punto de derrumbarse sobre el minúsculo tren y sus viajeros.

En el coche salón sólo quedaban unos cuantos hombres sentados en los cómodos sillones.

Casi todos dormitaban, a excepción de uno que, sentado al final del vagón, daba furiosas chupadas a una pipa apagada. Parpadeaba incesantemente y cada vez que alguno de sus adormilados compañeros hacía algún movimiento, se volvía aterrorizado.

Sacando del bolsillo un reloj, le dirigió una rápida mirada que enseguida volvió hacia el vagón. Satisfecho al notar que nadie le observaba se puso en pie y fue a sentarse a una de las mesitas escritorios.

La mano le temblaba, en parte debido a los movimientos y, en parte, a su nerviosismo. Sin hacer ningún esfuerzo por dominar el temblor de la pluma, escribió rápidamente sobre el papel. En ese apresuramiento había algo furtivo.

Por fin firmó con el nombre de Stephen Laird y secó la carta. En ese instante uno de los viajeros murmuró unas palabras, y Laird se guardó presuroso la carta en un bolsillo. Reclinóse contra el respaldo de la silla y asumió una expresión de falsa indiferencia.

Durante un minuto permaneció inmóvil, atento al menor movimiento de sus compañeros de viaje. Al fin sacó del bolsillo la carta y la colocó sobre el escritorio.

Rápidamente escribió en un sobre la dirección del destinatario de la carta, metió ésta dentro, cerró y franqueó el sobre y, poniéndose en pie se dirigió hacia la parte delantera del coche salón. Cuando ya se disponía a salir, regresó presuroso al escritorio, cogió el secante que había utilizado y lo guardó en el bolsillo.

Tratabase de una hoja nueva, y en ella había quedado perfectamente reproducido lo que Laird escribiera. La frente del hombre se perló de sudor ante lo muy cerca que, había estado de cometer un error irreparable.

El sudor puso de relieve, en la frente, una marca roja como la sangre. Había, en ella algo estremecedor.

Laird dirigióse de nuevo hacia la parte delantera del coche. En el momento que llegaba al corredor apareció el empleado que cuidaba del coche salón.

Laird le tendió al adormilado negro un billete de un dólar.

-¿Cuándo podrás echar al correo una carta mía? -preguntó en voz baja y nerviosa.

-La próxima estación es Truckee, señor -contestó el empleado.

-¿Cuánto falta?

-Cerca de cuarenta minutos. El tren empezará a bajar pronto.

Laird vaciló. Su mano derecha fue hacia el bolsillo donde guardara la carta.

-Ven a verme dentro de veinte minutos. Entonces tendré una carta para ti.

-Perfectamente, señor.

-O si no, espera un momento -Laird sacó del bolsillo la carta y la conservó, vacilante, en las manos. Miró fijamente al empleado por entre sus entornados párpados.

El negro devolvió tímidamente la mirada. Notó que aquellos ojos parecían dos aguzados cuchillos, y el empleado se estremeció supersticiosamente.

AL fin pareció satisfecho de su escrutinio. Respiró con más facilidad y tendió la carta al empleado. Este la miró un momento y al fin dijo:

-No tenga usted cuidado, señor Laird, la echaré al correo. ¡No me olvidaré!

Laird dio un respingo.

-¿Cómo sabes mi nombre? -pregunto amenazador.

-Lo he leído en el sobre, señor.

De nuevo se calmó Laird. El empleado trató también de serenarse; para cuando estaba a punto de conseguirlo volvió a perder la cabeza al fijarse en la mancha roja de la frente de Laird. Había, en ella algo inexplicablemente siniestro que llenó de terror al negro.

Laird se echó a reír, en parte debido al alivio que sentía de verse libre de la carta y en parte a causa del pánico del empleado. AL fin se volvió y dirigióse con paso firme hacia la parte posterior del vagón.

Cuando el viajero se hubo alejado, el negro continuó inmóvil tratando de conectar mentalmente la marca roja con algo que hubiera ya visto antes. AL fin movió la cabeza, y encaminóse a la estantería situada al extremo del vagón. Depositó la carta junto a otras seis o siete que ya había en él, dispuestas a ser recogidas en Truckee.

El negro desapareció dentro de la cabina donde se guardaba la ropa de las camas y cerró la puerta. Al momento uno de los adormilados viajeros se puso en pie y corrió presuroso hacia la estantería.

Miró si alguien le observaba y, sin perder un minuto, sacó la carta que acababa de ser depositada allí. Luego abandonó el vagón.

El tren redujo aún más su marcha al llegar al desfiladero entre las montañas.

Cuando el hombre que acababa de robar la carta dirigíase hacia donde había desaparecido Laird notó que el tren apenas se movía.

El ladrón de la carta llegó al último vagón. Estaba completamente desierto.

El desconocido fue hasta la puerta de cristales que daba a la plataforma posterior y, tras una breve vacilación, salió al exterior.

A pesar de que era más de la una, un hombre continuaba sentado en la oscuridad, en el lado izquierdo de la plataforma. Dirigió una rápida mirada al recién llegado, pero éste no pareció prestarle la menor atención. En vez de esto limpió de polvo una de las sillas libres y se sentó en el lado derecho.

Al cabo de unos minutos el viajero de la izquierda encendió un cigarrillo.

A la luz de la cerilla quedaron visibles las enjutas y nerviosas facciones de Stephen Laird. La mancha roja también se destacó, sobre los parpadeantes y furtivos ojos.

La cerilla se apagó. Laird inclinó hacia adelante la cabeza, mirando fijamente los rieles que se extendían hacia la costa.

El vagón traqueteó al cruzar un paso a nivel. Apareció un poste de señales.

En él sólo se veía una luz verde. La mirada dc Laird se clavó en dicha luz.

El hombre no pudo contener un estremecimiento. Aquel disco de brillante resplandor verde despertó algún horrible recuerdo en su memoria.

-¡Verde! ¡Verde! – murmuró-. Como aquellas otras luces... como aquellos terribles ojos.

Las palabras no fueron pronunciadas con fuerza suficiente para que el hombre que había robado la carta pudiese oírlas. Además, aunque hubiesen sido pronunciadas en voz más alta, tampoco hubiesen podido ser oídas, pues en aquel momento pasó un largo tren que marchaba en dirección contraria.

Sonó el chirrido de los frenos, a la vez que un grito de muerte se elevaba en la plataforma. Fue un grito que creció durante unas fracciones de segundo y al fin terminó en un estertor.

El tren se detuvo, un empleado subió pon el lado derecho de la plataforma.

Llevaba una linterna que agitó para indicar al maquinista que podía aumentar la velocidad. El Mountain Limited se puso nuevamente en marcha can creciente velocidad. El hombre de la linterna, una vez cumplida su tarea, se dispuso a entrar en el vagón. Su roja linterna se movió a menos de un metro de la silla que Laird había ocupado.

La luz reveló la derrumbada e inmóvil forma de un hombre, cuya respiración brotaba entrecortada de sus labios.

El ferroviario dejó su linterna en el suelo y, cogiendo al hombre, lo metió dentro del vagón, dejándolo sobre un sofá.

La luz del vagón reveló un horrible espectáculo. El pecho de Stephen Laird estaba cubierto de sangre. Su chaqueta y camisa estaban hechas jirones.

¡Había sido brutalmente apuñalado!

El ferroviario se arrodilló para sostener a la víctima y llamó al empleado del vagón. Este fue en busca del jefe del tren que intentó hacer beber unos sorbos de agua a Laird.

El jefe del tren y el hombre del farol notaron la roja marca de la frente de Stephen Laird, mientras el empleado del vagón corría en busca de algún médico, pues era indudable que sin su auxilio Laird no viviría los pocos minutos que faltaban para llegar a Truckee.

Los labios de Laird se movieron. El jefe del tren se inclinó para captar las palabras quo pudieran, acaso, revelar la identidad del asesino.

-Ojos...-murmuró el moribundo-. Ojos verdes...

El jefe del tren sacó una libreta y anotó presuroso las dos palabras.

-En... el par... que...

-Sí, en el parque-apremió el jefe del tren-. ¿En qué parque?

-De...-la palabra terminó en un estertor. Una bocanada de sangre la ahogó.

Las últimas palabras del moribundo apenas pudo oírlas el jefe del tren.

-D...e...a...d...o...

Los pálidos labios trataban de decir algo de tan gran importancia que era preciso deletrearlo; pero la muerte impidió la terminación del mensaje.

La boca, de Stephen Laird se abrió y otra bocanada de sangre ahogó, esta vez para siempre, las palabras del infeliz viajero.

Un médico violentamente despertado acudió junto a Laird, a tiempo sólo de certificar la muerte, por arma blanca, del desgraciado.

El jefe del tren registró los bolsillos del muerto en busca del billete de ferrocarril. Lo encontró dentro de un sobre en el cual se leía el nombre de Stephen Laird. Escribió el nombre en una hoja de papel, bajo la cual copió sus notas que a continuación leyó al doctor:

"Ojos verdes. En el parque de Deado" o "EL parque Deado".

EL ferroviario que encontrara el cuerpo de Laird llamó al jefe del tren y le condujo al lugar donde recogiera al moribundo. En el suelo se veía una mancha de sangre. -Aquí he encontrado esto-dijo el hombre tendiendo a su superior un trozo de papel blanco.

El jefe del tren cogió el fragmento de papel. Era un trozo del secante que Laird había guardado en el bolsillo. En él se veía tan sólo las letras "RD" al revés, el final de la firma, del asesinado.

El jefe del tren no comprendió esto y buscó en vano el resto del secante.

-Vaya a buscar al empleado del coche salón-ordenó el jefe-. Este parece un trozo de las secantes que utiliza la Compañía. Quizá él sepa algo.

El negro llegó conducido por el hombre del farol. Al entrar en el coche dirigió una cautelosa mirada al cadáver.

-Sí, señor-contestó cuando su jefe le preguntó si sabía algo-. Ese señor me dio una carta hace un momento. La dejé en la estantería, para echarla al corran en Truckee.

Mientras hablaba había buscado la carta de Stephen Laird. No pudo hallarla.

La carta había desaparecido.

Entretanto los demás empleados del tren, se esforzaban en alejar del último vagón a los demasiado curiosos viajeros.

-Aquí hay un señor que dice ser periodista-dijo de pronto el hombre del farol, dirigiéndose al jefe del tren-. ¿Le dejo pasar?

EL jefe asintió. Un hombre en pijama penetró en el coche. Mostró al jefe del tren sus credenciales. Era corresponsal de un sindicato periodístico y regresaba del Oeste.

El jefe del tren explicó al reportero todo cuanto sabia. Los ojos del periodista se iluminaron. Era aquel un buen reportaje. "Asesinato en el Mountain Limited". Ya se imaginaba las titulares de su periódico.

-Laird dijo algo acerca de ojos, de unos ojos verdes-explicó el jefe del tren-. Pero seguramente antes debió de decir algo, pues yo tardé un poco en llegar junto a él. Anoté sus palabras. Son estas: "Ojos verdes. En el parque de Deado."

Oyóse un estridente silbido. El tren estaba entrando en la estación de Truckee donde las autoridades se harían cargo del cadáver y del misterio.

El pequeño grupo que rodeaba al muerto guardaba silencio. El periodista se había sentado y redactaba a toda prisa un telegrama, para remitirlo desde la estación.

Pero en dicho telegrama no se decía nada de la roja mancha de la frente de Stephen Laird, pues nadie se había acordado de hacer mención de ella.

Dicha marca apenas se notaba en aquellos momentos. No era más que una leve mancha.

En vida de Laird, la roja mancha de su frente había llamado la atención de tres personas: el empleado del vagón, el jefe del tren y el hombre del farol.

Ahora Laird estaba muerto, y la marca moría también, como si estuviera conectada con su alma más que con su cuerpo.

El empleado negro había regresado a su puesto. La prensa y las autoridades fueron informadas de que un hombre había sido hallado apuñalado en la plataforma del último vagón; junto a su cuerpo se encontró un trozo de papel secante; antes de morir el hombre pronunció unas vagas palabras; y una carta que escribió poco antes de ser apuñalado fue robada.

Pero entre todos estos detalles referentes al crimen, el más importante de todo era, aquella marca roja.

¡Pues a ella se debia el asesinato de Stephen Laird!

¡Aquel punto rojo, con brillo de sangre, era la marca de la muerte!

¡Una vez que la muerte hubo descargado su golpe, la marca ya no era necesaria y había desaparecido!

CAPÍTULO II
EL ROSTRO EN LA OSCURIDAD

Varios días habían pasado desde la extraña muerte de Stephen Laird, pasajero del Mountain Limited. AL principio el crimen causó enorme sensación. Pero como no se vislumbraba la menor posibilidad de solución, cayó pronto en el olvido.

Era de noche en San Francisco. Un hombre alto y bien vestido entró en el vestíbulo del Hotel Aldebarán. En la mano derecha llevaba una pequeña maleta. Dirigióse al despacho de recepción. El empleado anotó con letra clara el nombre del nuevo huésped.

El nombre era el de Henry Arnaud.

-¿Qué clase de habitación desea usted, señor Arnaud?-preguntó el empleado.

-Me gustaría una del último piso.

El empleado miró la lista de habitaciones libres. El Aldebarán era un hotel de segunda categoría y nunca estaba lleno.

Pero debido a su situación en una de las calles más ruidosas, las habitaciones del último piso estaban siempre ocupadas.

En aquel momento sólo había una desocupada en el octavo piso, el más alto del edificio. El empleado fingió no verlo.

-Puedo ofrecerle una habitación en el séptimo piso...

-No-replicó Arnaud, moviendo vigorosamente la cabeza-. Quiero estar lo más alto posible. Si no puede darme una habitación en el último piso, buscaré otro hotel.

-Un momento; volveré a mirar-el empleado fingió hacer un súbito descubrimiento:

-Aquí hay una. La habitación ochocientos seis. Es una de las mejores, señor Arnaud.

Este pareció satisfecho y entregó su maleta a uno de los botones.

El empleado cantó el número de la habitación y Henry Arnaud dirigióse hacia el ascensor.

Había un motivo muy justificado para que la habitación 806 estuviese vacante. Hasta unas noches antes la había ocupado Stephen Laird. Este abandonó el Aldebarán para dirigirse a Chicago en el Mountain Limited.

La Policía de Truckee descubrió un sobre en uno de los bolsillos de Laird, en el cual estaba anotado el número de la habitación y el nombre del hotel donde se había hospedado en San Francisco.

Por ello, a la mañana siguiente del crimen, la Policía de San Francisco se presentó en el Aldebarán para registrar la habitación, en busca de alguna pista que condujera a la solución del asesinato de Stephen Laird.

La habitación estaba vacía de toda prueba, y el empleado del despacho de recepción fue advertido de que la conservase vacante durante unos días.

Dicha prohibición había ya expirado; pero la habitación 806 no debía ser ofrecida a ningún huésped sin motivos fundados para hacerlo. Aquella noche Henry Arnaud insistió en conseguir una habitación del octavo piso. Por ello se le dio la única que estaba vacante.

EL empleado dirigió una mirada al vestíbulo. Quería asegurarse de que la ocupación del cuarto número 806 no había producido comentarios.

Un hombre, que había estado leyendo el periódico salía en aquellos momentos del vestíbulo; los demás permanecieron inmóviles.

Entretanto, Henry Arnaud había llegado a la habitación 806. La habitación ocupaba un ángulo del hotel. Una de sus ventanas daba a la calle principal, la otra a un solar.

La habitación era pequeña. No tenía baño. Un amplio guardarropa se abría en una de las paredes. El único detalle moderno de aquella estancia era una lámpara para lectura colocada sobre una mesita, junto a la cama.

Sin embargo, Arnaud no pareció disgustado por el aspecto del cuarto. Dio una propina al botones y, cuidadosamente, cerró la puerta. Sentóse en una silla junto a la cama. De su abrigo de entretiempo cogió un periódico atrasado.

La mirada de Arnaud se posó sobre un párrafo en el que se relataba la muerte de Stephen Laird. Era un relato exacto de lo ocurrido al infeliz.

En él se detallaban las palabras que el jefe del tren había oído de labios del moribundo. Todas ellas eran un misterio para el periodista que escribió el reportaje. En él también se

contaba lo referente al sobre con el número de la habitación que Stephen Laird ocupara en el Alderabán.

Henry Arnaud sonrió al llegar a este punto. Explicaba su presencia allí aquella noche. No fue por casualidad que escogió aquella habitación. La luz que se reflejaba sobre el rostro de Arnaud revelaba unas facciones poco corrientes, como cinceladas por mano humana, resultando, a causa de ello, inexpresivo.

Hubiera sido difícil decir con exactitud la edad de aquel hombre. Su cara era una verdadera máscara, tanto más inescrutable cuanto más de cerca se examinaba. Lo más notable de aquel rostro eran los ojos, cargados de misteriosos resplandores.

Muy despacio, Arnaud levantó una mano y apagó la luz. La habitación quedó sumida en las más profundas tinieblas. No se veía en ella la menor huella de su ocupante.

Henry Arnaud no se había movido de su asiento. Sólo su mirada habíase trasladado hacia la ventana.

A bastante distancia vió el halo luminoso que ascendía de una parte de la ciudad brillantemente iluminada. Henry Arnaud estaba contemplando el más extraño y fascinador distrito de América; El barrio chino de San Francisco.

Letreros luminosos brillaban en el aire, mostrando sus caracteres chinos, acompañados de su traducción inglesa. Era, sobre uno de esos letreros que se clavó la mirada de Henry Arnaud. El anuncio decía, en grandes letras:

TEATRO MUKDEN

El anuncio en si era una bizarra creación oriental. Una especie de luminoso dragón parecía, arrastrarse por los bordes del anuncio hasta llegar a una bola que se encendía a su contacto.

En medio veíase una serie de luces amarillas que no se movían. Encima del anuncio dos círculos de luz verde brillaban uno al lado del otro. Parecían un desafío al hombre que les observaba desde la ventana del hotel.

De haber sido un imaginativo, Henry Arnaud hubiera podido creer que aquellas luces le estaban mirando fijamente.

¡Clic! La luz se hizo en la habitación. Henry Arnaud se puso en pie y se quitó el abrigo y la americana. A continuación se quitó la corbata y el cuello.

Descolgó el teléfono y ordenó agua helada.

Cuando llegó el botones, Arnaud abrió la puerta y salió al pasillo para recoger la botella. Mientras daba una propina al empleado, ahogó un bostezo.

-Haz el favor de decir abajo que me llamen a las siete y media. Diles que insistan hasta que me despierte. Se necesita mucho ruido para despertarme.

-Muy bien, señor-contestó el botones.

Se cerró la puerta.

El botones había regresado junto al ascensor y estaba aguardando en medio del silencio del pasillo,

En el otro extremo del pasillo una puerta se entreabrió. Unos ojos, cargados de siniestros propósitos, miraron por ella. Su mirada se clavó en la única salida del cuarto de Arnaud. Vigilaban y esperaban; asegurándose de que el huésped dcl 806 no se marchaba.

Al fin una figura salió por la puerta. Era pequeña y grotesca y se arrastró lentamente, sin hacer el menor ruido mientras avanzaba. Las ropas que vestía eran oscuras; pero el rostro encima de ellas era amarillento. A pesar de las tinieblas, hubiérase dicho que se trataba de un chino

Al llegar a la puerta 806 acercóse para escuchar atentamente. Sin embargo, procuraba mantenerse en la oscuridad, dispuesto a huir hacia el otro cuarto a la primera señal de la proximidad de alguna persona.

Dentro del cuarto, Henry Arnaud hallábase de nuevo oculto en las tinieblas.

Las únicas señales de su presencia que llegaban hasta el hombre que aguardaba fuera eran los ruidos que producía.

Oyéronse los chasquidos de las cerraduras de la maleta; varios carraspeos; el batir de la puerta del guardarropa. Al fin crujió el lecho, como si Arnaud se hubiera dejado caer sobre él.

El rumor de su respiración era interrumpido de vez en cuando por una ligera tos. Poco a poco esos sonidos fueron decreciendo, y, al fin, reinó un silencio casi absoluto.

El hombre junto a la puerta escuchaba con la mayor atención. AL apagarse todos los ruidos se movió lentamente. Una de sus manos insertó diestramente una llave maestra en la cerradura. La llave giró. La otra mano se posó en el tirador.

Suavemente la puerta del cuarto de Henry Arnaud se fue abriendo. A pesar de la penumbra del corredor, si Henry Arnaud hubiera estado despierto, habríase dado cuenta de que la puerta de su cuarto se abría. No debía de estarlo desde el momento en que no hizo el menor movimiento.

El siniestro visitante consideró de buen augurio ese silencio. Penetró silenciosamente en el cuarto y cerró tras él la puerta.

Pasó agachado junto a los pies de la cama, sin que la poca luz que entraba por la ventana, bastase para revelar la presencia del oriental.

Pero uno de los débiles rayos de luz que llegaban del barrio chino, reveló algo de los propósitos del hombre. Una hoja de acero brilló en la mano derecha del intruso. Era un puñal... la silenciosa arma de un silencioso asesino.

El chino se detuvo junto a la mesita situada a la cabecera de la cama. Una de sus manos se extendió hacia el interruptor de la luz. La otra levantó el puñal. EL hijo del Celeste Imperio había proyectado bien su ataque. Estaba dispuesto a realizar a la vez dos operaciones. Cuando se encendiera la luz el arma descendería velozmente hacia un punto vital, antes de que la dormida víctima se diera cuenta del peligro.

¡Clik! Se encendió la luz. Su súbito resplandor descubrió el rostro que hasta entonces había permanecido oculto en la oscuridad. Era un rostro amarillo, cuyos almendrados ojos buscaban el inmóvil e indefenso cuerpo que debía reposar en el lecho.

La hoja del puñal brillaba junto a aquel siniestro rostro. Pero permanecía suspendida, inmóvil.

El lecho estaba vatio. No sólo vacío, sino que ni siquiera había sido deshecho.

¡Henry Arnaud no estaba allí!

El rostro del oriental se convirtió en una horrenda máscara de odio. El hombre dio rápidamente media vuelta en busca de su presa. Sin apagar la luz, se dejó caer al suelo y miró debajo de la cama. Arnaud no se ocultaba allí.

El chino aproximóse rápidamente al guardarropa, único lugar en la iluminada habitación donde podía ocultarse alguien. La puerta estaba cerrada por fuera, evidente señal de que nadie habíase escondido allí.

Pero el chino deseaba asegurarse. Una amarillenta mano descorrió el pestillo, abriendo la puerta. El asesino precipitose dentro del guardarropa, con el puñal en alto.

Pero el guardarropa, lo mismo que el lecho, estaba vacío.

En el repulsivo rostro del chino se pintó la mayor perplejidad. Por un momento el hombre quedó desconcertado. Pero se repuso en el acto. Saltando hacia atrás, apagó la luz.

En la oscuridad, los ojos del chino siguieron buscando a su víctima. Fue hasta la ventana y se asomó a la calle. Desde allí hasta el suelo había una distancia de treinta metros.

El contraído rostro se volvió hacia la lejana luminosidad del barrio chino. El anuncio del Teatro Mukden seguía brillando en el cielo. Sólo los dos puntos verdes habían desaparecido.

Los ojos del chino volvieran a recorrer la habitación.

Diez minutos después, una figura salió del cuarto 806 y se dirigió hacia el otro extremo del corredor. La puerta del cuarto estaba cerrada; pero el burlado asesino seguía aguardando en su propia habitación.

Dentro del cuarto 806 la lejana luz del barrio chino fue borrada por una negra sombra que cubrió la ventana. Henry Arnaud había regresado.

Silenciosamente dirigióse hacia donde estaba su maleta. La cogió y fue de nuevo, con ella, hacia la ventana.

Una vez allí la ató a una delgada cuerda que pendía de arriba.

El cuerpo de Arnaud, casi invisible, cruzó la ventana hacia el exterior. Unos brazos largos y musculosos levantáronse, y unas manos se agarraron a unas molduras de la fachada.

Con asombrosa agilidad, el hombre se elevó a pulso hasta la azotea del hotel. Mediante la cuerda a que la había atado, subió hasta él la maleta.

Se dirigió por la terraza hacia la parte posterior del edificio. Descendió por la pared hacia un edificio más bajo, desapareciendo corno si se lo hubiera tragado la noche.

Henry Arnaud se había marchado. No reapareció. Pero, en su lugar, un hombre alto, envuelto en una negra capa y cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas, llegó al final de una estrecha calle, situada a una manzana del Aldebarán.

Deteniéndose a esconder bajo la capa la maleta, el hombre miró a su alrededor. De sus ocultos labios brotó un sonido burlón y estremecedor, que se perdió en la noche.

¡Bajo el aspecto de Henry Arnaud, La Sombra había llegado a San Francisco! ¡La Sombra, el temido vengador, que amenazaba a los maleantes del Este, había llegado a la costa del Pacífico!

¿Qué propósitos le llevaban allí? ¿Se referían a la extraña muerte de Stephen Laird? ¿Había, ese crimen revelado la existencia de unas manos asesinas cuya acción sólo podía ser terminada por aquel hombre que tenía declarada una constante e implacable guerra a la delincuencia?

¡Sólo La Sombra lo sabía! Aquella noche había burlado al primero de sus ocultos enemigos. Penetró en la trampa preparada por un asesino y salió de ella sin ningún mal y después de haber burlado al hombre cuyo repulsivo rostro salió de la oscuridad.

Entretanto, en el hotel, el rostro amarillo continuaba vigilando la puerta del cuarto vacío.

La Sombra, extraño mago de la noche, habíase enterado de por qué Stephen Laird ocupó aquella habitación. Una vez logrado este conocimiento, La Sombra se había marchado. Sólo quedaba el eco de una burlona y estremecedora carcajada.

CAPITITULO III
UNA CONFERENCIA A MEDIANOCHE

Dos hombres estaban sentados en un saloncito elegantemente amueblado.

Uno de ellos, de unos cincuenta años, vestía traje de etiqueta.

Su grisáceo cabello le daba una gran dignidad. Sus ojos, dulces y bondadosos, revelaban no obstante, firmeza y comprensión.

El otro, con traje de calle, representaba unos quince años menos. Su rostro era el de un hombre de acción. En aquel momento era él quien tenía la palabra.

-He venido a verle, señor Darley, porque es usted un hombre de confianza. Puede que le sorprenda mi visita. Se preguntará a qué se debe. Pronto lo comprenderá.

"Y a le dije que mi trabajo concernía al Comité Civil de San Francisco, del cual es usted el jefe; pero también debo advertirle que es de una naturaleza que lo convierte en un asunto privado entre usted y yo.

Joseph Darley asintió lentamente. Se daba perfecta cuenta de que la entrevista era muy importante. Aquella tarde había recibido una llamada telefónica de aquel hombre que decía llamarse Cleve Branch.

Darley le dio cita en su casa a medianoche.

Como presidente del Comité Civil, Darley gozaba de una elevada posición, y reuniones del tipo de la de aquella noche no eran raras en su trabajo. Por ello contestó con firmeza:

-Sea cual sea su propósito, señor Branch, puede confiar en mi discreción. Por lo que me ha dicho, comprendo que desea usted mi cooperación para determinada empresa. Tanto si puedo prestarle esa cooperación como si no, le prometo que, sea lo que sea lo que usted me diga, no llegará a oídos de otra persona.

-Perfectamente. Mi trabajo, señor Darley, es por cuenta de la Oficina de Investigación, Departamento de Justicia del Gobierno de los Estados Unidos.

Darley inclinóse hacia adelante. Ahora se daba cuenta de la enorme importancia, de aquella visita.

En precedentes ocasiones, Darley había proporcionado informes de gran importancia al gobierno. Había llegado la ocasión de prestar nuevamente sus servicios.

-He venido a San Francisco a realizar una detallada investigación acerca de las actividades del Wu Fan, y a enterarme de la vida y milagros de su organizador el chino Ling Su-explicó Branch.

Darley se recostó en su asiento. Pensativamente clavó la mirada en el techo.

-¿Conoce usted a Ling Su?-preguntó Branch.

-Sí. Le conozco. Mejor dicho: le conozco perfectamente. Es un hombre nada vulgar. Un chino idealista y, por lo tanto difícil de ser comprendido por nosotros.

-¿Y el Wu Fan?

-Antes de contestar a esa pregunta me gustaría conocer la idea que se ha formado usted del Wu Fan-replicó Darley, con una sonrisa-. Le digo eso porque seguramente está usted informado de sus actividades fuera de San Francisco.

"Dicho en otras palabras: usted habrá visto, sin duda, algo de los efectos; y, en cambio, yo creo estar informado de las causas. ¿Debemos ir de la causa al efecto o del efecto a la causa?

-Puedo explicarle lo que sé - dijo Branch-. No es difícil. Cuando oímos hablar por primera vez de la organización, supusimos que se trataba de uno más de los tongs chinos. Sin embargo, pronto descubrimos que era algo distinto.

"Nuestros agentes nos comunicaron que en casi todas las ciudades donde habitan chinos, había hombres de esa raza, que parecían estar identificados con la orden. Se trata siempre de miembros de las clases más emprendedoras. Propietarios de restaurantes mas que lavanderos.

"Todos llevan un emblema semejante a éste-y Branch sacó del bolsillo un botoncito blanco con una cabeza de dragón dorada-. Los hay de distintos colores. Hemos visto numerosas variaciones; y nos hemos enterado de que en la organización hay unos miembros que viajan de una ciudad a otra.

"También hemos descubierto que los miembros fijos hacen pagos de bastante importancia, a los viajeros. El interrogatorio de los asociados sólo ha recibido vagas

respuestas. Nadie en el mundo es capaz de decir menos que un chino cuando es interrogado contra su gusto.

"A pesar de ello hemos podido enterarnos de que algunos de los chinos de esa asociación se consideran seres importantes. Y, aun hay más. Según parece hay algunos norteamericanos asociados al Wu Fan. Si consiguiéramos localizarlos seguramente hablarían. Pero aunque hemos oído hablar de ellos jamás los hemos visto.

-Sé que Ling Su conoce a numerosos americanos-asintió Darley-, pero ignoraba que estuvieran interesados activamente en sus pintorescos planes.

-Hubo uno que lo estaba, pero ya no lo está-afirmó brevemente Branch-. Por ello estoy aquí.

-¿Conoció usted a uno?

-Supe de él. Y él supo de mí. Tenia que entrar en contacto conmigo. Yo le estaba esperando; pero el pobre murió repentinamente.

-¿Cómo?

-Fue asesinado hace unas noches. Apuñalado en el Mountain Limited.

-¿Se refiere usted a ese Laird?-inquirió Darley-. ¿El hombre que fue hallado moribundo en la plataforma del último vagón?

-Ese mismo. Si ha leído usted los periódicos se habrá enterado de que Laird escribió una carta poco antes de morir. Tengo motivos para sospechar que la carta estaba dirigida a mí.

-¡Muy curioso! - exclamó Darley-. Es realmente asombroso. ¿Está usted seguro de que su muerte fue debida al Wu Fan?

-Eso no-replicó Branch-. Creo que su muerte está relacionada con el Wu Fan, pero no puedo decir de qué manera.

-¡Ah! Ese es un punto muy importante. Hace entrar en escena a otros elementos. Es posible que pueda ofrecerle una posible solución. De todas maneras lo que usted me dice me causa una gran sorpresa. ¿Sabe usted algún otro caso parecido al de Laird?

-No-replicó Branch.

-¿No sabe usted nada más acerca del Wu Fan?

-Nada más importante.

-Entonces ha llegado el momento de que le explique lo que sé. Usted sólo conoce los ángulos confusos del Wu Fan.

"Si conoce la naturaleza china sabrá que cada individuo interpreta a su manera los asuntos más importantes. Este es uno de los motivos por los cuales un gobierno central no ha sido nunca eficaz en China. Esta es la razón de que sólo pueda obtenerse una clara idea del Wu Fan y de sus propósitos mediante un estudio sobre el mismo Ling Su.

-¿Y usted conoce a Ling Su?

-Sí. El Wu Fan es, arte todo, un problema de San Francisco. Empezó aquí, se hizo fuerte aquí; y el Comité Civil intervino en el asunto. Entonces conocí a Ling Su.

-¿Qué efecto le produjo el hombre?

-Me pareció que era un caballero chino muy culto, un idealista oriental, cuyos proyectos son tan asombrosos como absurdos.

"El Wu Fan es una curiosa paradoja. Es a la vez un sueño de inútiles ceremonias, y a la vez un gigantesco proyecto de hacer que la raza de Ling Su, sea la dominadora de América.

-¿Quiere usted decir que Ling Su cree que puede...?

-Quiero decir que Ling Su se enorgullece de ser el emperador de un dominio tan colosal que abarca por entero a los Estadas Unidos; y que en cuanto él pronuncie la palabra, sus fieles seguidores lo gobernarán. Pero entretanto es lo bastante listo para no pronunciar la palabra.

-Pero esos hombres que trabajan para él...

-¡Ah! Son creyentes. Ha dividido todo este país en imaginarias provincias. Ha nombrado virreyes y prefectos. De ellos cobra tributos. Siguiendo el sistema chino vende los altos cargos al mejor postor.

-Entonces hay peligro de que ocurran sublevaciones de chinos en el país ¿no?

-¿Peligro? - Darley se echó a reír-. Teóricamente sí. Prácticamente no. El imperio de Ling Su es un sueño del futuro. Calcula que la población china aumenta en los Estados Unidos más rápidamente que la blanca. Hoy día, debido a su número, los chinos ocupan una posición servil; pero en los años futuros aumentarán hasta convertirse en una poderosa minoría.

"Ling Su prevé que cuando llegue ese momento serán perseguidos. Se dictarán leyes restrictivas contra ellos. Entonces sólo entonces-el jefe de ese invisible imperio chino pronunciará la palabra. Sus virreyes darán a sus súbditos la orden de sublevarse.

"Todo el bien planeado proyecto de gobierno de Ling Su entrará, según él cree, en acción. Con gran rapidez y eficacia, reemplazará al gobierno que entonces rija los destinos de América.

-Pero ese hombre debe de estar loco-declaró Branch-. Eso exigiría varios cientos de años...

-Los chinos calculan en siglos, no en años.

-Además, los proyectos de esos hombres serán descubiertos por las autoridades y anulados.

-Si se les toma en serio si. Pero Ling Su es demasiado listo para permitir que eso ocurra. Su organización no será considerada jamás otra cosa que una inofensiva orden cuyos miembros están un poco chiflados.

"Superficialmente es algo tan vago y teórico, que desencadenar un ataque contra ella significaría para las autoridades ponerse en ridículo. Ling Su está acumulando riquezas que piensa dejar a su sucesor, a fin de que la gran causa continúe su marcha.

"Esos viajeros representantes de Ling Su son parecidos a los recaudadores de impuestos que los antiguos emperadores chinos enviaban a sus provincias a fin de reunir fondos con que sostener al gobierno imperial de Pekin.

"Pero en la práctica, esos discípulos de Ling Su, son los chinos que mejor cumplen la Ley en toda la nación. A causa de ello el Comité Civil cree que merecen más nuestra ayuda que nuestra oposición.

-¿Porque se portan bien?

-Sí, y porque han incurrido en la enemistad de los chinos que están al margen de la Ley. Los pacíficos e idealistas miembros del Wu Fan comprenden que los tongs, con sus crímenes, son un estorbo para la gran causa. Su deseo es hacer desaparecer las sociedades secretas conocidas por el nombre de tongs.

"Por su parte las tongs se ven amenazados con una pérdida de poderío. Por ello están en franca hostilidad con el Wu Fan. Lo único que hasta ahora ha impedido romper las hostilidades con él, es el hecho de que el Wu Fan es lo bastante poderoso en San Francisco para protegerse si es atacado abiertamente.

"Así, cuando usted me habla de muerto ordenada por el Wu Fan tengo la seguridad de que está usted equivocado. Ha habido crímenes a causa del Wu Fan; pero éste no es culpable de ellos.

-Empiezo a comprender-dijo Branch-. Ese Laird, que trabajaba para el Wu Fan, debió de ganarse la enemistad de alguno de los jefes de los tongs.

-Exactamente - asintió Darley-. Si hubiera sabido yo algo más acerca de las actividades viajeras del Wu Fan hubiese informado hace tiempo al Gobierno, como he hecho con otros asuntos. De todas maneras afirmo que si el Wu Fan puede ser considerado como una

amenaza, esa amenaza radica en el lejano futuro, y oponerse ahora a sus actividades seria hacer una montaña de un grano de arena.

-Bien, señor Darley-dijo el agente de la Oficina de Investigación-. Me ha dado usted una idea exacta de este asunto. Parece conocer a la perfección la labor interior del Wu Fan, y, creo como usted, que esa organización no nos causará ninguna molestia.

"Sin embargo el motivo que me ha traído aquí es reunir material para un informe detallado acerca de las actividades del Wu Fan; informe que deberé redactar ateniéndome a lo que yo mismo vea. Por lo tanto deseo ver de cerca al Wu Fan. Quiero enterarme de todo cuanto pueda saberse acerca de Ling Su. Quiero enterarme de lo que hay tras la muerte de Stephen Laird. .

"Este es un asunto que entra en la jurisdicción del Estado a menos que nos conduzca a una más amplia organización. Puedo utilizar un informe detallado de su comité; pero antes tengo que redactar el mío. Por ello necesito enterarme de la mayor cantidad de hechos relacionados con el Wu Fan. Quiero acercarme a esa organización. Acaso usted me indique algún medio de llegar cerca de ella.

-La mejor manera es yendo a visitar a Ling Su-contestó Darley-. Así se encontrará usted en la fuente de la organización. Es un hombre a quien le gusta hablar. ¿Por qué no ir a verle?

-¿En qué carácter?

-Como amigo mío. Nunca ha puesto obstáculos a los amigos que le he presentado. Numerosos miembros del Comité Civil me han acompañado a verle en distintas ocasiones. El nombre de usted no significará nada para él. En realidad lo único que tendré que decirle es que se trata de un compañero de oficina. Y como el trabajo en el Comité Civil es sin ninguna remuneración, se realizan constantes cambios, y siempre hay caras nuevas.

-¿Y el Comité nunca ha hablado del Wu Fan en sus informes?

-Nunca, a no ser para hacer constar el hecho de que existía semejante organización.

-O sea que usted aprueba su existencia ¿no?

-Si no la apruebo por lo menos no la censuro.

Cleve Branch se levantó y dio unos pasos por la habitación con las manos en los bolsillos. Al fin se detuvo y tendió la mano a Darley.

-Muchas gracias-dijo-. Veo que es usted el hombre que necesitaba. Me marcho y espero que me avise tan pronto como pueda usted llevarme ante Ling Su.

-Mañana mismo-contestó Darley, con una agradable sonrisa.

-¡Magnífico¡ Entonces mañana le telefonearé para ultimar los detalles.

Tras estas palabras, el agente del Gobierno salió de la habitación. Joseph Darley sonrió al recordar la entrevista.

-¡Cuán vagas son las ideas de aquellos que ven las cosas desde fuera!- pensó.

Si la visita tenía que realizarse al día siguiente debía ser preparada en seguida, pues a los chinos les gusta arreglar sus asuntos con tiempo suficiente.

Por ello Joseph Darley se sentó ante el teléfono y llamó al chino Ling Su para decirle que esperara visita para el día siguiente.

CAPÍTULO IV
LING SU

El barrio chino era una ascua de luz a la siguiente noche, cuando Joseph Darley y Cleve Branch llegaron allí en la limousine del primero. Para Darley una visita a aquel distrito era un asunto de rutina.

En cambio, Cleve Branch, aunque familiarizado con algunas partes del barrio, seguía encontrándolo exótico. Sus observadores ojos miraban a un lado y a otro estudiando atentamente los rostros de los orientales con quienes se cruzaba y fijándose con todo cuidado en el aspecto de los americanos que pasaban mezclados con los chinos.

Darley había dejado a propósito su limousine en la frontera del barrio chino.

En aquel momento avanzaban por una calle bastante concurrida y llana, teniendo en cuenta que aquella parte da la ciudad estaba edificada sobre una colina.

Los dos hombres pasaban ante los iluminados escaparates de las tiendas chinas. Al volver una esquina tropezaron con una alegre escena.

A la derecha se hallaba el Teatro Mukden, lugar donde se presentaban al público los mejores actores de Oriente.

Branch se fijó en los carteles en que se anunciaba en inglés y chino la llegada de un famoso astro de Shangay y Cantón.

Estaban en la acera frontera al teatro. Branch observaba a los yanquis y a los chinos que llenaban la calle. El tiempo avanzaba despacio en aquel trozo de Oriente.

Joseph Darley se detuvo ante una puerta situada diagonalmente opuesta al Teatro Mukden. Era una entrada sencilla, sin pretensiones, entre dos tiendas.

El hombre penetró en esa entrada. Cruzaron un pasillo brillantemente iluminado y llegaron al fin ante un pequeño ascensor, al final del pasillo.

Darley abrió la puerta y los dos hombres entraron en la cabina. Era un ascensor automático que ascendía por una abertura en los sólidos muros de la casa.

Cuando llegaron a lo que Branch supuso era el segundo piso, el ascensor se detuvo. Salieron a una reducida antecámara. La atmósfera era típicamente oriental.

Aquel silencioso lugar parecía hallarse a varias millas de distancia de la calle. El ambiente que rodeaba a los dos hombres no podía ser más chino.

-Ahora está usted en China, amigo Branch-dijo Darley, mientras tiraba de un grueso cordón trenzado que pendía jumo a una puerta en el otro lado de la antesala-. Ahora se encontrará usted ante un hombre cuyo cerebro palpita en China. No satisfecho con alejar las realidades que le recuerdan que está en otro país, quiere que las costumbres y tradiciones de su tierra natal se extiendan sobre ésta.

En cuanto Darley dejó de hablar, abrióse la puerta. Un inclinado sirviente vestido a la manera oriental retrocedió para que los visitantes pudieran entrar.

Cleve Branch dirigió una suspicaz mirada al hombre.

Un observador casual hubiera confundido la inclinada posición de este con un saludo. Cleve notó que aquella era la postura natural del chino.

El criado de Ling Su le causó al momento una profunda repugnancia. Había algo traicionero en él. Los entornados ojillos devolvieron la mirada de Cleve.

Si la impresión que producía el hombre aquel era espejo de su amo, Ling Su debería ser vigilado.

El inclinado chino se deslizaba por un espléndido vestíbulo con los dos visitantes siguiéndole. Llegó, a un par de puertas de cobre repujado.

El criado, como si realizara una ceremonia, inclinóse profundamente y llevóse los dedos a la frente. Las puertas se abrieron hacia adentro, como empujadas por una mano invisible. Los dos americanos encontráronse en un amplio y suntuoso salón amueblado en el más puro estilo chino.

Cleve no se fijó mucho en el decorado. Su interés dirigióse especialmente al hombre que estaba sentado en una especie de trono en el otro extremo de la estancia.

El rostro del personaje aquel tenía la amarillez de un pergamino.

Representaba unos cincuenta, años; pero hubiese podido tener cien. Era imposible adivinar la verdadera edad de aquel parpadeante chino.

Permanecía totalmente inmóvil, mientras blancos espirales de humo perfumado ascendían hacia el techo desde los pebeteros colocados a su alrededor.

El rostro de Ling Su tenía una expresión de bondad y a la vez reflejaba la solemnidad de la esfinge. Los ojos del oriental brillaban detrás de los cristales de unas gafas con montura de concha.

El agente del Gobierno estaba un poco aturdido. Ignoraba por completo como debía tratar a un hombre como Ling Su.

Darley, en señal de cortesía llevó el dedo índice de la mano derecha a la frente y dio un par de golpecitos. Ling Su contestó de la misma manera. A continuación la mirada del chino se posó, interrogadora, en Cleve.

Este repitió el saludo de Darley, y Ling Su devolvió el amistoso saludo.

Terminada esta ceremonia, Darley acercó un par de sillas al trono de Ling Su e indicó a Cleve que se sentara.

Ling Su fue el primero en hablar. Cleve, no obstante haber tratado a otros chinos de las clases elevadas y cultas, esperaba que el oriental, a causa de su amor a las tradiciones de su país, apenas supiese hablar el inglés. Por ello la sorpresa de Branch fue enorme al oírle hablar sin el menor acento cantonés.

-Les saludo, señores-dijo Ling Su lentamente-. Saludo a mi amigo Joseph Darley y saludo a su amigo que será mi amigo.

-Buenas noches, Ling Su-replicó Darley-. Le presento al señor Branch, uno da mis compañeros de comité. Sentí deseos de visitarle a usted esta noche, y mi amigo consintió amablemente en acompañarme.

-Su bondad me honra-comentó el oriental-. Siempre que desee venir a verme será bien recibido. Sus amigos, señor Darley, son siempre agradablemente acogidos.

-Le expondré el motivo de nuestra visita-explicó Darley-. Deseamos hablar con usted del Wu Fan. Usted ya sabe, Ling Su, que mi deber es observar todo cuanto ocurre en San Francisco. Dígame, ¿ha ocurrido algún cambio en su organización?

-El Wu Fan no cambia nunca-replicó solemnemente Ling Su-. Es y será siempre el mismo. El Wu Fan es el espíritu de mi país natal. Continúa las antiguas y honorables costumbres que existieron durante tantas edades.

-Lo comprendo-asintió Darley.-Pero yo debo mirar eso desde otro punto de vista que usted. No puedo dejar de tener en cuenta que en los últimos años se han realizado en la misma China cambios radicales.

"El barrio chino es un microcosmo de China, y por lo tanto lo mismo que en China pueden haberse realizado algunos cambios.

-El Wu Fan no cambia-afirmó solemnemente Ling Su.

-Tal vez han cambiado los que se le oponen.

Los bondadosos ojos se encendieron. La pasividad de Ling Su desvanecióse por un momento. Luego reapareció. Cleve sintióse intrigado por aquel cambio que se realizó tan sólo en los oscuros ojos. El rostro no reflejó la menor diferencia de expresión.

-¿Es lógico que se pregunte al león, que piensa hacer con el chacal?-inquirió, sonriente, el chino.

-No, claro-replicó Darley.

-El Wu Fan-prosiguió Ling Su-, es más fuerte que cualquier león. El símbolo del Wu Fan es el antiguo dragón, más grande que el rey de las selvas. En cambio los enemigos del Wu Fan son más débiles que el chacal.

-Entonces quiere usted decir que todo cuanto sé del Wu Fan no ha cambiado y, por lo tanto, mi informe puede permanecer tal como está ¿no?

-Efectivamente -replicó Ling Su, con extraordinario énfasis.

-Y, dígame ¿continúa ininterrumpido el progreso del Wu Fan?-prosiguió Darley-. ¿Aumentan los asociados? ¿Respondan los nuevos iniciados como lo hicieron los antiguos?

-Todos cuantos se unen al Wu Fan responden de la misma manera-declaró Ling Su-. Lo que ya te he contado del Wu Fan debo repetírselo. Es el viviente espíritu de la vieja China. No trata de hacer mal; sólo desea hacer el bien. Los que creen en él son de toda confianza. A medida que demuestran su capacidad ascienden en la orden. Se les distingue por los distintos emblemas.

"No debe juzgarse al Wu Fan por uno de sus miembros, como no debe juzgarse a una raza por uno sólo de sus individuos. En el Wu Fan, como en todos los sitios, hay traidores.

-¿Les castiga?

-¿Qué se entiende por castigo? En nuestro código no ha tomado cuerpo ninguna forma de castigo. Al traidor le proscribimos. Nunca más podrá intervenir en loa asuntos del Wu Fan. Le colocamos en la imposibilidad de continuar a nuestro servicio. Eso es todo.

Cleve Branch estudiaba atentamente a Ling Su. Instintivamente se daba cuenta de que el viejo mogol decía la absoluta verdad. Pero también notaba instintivamente que había algo sutil en la fraseología de Ling Su.

Mientras Cleve recapacitaba sobre la declaración que acababa de escuchar, Joseph Darley hizo otra pregunta, y Cleve Branch lo olvidó todo a causa del interés que despertó en él ese nuevo asunto.

-¿Intenta el Wu Fan ser un poder gobernante aquí u en otro sitio?

Cleve comprendió que la respuesta de Ling Su seria importantísima.

-El Wu Fan-replicó el chino-es un ideal. Es la unión do los que piensan y creen en común.

"Ustedes, los americanos, tienen sus órdenes, sus logias, como las llaman. En ellas se persigue la verdad. Lo mismo ocurre con el Wu Fan; sólo que éste es chino y no americano. Los chinos son más pacíficos que su raza. Nosotros no tratamos de aprovechar el tiempo, no nos apresuramos. El Wu Fan no persigue efectos rápidos. Es paciente.

-Entonces su actitud hacia las costumbres y el gobierno americano...-intervino Darley, dejando la frase sin terminar.

-Es amistosa - contestó sin vacilar el chino-. Amistosa porque protege al Wu Fan. En China el Wu Fan no podría subsistir ahora, porque aquellos que rigen nuestra patria, no permiten que expresen su opinión los que creen en el pasado.

"Los chacales han encontrado allí cansado al dragón. En cambio aquí los chacales tienen miedo de atacar al joven y vigoroso dragón. Porque si lo hicieran se hallarían faltando a la ley de esta tierra en la cual se permite a todos el derecho de pensar y obrar en paz.

Darley lanzó una mirada a Cleve. La descripción hecha por él de Ling Su se demostraba exacta. Era evidente que el propio chino tenía ideas muy vagas respecto a los actuales propósitos del Wu Fan, y la asociación no constituía ninguna amenaza.

No obstante había una suavidad en Ling Su que puso en guardia a Cleve.

Comprendió que le seria necesario enterarse de algo más acerca de aquella organización antes de emitir un juicio definitivo.

Joseph Darley era un hombre sagaz, pero era, muy posible que le hubiese engañado la melosidad de Ling Su.

Había una pregunta que quedaba por contestar. ¿Cuál era la actitud de los perseguidores de Ling Su hacia su jefe? Esto era algo que Cleve estaba dispuesto a descubrir. Mientras la entrevista iba hacía su final, el agente de la Oficina de Investigación planeaba para el futuro una acción independiente.

-Nosotros, los del Wu Fan, tenemos un elevado ideal-reiteraba Ling Su-. Usted ha visto aquí al Wu Fan. También existe fuera de San Francisco.

"En todo este país tenemos numerosos seguidores que consideran su deber contribuir liberalmente para el futuro de nuestra causa. Tengo mis representantes que viajan de un lado a otro en su misión de hermandad.

"Algún día el Wu Fan será conocido-y Ling Su se irguió lleno de orgullo.-Traerá una nueva era a este país. Quizá ese día esté aún muy lejano. Desde luego, aun no ha llegado. Pero cuando llegue, amigos míos, el Wu Fan estará dispuesto.

La voz de Ling Su conservaba su placidez; pero se adivinaba cierta nota de desafío en ella. El jefe del Wu Fan estaba sumido en su sueño de futura gloria. Pero ¿era su sueño completamente loco? La razón decía que sí.

Reflexionando, Cleve se dio cuenta de que estaba frente al hombre que algún día podría convertir en realidad el discutido peligro amarillo.

AL mismo tiempo comprendía que le sería difícil llevar la acción del gobierno contra Ling Su y el Wu Fan.

A menos que aquel hombre y su organización se hubieran embarcado en el crimen no habría ningún cargo.

Joseph Darley se levantó para marcharse. Cleve Branch le imitó. En aquel instante el criado entró en la estancia y acercóse al trono de Ling Su.

El hombre habló en chino a su jefe. Ling Su replicó con una orden, Cleve vigilaba atento y observó un señalado cambio.

La suavidad de Ling Su había desaparecido al tratar con su compatriota. Su rostro habíase endurecido y sus tranquilos ojos se encendieron con una inquietante llamarada.

El servidor contestó con acento plañidero y Ling Su, olvidando la presencia de sus visitantes contestó con secas e irritadas palabras.

El criado dirigióse hacia la puerta. Los ojos de Ling Su aun brillaban. De pronto notaron la mirada de Branch. AL momento la ira se desvaneció, y una amable sonrisa la sustituyó.

-Mi criado Wu Foy-dijo-. Es fiel pero muy estúpido. Tengo que repetirle las cosas muchas veces. Repetir las cosas es desagradable. Una vez debe ser bastante.

Darley inclinóse y se tocó la frente con los dedos. Cleve hizo lo mismo. Los visitantes dirigiéronse hacia la puerta de cobre, que estaba abierta ante ellos.

Al acercarse a la puerta de la antecámara. Cleve volvió la vista atrás. Las puertas de cobre seguían abiertas. Ling Su, en su trono, miraba fijamente ante él. Silenciosa e inmóvil, la lejana figura le pareció siniestra y amenazadora a Cleve.

Foy apareció y abrió la puerta de la antecámara. Las puertas de cobre se estaban cerrando. La figura de Ling Su ya no podía verse. El criado les acompañó hasta la antesala y apretó el botón del ascensor.

La luz era muy vaga y los cuerpos de los hombres que allí aguardaban proyectaban largas sombras en el suelo. Cleve miraba hacia aquellas sombras. Con profunda sorpresa vió cuatro en vez de tres.

Levantó, asombrado, la cabeza y luego volvió a mirar el suelo. La cuarta sombra se iba retirando hacia la puerta de la antesala. Mientras Cleve la observaba se desvaneció.

Levantando rápidamente la vista, el agente del Gobierno vió cerrarse silenciosamente la puerta que conducía al salón del trono de Ling Su.

¿Qué era lo que vislumbró a través de la juntura de la puerta? Parecía una masa negra, una alta y viviente sombra. ¿Qué podía significar? ¿Les habría seguido Ling Su?

No, esto no era probable. Más bien parecía que alguien habíase deslizado desde la antesala a la habitación de Ling Su. Alguien que había estado aguardando medio oculto en la sombra.

Un súbito recuerdo acudió a la mente de Cleve Branch. Recordó que cuando Darley y él pasaban frente al Teatro Mukden había visto una sombra en la acera, frente al salón de

espectáculos. Entonces le llamó la atención, pero lo olvidó en su interés por llegar ante Ling Su.

El ascensor estaba allí. Mecánicamente Cleve siguió a Darley dentro de la cabina. Estaba sumamente preocupado.

Cleve recordó a Ling Su, cuya cortesía era una máscara. Recordó a Foy, el criado del jefe mongol. Pero sobre todo, recordó la sombra que había vislumbrado en el suelo, la sombra que habíase convertido en algo vivo.

Había tres ocupantes en el lugar que acababan de abandonar; y de los tres, aquel cuya sombra Cleve había visto era el más misterioso.

¡Más misteriosa e impresionante que el apergaminado Ling Su y el siniestro Foy, era la sombra viviente que habas visto!

CAPÍTULO V
CLEVE TRABAJA SOLO

Veinticuatro horas después de su visita al santuario de Ling Su, Cleve Branch hizo otra visita al barrio chino. Esta vez fue sólo. Nadie, ni siquiera Joseph Darley, estaba enterado de su expedición.

Cleve sonreía mientras avanzaba por las típicas calles del distrito oriental.

Pensaba en Darley y en Ling Su.

Acaso el jefe del Comité Civil tenía razón al afirmar que la organización de Ling Su era escasamente algo más que una fantástica idea. Pero Branch estaba decidido a enterarse de si Darley estaba en lo cierto.

La Oficina de Investigación era algo muy distinto del Comité Civil de San Francisco. Los agentes del Gobierno debían investigar hasta el fondo todos los asuntos encomendados a ellos.

Allí, en el bolsillo, tenía Cleve un informe redactado por Darley en la oficina del Comité. En el informe se explicaba todo cuanto Darley sabia acerca del Wu Fan.

Cleve aceptó agradecido el informe, aunque haciendo notar su concisión.

Cuando Darley le preguntó sus proyectos, Cleve le contestó:

-Permaneceré algún tiempo en San Francisco. Tanto en el Barrio Chino como fuera de él puedo descubrir detalles referentes al Wu Fan. Mi propio informe, señor Darley no puede ser redactado hasta que haya realizado una investigación por mi propia cuenta.

-Perfectamente-asintió Darley.

El jefe del Comité Civil se había demostrado muy útil. Cleve sabía que podía contar con él más tarde, si fuese necesario. Pero aquella noche, el agente del gobierno debía buscar otra fuente de información acaso más valiosa que Joseph Darley.

Nada en el aspecto de Branch indicaba que se dirigiese a un punto determinado. Sus pasos le llevaban por los conocidos canales, del Barrio Chino. No parecía otra cosa que un curioso.

Se detenía frente a los establecimientos orientales y admiraba los géneros expuestos en sus iluminadas escaparates. Miraba curiosas puertas, como preguntándose qué había detrás de ellas.

No obstante no descuidaba un momento la vigilancia. Varias veces volvió sobre sus pasos para comprobar si era seguido, pues no desconocía la astucia de los chinos. Y de todos cuantos había visto en su vida, ninguno le pareció más astuto que Ling Su.

El alumbrado vestíbulo del Teatro Mukden atrajo la atención de Cleve. Se detuvo a contemplar los carteles anunciadores. Fu Yat, el tenor cantonés, era la estrella del momento.

El hombre debía de gozar de mucha fama en su patria, pues un numeroso grupo de chinos acomodados entraba en el teatro.

Mientras observaba la entrada de los impasibles orientales, Cleve buscaba con la vista los emblemas del Wu Fan. No vió ninguno. Si alguno de los que entraban pertenecía a la asociación, lo ocultaba.

Volviéndose hacia la calle Cleve se detuvo. Ante él descubrió una sombra: la de un hombre alto y musculoso. ¡La misma sombra que había visto en el suelo de la antesala de Ling Su!

De nuevo Cleve Branch tardó demasiado en levantar la cabeza. En el momento en que se disponía a hacerlo la sombra se alejó, y sólo pudo ver la silueta de un hombre que se perdía en la oscuridad. Sin intentar apresurarse Cleve descendió a la acera y partió en la misma dirección que la sombra había seguido. Pero el elusivo fantasma había desaparecido en la oscuridad.

¿Qué significaba aquella sombra?

Por tres veces Cleve la había visto. ¿Significaba aquello que un hombre le seguía? De ser así ¿quién era? ¿Qué propósitos tenia? ¿Era un miembro del Wu Fan? No encontrando un nombre que aplicarle, Cleve le bautizó con uno:

¡La Sombra!

Este nombre le resultó familiar. Recordó ciertos informes en los cuales se había hecho mención de una persona conocida por La Sombra. Un hombre que había intervenido para arruinar los planes de una red de estafadores.

En otra ocasión anuló los esfuerzos de los agentes comunistas en América.

¡La Sombra! El hombre que se movía en la noche. ¿Podía ser aquella la misma persona?

Los acontecimientos futuros lo dirían. Entretanto, Cleve decidió vigilar no sólo a los miembros visibles del Wu Fan sino también al ser invisible a quien mentalmente identificaba con La Sombra.

En todas sus actividades como agente del Gobierno, Cleve Branch había seguida una formula segura. Sabía que aquel que busca el peligro lo encuentra. La noche anterior Cleve visitó a Ling Su.

Si el jefe del Wu Fan no tenia nada que ocultar, la visita de Cleve no significaría nada para él. O sea que Cleve seria para él un ser en quien no valía la pena pensar.

Pero si Ling Su resultaba ser un hombre peligroso, lo más seguro seria que su visita despertara sus sospechas. Por lo tanto habría alguien que seguiría los pasos de Cleve Branch.

En el Barrio Chino, Cleve se encontraba en territorio enemigo. No ignoraba que Ling Su estaría enterado de su presencia, y por lo tanto tenía la convicción de que sus hombres le vigilarían.

Esto era lo que deseaba Cleve; pues su habilidad en descubrir observadores ocultos, era grande. Lo había demostrado aquella noche al fijarse en aquella sombra. Sólo una sombra; pero una sombra significa que además hay un hombre.

Cleve iba pensativo mientras proseguía su paseo por el Barrio Chino. Su fórmula le indicaba un nuevo paso. Había llegado el momento de girar las tornas, de vigilar a aquellos que le vigilaban.

Ordinariamente Cleve hubiera aguardado más, con la esperanza de conocer a sus ocultos seguidores. Pero allí, en aquel distrito, las calles parecían pobladas de invisibles ojos.

Las ventanas cubiertas con celosías eran sospechosas. Los callejones parecían hechos a propósito para que se escondieran en ellos. Hasta los sonrientes tenderos debían ser tenidos en cuenta. Por ello Cleve decidió no perder más tiempo. Investigaría las actividades del Wu Fan, y antes de empezar obtendría los informes de una persona que debería estar enterada.

Torciendo, como si lo hiciera incidentalmente, por una calle, Cleve Branch se detuvo ante un pequeño restaurante. Curiosamente contempló la muestra, en la cual, rodeada de caracteres chinos, se leía en inglés:

"CAFÉ HOHANG-HO"

EL lugar parecía pintoresco. Cleve entró. Subió por un tramo de escaleras y se encontró en un comedorcito con cuatro entradas. Clave miró el menú.

Escogió una comida de su gusto. Cuando se acercó un camarero, Cleve le señaló con un lápiz el plato escogido. El hombre se inclinó y fue a encargar lo pedido.

Sin apresurarse. Cleve consumió el guisado chino. Mientras comía iba mirando a su alrededor. Sólo había chinos, y ninguno de ellos parecía prestar la menor atención al americano.

La mirada de Cleve no se posaba en los comensales. A veces vagaba por el techo y las paredes. Pues Cleve tenia la esperanza de que como antes, pudiera ver una sombra.

Su busca fue vana. El camarero presentó la cuenta. Cleve sacó unas monedas del bolsillo y las dejó sobre la mesa. El camarero entregó el cambio y luego se dirigió hacia la puerta de la derecha.

Cleve esperó que el hombre hubiera desaparecido y después, levantándose, siguió el mismo camino que el camarero había tomado. Llegó a una puertecita que daba a una escalera.

Una rápida mirada le reveló una puerta abierta a la izquierda. Branch penetró por ella y la puerta se cerró a su espalda. Simultáneamente una luz apareció en la oscuridad alumbrando un corto pasillo con una puerta cerrada al final.

Cleve se detuvo ante esa puerta y llamó con gran suavidad. La puerta se abrió y el agente entró en una habitación amueblada como un despacho.

La habitación no tenía ventana;. Un chino vestido a la manera occidental estaba sentado ante una mesa. Acercándose a él, Cleve mostró su placa. El chino señaló una silla colocada frente a la que él ocupaba. Cleve se sentó.

No había visto nunca a aquel chino; pero sabía que era Moy Chen, mercader chino y agente secreto de la Oficina de Investigación en el Barrio Chino de San Francisco.

-Branch, investigando el Wu Fan y su Jefe Ling Su-dijo Cleve, a modo de presentación.

Moy Chen asintió solemnemente.

-Ayer vi a Ling Su-prosiguió Cleve-. Recibí informes sobre él de Joseph Darley, del Comité Civil.

Sacando del bolsillo el informe, Cleve lo tendió a Moy Chen. Este estudió atentamente los papeles. Su ceño se frunció, mientras leía.

Pasaron varios minutos antes de que terminara la lectura; luego devolvió el informe y asintió.

-¿Puede añadir algo?-preguntó Cleve.

Moy Chen negó solemnemente con la cabeza. Luego, por primera vez, tomó la palabra.

-Está completo-declaró-. No puedo decirle más.

-¿Conoce usted la existencia del Wu Fan?

-Desde luego me han hablado de él.

-¿No ha intentado ingresar en esa sociedad?

-No. Los tongs no lo permitirían. No debo enfrentarme con los tongs. Me entero de demasiadas cosas por mediación de ellos.

-Comprendo. Bien, Moy Chen, no estoy satisfecho con este informe. Quiero ver por mis propios ojos lo que es el Wu Fan ¿comprende? Se extiende por todo el país y he venido para observar de cerca su marcha. ¿Qué me sugiere usted que puedo hacer?

Moy Chen reflexionó unos momentos. En su rostro se reflejó cierta perplejidad. Cleve continuó:

-Un hombre llamado Stephen Laird fue asesinado-dijo-. Era americano. También era miembro del Wu Fan. ¿Puede usted explicarme eso?

-Sí-contestó sencillamente Moy Chen-. Como usted ya ha dicho, Ling Su tiene hombres que viajan muy lejos. Van a muchos sitios en su nombre. Visitan muchos chinos que están asociados al Wu Fan. Los americanos viajan con más facilidad y menos dificultades que los chinos. Por eso Ling Su utiliza también americanos.

-¿Qué es necesario para entrar a formar parte del Wu Fan?

-Hay ciertos chinos cuya amistad es fácil conseguir por un americano. Si ese americano escuchara atentamente lo que dicen, les oiría hablar del Wu Fan. Y según como se expresara, se le ofrecería la oportunidad de ingresar también en el Wu Fan.

-¡Magnífico! ¡Eso es lo que yo quería, Moy Chen! Si ingreso en el Wu Fan me enteraré de lo que deseo saber. Mas para ingresar no debo ser Branch.

-Debe usted ser otro-asintió Moy Chen-.Y usted es el hombre capaz de convertirme en otro ¿no? ¿Cuándo quiere usted ser ese otro?

-Lo antes posible.

-Lo antes posible es ahora-musitó el chino-. Usted debe ser otro ahora mismo.

Penetraron en una habitación lateral. De un armario Moy Chen sacó un traje manchado y una caja de maquillaje. La transformación empezó.

Cleve se entregó al arte de Moy Chen que era un maestro en la creación de disfraces. Con sutiles toques varió en un momento el contorno del rostro del agente.

Cuando Cleve se puso el traje, acabado ya el maquillaje, se miró al espejo.

El cristal reflejó un rostro que jamás hubiera creído fuese el suyo. El tinte de la piel era totalmente distinto así como el del cabello. Los pómulos aparecían algo más salientes y el mentón era menos cuadrado.

Frotándose la cara, Cleve comprobó con satisfacción que el maquillaje no se borraba. Habla oído hablar de la habilidad de Moy Chen para hacer rostros nuevos. Ahora tenía la prueba palpable del arte del chino.

-Usted dice que Ling Su le vió-declaró Moy Chen-. El vió al hombre llamado Cleve Branch. No vió al hombre que es usted ahora. Puede presentarse ante Ling Su. No le conocerá. Esto lo afirmo... y estoy seguro.

Cleve metió la mano en uno de los bolsillos de su traje y sacó una cartera que siempre llevaba encima. Contenía tarjetas y otros documentos de identidad con el nombre de Hugo Barnes, todo lo cual mostró a Moy Chen.

Este asintió.

Moy Chen guió a su visitante por una serie de pasillos hasta una escalerilla y por ella a un pequeño despacho, en el cual penetraron por una puerta que se deslizó dentro de la pared.

Sentándose ante una mesa, Moy Chen anotó con todo cuidado una lista de nombres. Eran los comerciantes chinos a quien Cleve, en el papel de Hugo Barnes, debía visitar.

-Debe usted llevar dinero-declaró el chino-. Tiene que enseñar mucho dinero a aquellos que pertenecen al Wu Fan, pues éste sólo quiere a los ricos.

El oriental sacó un fajo de billetes de banco y se los entregó a Cleve, que firmó un recibo.

-Por aquí tiene usted que salir y por aquí tiene que entrar mientras sea Hugo Barnes. Cuando quiera ser otra vez Cleve Branch, saldrá por la puerta por donde ha entrado.

-Comprendo.

-Puede venir aquí cuando quiera-añadió Moy Chen-. Porque ha encontrado sumamente interesantes los géneros que vendo. Por ello le he hecho entrar aquí. Este es un lugar reservado para los buenos clientes.

Y diciendo esto el chino abrió otra puerta del despacho, e hizo pasar a Cleve a una amplia tienda llena de objetos orientales.

Con paso muy lento Moy Chen acompañó a su visitante hasta la puerta deteniéndose de vez en cuando para señalar algún objeto interesante.

En la puerta de la calle el chino miró a su compañero, como esperando que éste hablara.

-Muchas gracias-dijo Hugo Barres, con una voz totalmente distinta a la de Cleve Branch-. He quedado encantado de su tienda. Es el mejor establecimiento que he visitado en el Barrio Chino. Hay un par de cosas que deseo adquirir. Volveré dentro de unos días.

Moy Chen se inclinó silenciosamente. Observó con mirada aprobadora la marcha de Hugo Barnes, que se alejaba con un paso diferente al de Cleve Branch.

El hombre que a partir de aquel momento se llamaba Hugo Barnes sonrió mientras avanzaba por la calle. Cleve Branch quedaba eliminado, de momento. Su nueva identidad le obligaba a alojarse en otro hotel.

La habitación de Cleve Branch quedaría, de momento, desocupada. Hugo Barnes pasó con fingida indiferencia, ante el Teatro Mukden. La primera parte del juego había terminado. Los ocultos espías podían vigilar en vano.

Las más agudas miradas no podrían perforar su disfraz. El espiado habíase convertido en espía.

AL día siguiente Cleve Branch, bajo una nueva identidad, conocería a algunos miembros del Wu Fan. Pero entretanto Hugo Barnes perseguía una sombra misteriosa. Estaba convencido de que aquella sombra no se le escaparía como antes.

Había una masa de oscuridad en la acera, junto al Teatro Mukden. Ninguna sombra hubiera sido visible allí. Quizá por eso fue que los perspicaces ojos de Hugo Barnes no vieron una figura alta y oscura que permanecía inmóvil en un negro portal.

Pero la vigilante forma vió a Hugo Barnes. Cuando el disfrazado agente se alejó, la silenciosa figura hizo un movimiento.

Invisible, ocultándose en todos los portales que encontraba, siguió desde lejos a Hugo Barnes. Una amplia capa negra y un sombrero de anchas alas ocultaban los ojos que vigilaban al agente.

De unos invisibles labios brotó una apagada risa. El disfraz preparado por Moy Chen había fallado en su primera prueba. La Sombra había visto a Hugo Barnes y en él había reconocido a Cleve Branch.

CAPÍTULO VI
EL WU FAN SE REUNE

Otra noche había caído sobre el Barrio Chino. Los edificios orientales aparecían iluminados hasta sus tejados en forma de pagoda.

Una procesión china recorría la calle frente al Teatro Mukden. La mirada de la multitud estaba fija en los que desfilaban. Nadie prestaba atención a los que pasaban por las aceras.

Entre los que pasaban sin detenerse a contemplar la curiosa procesión figuraba Cleve Branch, bajo su falsa personalidad de Hugo Barnes. Dirigiase a un lugar mucho más interesante que el desfile oriental. Estaba invitado a una reunión del Wu Fan.

Moy Chen le había servido bien. Sin necesidad de mencionar el nombre del agente chino, Cleve hizo amistad con todos aquellas que le indicó Moy Chen.

Un fajo de billetes oportunamente mostrado en una tienda china obra milagros. Para Cleve, o mejor dicho, para Hugo, había sido un eficacísimo pasaporte.

Se hizo amigo de tres americanizados chinos. Uno de ellos le habló del Wu Fan. Mencionó a otro lo que había oído y el tercero habló sin necesidad de ser forzado a ello.

Debido a su declaración de lo mucho que admiraba las costumbres chinas, Hugo Barnes recibió la inesperada invitación de asistir a la reunión del Wu Fan. Aceptó. EL lugar donde debería verificarse era la casa de Ling Su.

Cleve se detuvo ante la entrada de la casa de Ling Su y aguardó, mientras un chino se destacaba de la muchedumbre y entraba en la casa, dirigiéndose al ascensor.

Cuando el oriental hubo entrado en la cabina, Branch penetró en el portal.

Aguardó que descendiera el ascensor y subió al piso donde vivía Ling Su.

AL llegar a la puerta de la antesala tiró de la cuerda de la campana, siguiendo las instrucciones que le habían dado. Foy apareció y le miró suspicazmente. Cleve no perdió un momento en presentarse:

-Soy Hugo Barnes. Di a tu jefe que el americano ha llegado.

Las palabras surtieron su efecto sobre Foy. El chino debía de conocer, indudablemente, el nombre de Hugo Barnes pues no vaciló más. Abrió la puerta y permitió a Cleve que entrara.

Había unas veinticinco personas en la sala de recepción de Ling Su. Cleve permaneció indeciso un momento hasta que uno de sus amigos chinos avanzó hacia él y le guió hasta el trono donde se sentaba Ling Su.

Imitando torpemente el ademán de su compañero, Cleve se tocó la frente con las yemas de los dedos y recibió el saludo de Ling Su.

La mirada del jefe chino se posó bondadosamente sobre el americano.

Parecía haber algún propósito en el escrutinio de Ling Su. Cleve supuso que eran pocos los americanos que ingresaban en el Wu Fan. Aquella noche no había ninguno más aparte de él. Quizás eran muy deseados. Por lo que le había dicho Moy Chen, Cleve suponía, que Ling Su necesitaba muchos y capaces delegados viajeros.

-Es un placer, señor Barnes-dijo Ling Su, con una amable sonrisa-. Un verdadero placer tenerle entre nosotros esta noche. Mis amigos me han hablado de usted. Dicen que le han explicado los propósitos del Wu Fan.

-En efecto-asintió Cleve, con la voz que utilizaba cuando se hacía pasar por Hugo Barnes-. Me sentí muy interesado por lo que me explicaron acerca de su asociación.

-Me han sugerido que le ofrezca un puesto en el Wu Fan-prosiguió Ling Su. -¿Es ese su deseo?

-Lo consideraría un honor-replicó Cleve.

-Así se hará -declaró Ling Su.

Dio unas palmadas y el silencio reinó en la estancia. Foy colocóse junto al trono de su amo. Ling Su, empleando el cantarino lenguaje de su raza, pronunció un largo discurso. Cuando acabó recibió una respuesta de aprobación.

A una orden de Ling Su, Foy entregó a su amo una cajita de la cual Ling Su extrajo una pequeña insignia azul con la cabeza de un dragón de oro. La tendió a Cleve.

-Compañero, ahora eres un miembro de Wu Fan-dijo en inglés-. Los que ves aquí esta noche son personajes importantes en nuestra orden. Todos los que lleven la insignia del Wu Fan serán tus amigos. Has recibido el primer honor. De tú dependerá obtener los otros.

Foy se había retirado mientras su amo hablaba. En seguida regresó con un dragón de cobre que colocó entre su jefe y Barnes.

Con toda solemnidad el jefe del Wu Fan tocó la cabeza del dragón con el índice de la mano derecha y en seguida se llevó el codo a la frente, apretando con fuerza.

Hugo Barnes, a una indicación de Ling Su, hizo lo mismo.

Los miembros del Wu Fan saludaron y Cleve regresó junto a los hombres que le habían presentado, que la felicitaron efusivamente. Cleve colocó la insignia en la solapa de su americana. Al parecer era costumbre en aquellas reuniones llevar dicha insignia a la vista.

Cleve notó que los emblemas eran de distintos colores; aunque todos iguales en lo que se refería a la cabeza del dragón.

Ling Su hablaba en chino. Y cada vez que se interrumpía, una de los amigos de Cleve le hacía un extracto de las palabras del jefe.

El oriental hablaba de las glorias del Wu Fan. Todos escuchaban en silencio.

Cuando Ling Su hubo terminado, algunos de los chinos se acercaron a él uno a uno.

Todos parecían tener alguna indicación que hacer, y Ling Su les respondía gravemente.

Para, Cleve la reunión fue a la vez tranquilizadora y decepcionante. Estaba seguro de que Ling Su no tenía la menor idea de su identidad; el entronizado chino le aceptó como Hugo Barnes.

Pero al mismo tiempo había abrigado la esperanza de poderse enterar de importantes secretos. Esta esperanza resultó vana. Era evidente que no hacía ningún misterio ni se realizaban ceremonias extravagantes para aceptar a un nuevo miembro del Wu Fan.

Inconscientemente, los pensamientos de Cleve tomaron un rumbo bastante alejado de la reunión. ¿Qué diría Joseph Darley si supiera lo que había hecho Cleve? El agente del Gobierno había ido a ver aquella noche a Darley; pero le dijeron que el jefe del Comité Civil había partido en avión hacia Los Ángeles.

Esta visita respondía a un aviso que tres días antes le había dejado Darley en el hotel donde se hospedaba bajo su verdadero nombre.

¿Qué quería de él Darley? ¿Tenía nuevos informes del Wu Fan y de sus actividades?

Cleve sonrió. Ahora, convertido en un forastero en San Francisco, estaba en mejores condiciones que Darley para enterarse de los detalles referentes al Wu Fan.

La firme voz de Ling Su llegó hasta Cleve e interrumpió sus pensamientos.

El jefe hablaba violentamente a uno de sus subordinados. El hombre se inclinaba excusándose. Cleve notó el fiero brillo de los ojos de Ling Su.

Se hizo el silencio mientras la voz del jefe se elevaba, dirigiéndose al grupo reunido allí. Cleve no entendía las palabras. Su expresión de ignorancia atrajo la mirada de un chino que estaba a su lado.

-Usted no entiende ¿verdad?-preguntó-. Yo dice a usted. Jefe dice que él tiene que ir a Sun Kew. Él enseña esto-el informador se llevó la mano al distintivo del Wu Fan-. Y él esta noche dice que no haber ido.

"Ling Su muy enfadado de que no ha ido. Él dice que mandará quizás a otro. Esta noche gran reunión en Sun Kew. Muy importante que uno vaya. Quizás más de uno ir allí. Llevarán dragón aquí. Lo enseñarán.

Los ademanes del hombre explicaban lo confuso de sus palabras. Señaló nuevamente su emblema y luego indicó que debía ir debajo de la solapa.

Cleve lo comprendió.

Algo ocurría en el Sun Kew. La insignia del Wu Fan serviría como pieza de identidad.

La irritación de Ling Su habíase calmado. Uno a uno de los miembros del Wu Fan se acercaban a él y escuchaban durante unos momentos las indicaciones del jefe. Luego se retiraban. Pronto hubieron salido todos menos Cleve. Este se acercó al trono del chino. En respuesta al saludo del americano, Ling Su dijo:

-Ya se enterará de nuestra próxima reunión, señor Barnes. Entretanto puede usted venir aquí siempre que quiera. Me gustaría verle... a menudo. Tendré siempre tiempo para hablar con usted en inglés. Tengo entendido que es usted un hombre que tiene mucho tiempo libre.

Estas palabras las pronunció Ling Su interrogadoramente.

-En efecto-asintió Cleve.

-Quiero hablar de ese detalle con usted- sonrió el chino-. Entretanto recuerde que allí donde el Wu Fan es bien recibido usted también lo será. Podrá disfrutar de todos sus privilegios. Nadie se opondrá a ello.

"Debo decirle que cuando nuestros miembros americanos lo desean, les confío misiones especiales. Eso también lo hablaremos cuando mi visite usted a solas.

Ling Su hizo el saludo del Wu Fan. Cleve lo contestó y permaneció inmóvil, como si no supiera lo que debía hacer. Interpretaba a la perfección el papel del falso Hugo Barnes.

Foy se acercaba. Ling Su señaló al criado. Fingiendo que por fin comprendía Cleve siguió al chino hasta la antesala.

Cuando llegó a la calle vió que la procesión había terminado. La reunión en casa de Ling Su había durado más de lo que él esperaba. Pero la noche aun no había terminado. Cleve aun veía una posibilidad de hacer algo.

¡El Sun Kew!

Este seria su nuevo punto de destino. De acuerdo con lo que le había dicho su informador chino algo iba a suceder aquella noche en el Sun Kew.

Fuera lo que fuese estaba relacionado con el Wu Fan, y la insignia que Cleve había recibido de éste serviría como contraseña.

Cleve escondió debajo de la solapa la insignia. Por lo que Cleve había llegado a comprender Ling Su había delegado a uno de sus hombres para que se hallara presente en el Sun Kew. Ese hombre, por una razón u otra presentó una excusa. Ling Su enviaría otro u otros en su lugar.

¿Quiénes eran los que habían recibido esa orden? Ling Su habló en privado con cada uno de los reunidos en el momento en que éstos se marchaban.

El chino había afirmado que los privilegios del Wu Fan eran también los suyos. Ling Su no podría irritarse si su nuevo seguidor se aprovechaba de dicha oferta y aquella noche se presentaba en el Sun Kew. Cleve Branch estaba decidido. Hugo Barnes visitaría el Sun Kew. Cleve no había perdido el tiempo durante los últimos tres días. Como Hugo Barnes habíase familiarizado enormemente con las entradas y salidas del Barrio Chino.

Muchas partes de aquella laberíntica región seguían siendo desconocidas para él; pero había visto más de una vez el Sun Kew.

Era un lugar ruinoso que parecía ser un decadente restaurante chino. No tardaría más de diez minutos en llegar a aquella oscura sección del Barrio Chino, donde se encontraba el edificio que albergaba al Sun Kew.

Mientras se dirigía hacia allí miraba hacia atrás para ver si lo seguían.

Ignoraba si era costumbre en el Wu Fan seguir a los nuevos miembros. Pero no había peligro. Hugo Barnes estaba a salvo. No se veía ningún espía, ni siquiera una elusiva sombra. ¡La Sombra! Cleve pensó en el desconocido personaje y sonrió a la manera de Hugo Barnes.

¡Desde que saliera de la tienda de Moy Chen no había visto ni rastro de La Sombra!

Pero mientras Cleve Branch se felicitaba sobre este punto, una vaga silueta deslizóse fantasmalmente detrás de él. Cleve Branch no la percibió, pues enseguida fue tragada por las tinieblas de la calle en la cual había penetrado el agente del Gobierno.

¡La Sombra no había sido engañada!

¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO VII
CLEVE VE LA SOMBRA

La entrada del Sun Kew era completamente vulgar. Una vieja y mal iluminada muestra anunciaba el lugar. Cleve Branch entró decidido, abandonando por un momento la peculiar manera de caminar de Hugo Barnes.

El interior del Sun Kew era tan poco invitador como la parte de fuera. La suposición de Cleve era acertada. El Sun Kew era un restaurante o, mejor dicho había sido un restaurante, y aun conservaba cierto parecido con ello.

El lugar estaba ocupado en aquel momento por unos doce chinos sentados ante las viejas mesas de la sala principal.

La mayoría de ellos estaban bebiendo, y Cleve supuso que debían de estar consumiendo el aguardiente de arroz que tanto gusta a las clases chinas menos elevadas. El aspecto de varios de los presentes era canallesco.

Una mirada bastó a Cleve para convencerse de que ninguno de los asistentes a la reunión del Wu Fan estaba allí.

Cleve había llegado al salón pasando par un oscuro vestíbulo en el que vió varias puertas cerradas. Sentándose a una mesa situada en un rincón Cleve procuró evitar las miradas de los demás. De cuando en cuando dirigía una rápida mirada a la puerta por donde había entrado.

Pasaron varios minutos antes de que uno de los camareros notara que había entrado un americano. Se acercó a Cleve y le dijo unas palabras en chino.

Branch contestó encogiéndose de hombros e indicando que no entendía el idioma. El camarero se retiró y Cleve supuso que había ido a informar a alguien que hablase inglés.

Debajo de la chaqueta Cleve llevaba un revólver del 38 de corto cañón. Era su arma favorita. Le había sido de gran utilidad en más de una ocasión.

Podía ocurrir algo en aquel restaurante y necesitarla. La acarició para convencerse de que seguía teniéndolo al alcance de la mano, a pesar de que sólo lo utilizaría en el último extremo.

EL camarero regresaba. Su rostro no denotaba sentimientos amistosos. Otra vez habló en su idioma nativo. La respuesta de Cleve fue un encogimiento de hombros.

El empleado hizo un ademán y un hombre se levantó de una mesa próxima.

Acercóse e hizo una pregunta. Cleve que se había puesto en pie, se vió en el centro de un grupo de inquisitivos chinos, que le miraban como a un intruso, aunque nada en ellos denotaba malevolencia.

Ninguno del grupo parecía saber el inglés. La situación empezaba a parecer ridícula a Cleve. Todos los chinos parecían querer empujarle hacia la puerta.

De pronto Cleve creyó comprender la explicación de todo aquello y la mano que empuñaba el revólver lo soltó. Los chinos que le rodeaban debían de ser miembros inferiores del Wu Fan. Celebraban una reunión especial y esperaban la llegada de miembros más importantes.

Ninguno de los hombres que viera en casa de Ling Su había aparecido.

Aquellos chinos, por lo tanto, no podrían reconocer a Cleve como uno de los miembros de su organización.

Cleve Branch recordó la insignia que llevaba debajo de la solapa. Lo llevaba allí porque su informador le dijo que así debía hacerlo. El agente supuso que si mostraba la contraseña todas las dudas se terminarían.

Lenta, impresionantemente, Cleve volvió la solapa y mostró la insignia del Wu Fan. Y para que todos pudieran verla mejor retrocedió un paso.

El resultado fue totalmente opuesto a lo que supusiera Cleve. Antes de que pudiese dar otro paso, un cuchillo brilló en la mano del chino más próximo, que se lanzó sobre él. AL mismo tiempo un grito salvaje rasgaba el silencio.

-¡Wu Fan!

Un segundo después el oriental caía sobre el desconcertado americano que, instintivamente, se echó a un lado. El atacante habíase precipitado, y su puñal rasgó, solamente, la manga de la chaqueta. Pero esto no significaba que se hubiera salvado. Dos nuevos atacantes lanzábanse sobre él por la derecha.

La puerta quedaba detrás de él, pero no tenia tiempo de huir. En el instante quo las dos hojas de acero descendían sobre él, Cleve se tiró al suelo.

Aunque de momento esta acción le salvó la vida, al mismo tiempo le dejó imposibilitado para sucesiva defensa. Su mano derecha no había tenido tiempo de empuñar el revólver. No obstante, el fútil esfuerzo del agente para evitar los puñales contribuyó a hacer retroceder a los criminales atacantes.

Dos secas detonaciones partieron de la oscura puerta. Las bien dirigidas balas llegaron a su destino. La primera destrozó la muñeca de uno de los atacantes, la otra se hundió en la paletilla derecha del chino más próximo a Cleve.

Dos segundos mas que hubiera tardado el misterioso salvador, y la vida hubiera huido del cuerpo de Cleve. Cuando éste se apartaba de sus vencidos atacantes se vió ante una amenaza más grande.

El chino que había fallado el primer golpe volvía de nuevo a la pelea decidido a no fallar por segunda vez. Saltó sobre su presa con el brazo en alto. Cleve, medio tendido en el suelo, no tenia ninguna probabilidad de salvarse.

De nuevo una pistola automática habló desde la puerta. El asesino dejó caer el acero, que tintineó junto a Cleve.

Una vez más, el oculto tirador había vencido. La bala de níquel hundióse en la mano dcl oriental que se dejó caer al suelo apretándose el herido miembro.

Esta acción del chino indicaba que el hombre estaba ya fuera de combate.

Feroz en realidad lo que el oriental meditaba era una traición. Trataba de engañar al oculto atacante, pues mientras se retorcía por el suelo su mano izquierda recogía el cuchillo que la derecha había dejado caer.

Cleve se estaba poniendo de pie, vuelto de espaldas al chino. La mano izquierda de éste se levantó armada con el puñal descendiendo en seguida hacia la espalda de Cleve.

La acción fue tan rápida, y el oriental puso tanta fuerza en su golpe que ninguna bala, aunque hubiese atravesado el corazón del asesino, habría podido pararlo.

Mas por muy rápida que fuera la acción del oriental, el oculto tirador lo fue más; su cuarto disparo sonó.

La bala, pasando a pocos centímetros de la cabeza de Cleve llegó al blanco escogido. No la mano que empuñaba el cuchillo, sino ese mismo cuchillo, que fue arrancado de la mano del chino y partido en dos trozos. Cleve Branch, que al fin había conseguido ponerse en pie y empuñar su revólver se vió ante tres asombradísimos chinos cuyos golpes de muerte habían sido parados como por una mano invisible.

¿Quién era el misterioso salvador? Cleve no lo sabía. Sólo se daba cuenta de que había sido salvado de una muerte cierta y que había hallado enemigos allí donde sólo creyó encontrar amigos.

EL ataque acababa de ser frustrado por una mano desconocida que estaba dispuesta a defenderle contra los posibles ataques de aquella horda.

Si el primer ataque había encontrado desprevenido a Cleve, a partir de aquel momento el agente estaba dispuesto a todo, que, por lo que vio, no era poco.

Estaba en medio de una pesadilla oriental. La habitación hallábase iluminada por vacilantes linternas chinas. Los tres hombres que se retorcían en el suelo resultaban seres grotescos a causa de las vestiduras.

Cleve ya no les temía. Su mirada trataba de perforar la penumbra en busca de nuevos peligros.

El nombre del Wu Fan se pronunciaba hostilmente por todo el salón. A Cleve le parecía que había transcurrido una hora a pesar de que se daba perfecta cuenta de que sólo unos segundos habían pasado.

Extraños ojos le miraban desde aberturas situadas en la pared frontera. Un rumor creciente de conversaciones en chino hacía circular la noticia de lo ocurrido. Cleve levantó amenazador su revólver y empezó a retroceder hacia la puerta donde sabia estaba la seguridad.

El efecto de su acción fue increíble. Fue la chispa que encendió el fuego del odio entre sus enemigos. Un propósito dominó a todos los allí reunidos. Que su víctima no saliera viva.

Si Cleve había supuesto que sus contrarios estaban sólo armados de largos cuchillos, en aquel momento comprobó que estaba equivocado. Como obedeciendo a una señal convenida, una docena de revólveres brillaron en las manos de los chinos.

Cleve no aguardó a que empezaran los fuegos artificiales. Disparó su revólver al centro del más próximo grupo de chinos. Uno cayó. Los otros corrieron a refugiarse detrás de las mesas.

Como ratas, los mongoles habían desaparecido de la vista del agente, abriendo el fuego desde sus barricadas.

Mientras buscaba la protección de una mesa, Cleve disparó hacia los sitios que se habían ocultado sus enemigos. Apuntó bien; pero era imposible que lograra vencer a sus adversarios. Era una solo contra demasiados.

Su arma podría poner fuera de combate a unos cuantos pero al fin sería vencido. Jamás podría recorrer los pocos metros que le separaban de la puerta. Rojas llamaradas brotaron par todos los lados. La habitación retumbaba, con los disparos de los revólveres. Cleve Branch era el blanco de aquellos disparos, y en la mesa, tras de la cual se ocultaba, hundianse las balas de plomo. Los tiros con que replicaba Cleve eran muy escasos.

Pero seguía recibiendo ayuda. El hombre de la puerta luchaba a su lado.

Allí, desde un ángulo, el oculto tirador dominaba todo el salón. Tenía más de doce blancos y los escogió bien. Amarillentas manos se abrieron dejando caer las armas que empuñaban.

Los dedos que iban a curvarse sobre los gatillos no pudieron hacerlo. Las secas detonaciones de la automática eran anuncios de infalibles mensajes de níquel.

Un extraño silencio reinó en la habitación cuando los ecos de los disparos se apagaron. El asombrado Cleve se fue explicando poco a poco lo que había ocurrido. Su revólver estaba vacío e inútil.

No había traído cartuchos de repuesto. Sabía también, que su arma había hecho muy poco daño.

¡Fueron los tiros disparados desde la puerta los que cambiaron la situación!

Tumbados en el suelo había numerosos chinos que no estaban en condiciones de luchar. Los que permanecían en pie estaban demasiado asombrados para ser ningún peligro. Estaban refugiados detrás de las mesas.

No hacían nada, pues dabanse cuenta de que sus disparos traicionarían su presencia. Ninguno se atrevía a exponerse a los tiros de aquel ser misterioso que jamás erraba el destino de sus balas.

Para Cleve el silencio se convirtió en señal de que todos sus enemigos habían caído o escapado. En esto estaba equivocado. Su conocimiento de la naturaleza china, fracasó. Aquellos hombres eran traidores por naturaleza.

Si le habían atacado a pecho descubierto fue, tan solo, porque eran muchos contra uno. Ahora, dándose cuenta de su error, los que no estaban heridos permanecían inmóviles, esperando un movimiento en falso del hombre cuya vida codiciaban.

Para Cleve la oscura puerta era un refugio seguro. Las llamaradas que habían brotado de ella eran señales de protección. Terminado el fuego la huida era la única salvación. Debía huir antes de que llegasen nuevos atacantes.

Saltando de detrás de la mesa, Cleve dirigióse recto hacia la puerta. No avanzó más de un metro y medio. Los ocultos chinos dispararon. Una bala rozó el hombro del agente, que se tiró al suelo.

El escondido amigo contestó. Sus automáticas, recién cargadas, vomitaban balas. Pero la tarea resultaba ahora sobrehumana. El movimiento en falso de Cleve había colocado su cuerpo al alcance de las balas de los tiradores orientales. Estos no querían que vivo o muerto, el cuerpo de Cleve Branch quedase sin recibir una buena carga de plomo.

La mirada de Cleve, dirigida hacia la puerta, reflejaba asombro y desesperación. Pues ante él acababa de aparecer una indescriptible forma.

Saltando desde la puerta había entrado en escena una sombra viviente.

¡Era la Sombra!

No se trataba ya de un vago fantasma. La Sombra aparecía bajo el aspecto de un hombre vestido de negro, envuelto en una amplia capa del mismo color y cubierta la cabeza con un sombrero, también negro, con el ala caída sobre el rostro. Dos enguantadas manos empuñaban las pistolas automáticas.

¡La Sombra acudía en su auxilio!

Su primer movimiento fue rapidísimo. Como una viviente forma de tinieblas, La Sombra precipitóse hacia delante y su elevada silueta ocultó el cuerpo de Cleve Branch. Voluntariamente La Sombra se ofrecía como blanco a los disparos de los chinos.

Su desafío fue aceptado.

Ya no fue Cleve la víctima que buscaban los asesinos. Su fuego dirigióse hacia aquella nueva amenaza. El hombre que había hecho fallar sus cálculos; el oculto tirador que con su maestría inutilizó a sus compañeros.

Moviéndose de un lado a otro La Sombra se convertía en un blanco difícil.

Su elevada silueta parecía eludir milagrosamente los disparos de sus enemigos. Una bala le rozó el sombrero. Otra atravesó la flotante capa.

De los ocultos labios brotó una risa burlona que no prometía nada bueno para el enemigo. La Sombra había logrado que la ansiedad predominara en los chinos sobre su cautela.

Ileso a pesar de los numerosos disparos que se le hacían, La Sombra observó atentamente de donde partían las balas y, de pronto, sus automáticas entraron en acción.

Sus balas formaron una barrera que obligó a los ocultos chinos a dejar de tirar. Un disparo alcanzó en el rostro a un chino oculto detrás de una puerta.

El hombre se tambaleó cayendo de bruces. Su revólver fue a parar a un metro de él.

Otro disparo desvió el arma apuntada al cuerpo del extraño ser de la oscuridad. Otra bala penetró por un estrecho agujero, tras el cual un hombre apuntaba el revólver que no llegó a disparar.

El silencio volvió a reinar en el restaurante. La Sombra había llevado la destrucción por doquier. En sus pistolas sólo quedaba un cartucho por disparar.

Un chino tendido en el suelo se esforzaba por levantar su pistola y hacer un disparo final. Sus fuerzas le fallaron y cayó muerto.

En el otro extremo del salón había una ventana abierta. Un chino estaba al otro lado, dispuesto a disparar sobre aquel ser destructor.

La Sombra no le veía, pues su mirada estaba dirigida al suelo. Otro asesino habíase arrastrado hasta allí con un puñal en la mano. Mientras las armas de fuego hablaban, el chino habíase deslizado hasta allí para descargar su golpe sobre seguro. El acero estaba levantado.

Un puñetazo envió al asesino a varios metros de distancia. Entretanto una mano habíase asomado a la ventana. Empuñaba un brillante revólver apuntado hacia la negra forma. Un amarillo dedo se curvó sobre el gatillo.

Volviéndose rápidamente La Sombra vio la amenaza. Su última bala pasó a menos de un milímetro del revólver y fue a hundirse en la cabeza del hombre que lo empuñaba.

El chino se desplomó agitando sus brazos en busca de algo donde cogerse.

Un impresionante silencio se hizo en el lugar. AL fin, La Sombra inclinóse sobre Cleve y le ayudó a ponerse en pie. El asombrado agente llevóse la mano al hombro herido y caminó hacia delante, ayudado por su salvador.

Llegaron al pasadizo. A la entrada sonaron pasos precipitados. Tres chinos llegaban corriendo. Dos de ellos llevaban revólveres. Otro empuñaba un afilado cuchillo.

Llegaban como refuerzo, atraídos por los disparos. No vieron las dos sombras aplastadas contra la pared del corredor. Se detuvieron horrorizadas al ver el campo de batalla.

De súbito, el hombre del cuchillo volvió la cabeza y descubrió a Cleve. Su grito hizo volver también a los otros dos. Las armas se prepararon.

En aquel instante, La Sombra, que se había separado de Cleve Branch, cayó sobre ellos. El chino que empuñaba el acero se vio levantado como un muñeco de paja y lanzado contra los otros dos armados de revólveres.

En aquel instante uno de ellos apretaba el gatillo de su arma, apuntando a La Sombra. Pero la bala destinada a éste se hundió en el cuerpo que cayó sobre él. El chino del cuchillo murió instantáneamente.

Entretanto La Sombra arrancaba el revólver de manos del otro chino, al que empujó hacia atrás. En seguida dirigióse al lado de Cleve y le hizo avanzar hacia la salida mientras con la otra mano disparaba dos tiros en dirección a la sala. Eran un aviso para todo aquel que intentara seguirle.

Fueron acompañados de una estremecedora risa. El desafío no fue contestado. Muy pocos hubieran podido hacerlo de haberlo deseado.

En la distancia sonaron los pitos de la policía, cuando Cleve Branch se encontró en la estrecha calleja, sostenido por el hombre misterioso. El aire fresco reanimaba al agente cuya herida le causaba agudos dolores.

Se deslizaban por oscuras calles. El hombre de negro habíase convertido en un ser borroso. La única señal de su presencia era la presión de su mano.

De pronto la presión cesó. Cleve estaba solo.

Permaneció desconcertado durante unos segundos. Al fin, con un sobresalto reconoció el lugar donde se hallaba. Era una calle que desembocaba en una concurrida avenida.

Cleve apresuróse a ir hacia allí. Una vez en la amplia calle torció hacia la derecha y deslizóse dentro de la tienda de Moy Chen.

Branch había sido salvado del antro conocido por el Sun Kew. Su fantasmal salvador le acababa do conducir a un sitio seguro. En medio de una horda de enemigos había sido ayudado por un amigo.

Estos pensamientos eran asombrosos; pero más asombroso era el detalle de que la extraña sombra que se había cruzado en su camino era real, no imaginaria.

Cleve Branch había visto a La Sombra. La había visto y comprobado que era un ser humano.

CAPÍTULO VIII
DARLEY DA UN CONSEJO

Cleve Branch consultó su reloj. Eran las cinco de la tarde. Uno no podía calcular sin reloj la hora que era, pues el despacho de Moy Chen carecía de ventanas. Cleve Branch había descartado su disfraz de Hugo Barnes.

Moy Chen sonrió plácidamente viendo cómo Cleve se frotaba el hombro herido. La herida tenia muy mal aspecto; pero el chino se había demostrado tan buen cirujano como maquillador.

Cleve había vivido allí desde su peligrosa aventura en el Sun Kew. Ahora estaba ya dispuesto a salir, bajo su aspecto normal.

-Volveré, Moy Chen -dijo levantándose-. Pienso visitar a Ling Su cuando el Wu Fan se reúna de nuevo.

-Visite a Ling Su; pero no vuelva al sitio donde fue, al Sun Kew -advirtió el chino.

-No, no hay miedo.

Moy Chen había explicado que el Sun Kew era el lugar de reunión de los miembros del Tiger Tong, una sociedad secreta que, numerosas veces había provocado sangrientos disturbios en el Barrio Chino.

Hacia tiempo que el Tiger Tong había permanecido quieto; pero sus miembros no toleraban jamás la intrusión de los americanos. Esta era, según Moy Chen, la probable explicación del tumulto en que se había visto envuelto Cleve.

Este explicó que había mostrada la insignia del Wu Fan. Moy Chen le indicó que, probablemente, le habían tomado por un impostor.

Cleve descubrió que Moy Chen jugaba una parte muy pasiva en los asuntos del Barrio Chino, prestando poquísima atención a los asuntos de sus vecinos.

Como agente secreto, el mercader chino hacía muy bien evitando toda clase de conflictos.

Mientras se reponía de su herida, Cleve había perdido todo contacto con los asuntos exteriores. Si recobró su personalidad fue con el exclusivo objeto de visitar a Joseph Darley.

Sabía que el jefe del Comité Civil estaba al corriente de todos los acontecimientos del Barrio Chino.

Y a través de Darley, Cleve podría enterarse de nuevos sucesos.

Llegó al piso de Darley poco antes de las seis. El hombre se hallaba en su casa y le recibió cordialmente.

-Bien, bien-dijo-. Le he estado buscando. Antes de marchar a Los Ángeles intenté comunicar con usted. ¿Dónde ha estado?

-Visitando el Barrio Chino -replicó con una sonrisa Cleve:

-Esta noche voy allí. ¿Quiere acompañarme? Cenaremos en el hotel Thomas. Veremos una función en el Teatro Mukden.

-Perfectamente -asintió Cleve.

Era muy importante. Como Cleve Branch, el agente del Gobierno podría visitar el distrito chino con Joseph Darley. Como Hugo Barnes podría ir solo y asistir a las reuniones del Wu Fan. Por ello la invitación de aquella noche fue bien aceptada.

-¿Ha estado fuera de la ciudad? -inquirió Cleve.

-Sí -dijo Darley-. He llegado esa misma tarde. Antes de marchar le llamé a su hotel. Me hubiera, gustado que me acompañase, si hubiese podido hacerlo. El viaje de ida a Los Ángeles fue excelente; lo hice en avión. AL regresar he vuelto en un yate particular.

-¿Ha sido bueno el viaje?

-Maravilloso. Leo Frame, el magnate de las películas es el propietario del yate. Está en el Este y ordenó que su yate le aguardase en San Francisco. Desde que dejamos San Pedro el tiempo fue magnifico.

-¿Es amigo de usted Frame?

-Sí. Hemos hecho juntos varios cruceros. Sabía que yo tenia que ir a Los Ángeles; por ello ordenó que su yate no partiera hasta mi llegada. Cuando llegue al Oeste le acompañaré otra vez a Los Ángeles... y si tiene usted algo que hacer en la Baja California podrá usted también acompañarnos. Sé que será muy bien recibido.

Abandonaron la habitación en dirección al restaurante. Darley buscó una mesa algo apartada y encargó una suntuosa cena para él y su huésped.

Para Cleve, después de sus recientes aventuras, el lujoso hotel ofrecía un extraño contraste con el Barrio Chino.

A pocos metros de aquel lugar frecuentado por riquísimos clientes, se hallaba la región surcada por extrañas calles, donde la intriga de Oriente dominaba.

Era verdad que el Barrio Chino había adaptado los progresos mecánicos de América. ¿Habría sucumbido, en cambio, San Francisco a la intriga del distrito chino?

Mientras los pensamientos de Cleve iban hacia el Barrio Chino, la conversación de Darley versó también sobre ese sujeto. Inclinándose sobre la mesa dijo en voz baja:

-Casi lo había olvidado. Tengo informes para usted. Mejor dicho, los tenía cuando hace días le telefoneé a su hotel. Se trataba de algo que descubrí poco después de entregarle mi informe respecto al Wu Fan.

-¿Que era?

-Que el Wu Fan se ha encontrado con la enemistad del Tiger Tong, una organización que ha sido causa de un sinfín de disturbios en el pasado. Se rumorea que el Tiger Tong, ha atacado a algunos miembros del Wu Fan.

La declaración de Darley era muy interesante. Explicaba algo de lo que tanto asombro causó a Branch. Ahora comprendía par qué al mostrar en el Sun Kew la insignia del Wu Fan había sido atacado con tal ferocidad.

Mas el agente de la Oficina de Investigación se contuvo cautamente de demostrar su enorme interés. Tenía que seguir sus propios proyectos.

Había cosas que Darley debía saber; y otras que debía ignorar. Todo lo referente a Moy Chen correspondía a la segunda clase. De momento, todo lo concerniente a la relación entre Cleve Branch y Hugo Barnes debía continuar secreto.

-Esto era lo que deseaba decirle antes de marcharme -prosiguió Darley-. Hoy, en la oficina, encontré otro informe respecto al Wu Fan y al Tiger Tong, junto con una carta de Ling Su.

-¿Qué le decía?

-Sólo miré por encima los papeles. Mañana se los mostraré. Sin embargo creo que puedo darle ya una idea general de su contenido.

-Me interesará mucho oírle.

-Según parece, el Tiger Tong ha anunciado, sin disimulos, que no está conforme con la existencia del Wu Fan. Por ello Ling Su envió un delegado a hablar con uno de los jefes del Tiger Tong. La entrevista debía verificarse en un tugurio llamado el Sun Kew.

Esto echaba nueva luz sobre el misterio. El delegado en cuestión debía de ser el hombre que se negó a ir.

-El delegado -prosiguió Darley-, se vió en peligro, y Ling Su envió entonces a tres hombres al Sun Kew.

"Esperaron que se hiciera de noche y entonces dirigiéronse allí. AL llegar encontraron a la policía en el local. Había habido un verdadero combate.

-¿A causa de qué? -inquirió Cleve.

-La policía no pudo enterarse-declaró Darley-. Pero Ling Su me asegura que fue motivado a causa de que el Tiger Tong atrajo allí a varios miembros del Wu Fan y les atacó.

"Si los hombres de Ling Su rechazaron el ataque y pudieron escapar con vida, es un secreto. De todas maneras lo cierto es que el Tiger Tong fue el primero en iniciar el ataque.

-Es lo más lógico desde el momento en que se realizó en su cuartel general-asintió Cleve.

-Sí; y es muy improbable que Ling Su ordenase un ataque al lugar. El Wu Fan no es admirado por los otros tongs. Si el Wu Fan iniciara, el ataque contra el Tiger Tong se colocaría en una situación muy peligrosa.

-Eso puede ser importante-dijo Cleve.

-Lo es -afirmó Darley:- Importante para usted y para mí.

-¿Por qué para mí?

-Porque demuestra que todos les miembros del Wu Fan corren peligro. Para mí explica el misterio de la muerte de Stephen Laird en el Mountain Limited.

-¿Supone que lo asesinaron los chinos contrarios al Wu Fan?

-Sin ninguna duda.

Cleve reflexionó. La teoría de Joseph Darley parecía correcta. Stephen Laird había muerto de una puñalada. Los miembros del Tiger Tong iban armados de cuchillos. Habían atacado a Cleve, un americano y un miembro del Wu Fan.

Era, pues lógico que Stephen Laird, también un americano afiliado al Wu Fan hubiera caído, víctima del Tiger Tong. Si esto era verdad, significaba que la investigación de Cleve en aquel caso había terminado.

Los tong chinos estaban ya vigilados. La Oficina de Investigación se interesaba tan esolo por el Wu Fan por tratarse de una organización reciente.

La muerte de Laird era una mancha en su historia. Exonerado el Wu Fan, Cleve podía extender su último informe y abandonar San Francisco.

-Sin embargo -dijo-, debemos recordar que Stephen Laird fue asesinado lejos de San Francisco, mientras viajaba. ¿Está eso de acuerdo con las costumbres de los tongs?

-Sí -afirmó enfáticamente Darley-. Hay que tener en cuenta que San Francisco y Nueva York son las fortalezas da los tongs. Además, Laird estaba a menas de una jornada de esta ciudad.

"Algún miembro del Tiger Tong debió de recibir órdenes de matar a Laird. No lográndolo asesinar en esta ciudad, el asesino corrió el riesgo de seguirle en el tren. El miembro de un tong que falla el golpe que se le ha encargado corre riesgos terribles.

Cleve reflexionó. Recordaba las últimas palabras de Stephen Laird, tal como habían aparecido en el periódico. "Ojos verdes en el parque de Deado". Eran triviales.

¿Sería que Laird había dejado algún mensaje en determinado parque? ¿Ojos verdes? Cleve no había visto ninguno aún. Los de Ling Fu no eran de ese color. A veces brillaban: pero eran oscuros, no verdes.. Tampoco lo eran los de Foy, el criado. Todos tenían ojos oscuros.

Cleve sonrió mientras observaba los ojos de Joseph Darley. Los del jefe del Comité Civil eran azules, llenos de simpatía.

-Creo que tiene usted razón -declaró Branch-. Mientras permanezca en San Francisco será mejor que investigue los movimientos del Tiger Tong que los del Wu Fan. ¿Podría ayudarme en eso?

-Haré todo lo que pueda. La policía podrá darle también valiosos informes. Conoce varios miembros de ese tong, reputados como asesinos.

-Entonces, mañana prepararé el final de mi informe.

La decisión parecía excelente. Evitaba la necesidad de convertirse de nuevo en Hugo Barnes. Con datos completos acerca, del Tiger Tong, y de sus intentos de asesinar a miembros del Wu Fan, Cleve podría terminar su movida estancia en San Francisco.

Preocupado con estos pensamientos, Cleve cenó con Joseph Darley. Pero mientras comía, Cleve se vió asaltado por nuevos pensamientos. A causa de ellos decidió aguardar un poco antes de dar por terminado su trabajo.

Cleve pensaba en La Sombra. El hombre que en una ocasión le había salvado la vida seguía siendo un misterio.

¿Por qué se hallaba allí La Sombra? ¿Por qué estuvo presente en casa de Ling Su? ¿Por qué siguió a Cleve? ¿Por qué le salvó la vida?

Todas eran preguntas importantísimas. Además había otro hecho que hizo fruncir el ceño de Cleve. La Sombra le había seguido mientras fue Cleve Branch y también mientras anduvo disfrazado de Hugo Barnes. ¿Era posible que el hombre de las tinieblas conociera la existencia de ambas identidades?

Instintivamente Branch miró al suelo. Allí había también una sombra; pero no tenia nada de misteriosa. Pertenecía a un caballero que comía solo en una mesa muy próxima; tanto que desde ella podría oírse sin duda todo cuanto hablaban Cleve Branch y Joseph Darley.

Cleve observó cómo el caballero se levantaba y salía del comedor seguido de su sombra. Un camarero se inclinó a su paso.

Sin duda se trataba de un huésped del hotel, no una persona, a la que pudiera conectarse con callejas oscuras y siniestras apariciones en el Barrio Chino.

El caballero estaba, en aquellos momentos, hablando con el jefe del comedor. Estaba muy lejos y el agente del Gobierno perdió todo interés por él. Dedicó de nuevo su atención a la cena.

No obstante sus pensamientos continuaban fijos en La Sombra. El hombre de misterio era alguien a quien Cleve no podía olvidar. Aunque no lo dijo a Darley, Branch pensaba permanecer en San Francisco.

¡Estaba dispuesto a enterarse del secreto de La Sombra¡

CAPÍTULO IX
LA SOMBRA RÍE

El caballero abandonó el comedor y atravesó lentamente el espacioso vestíbulo del hotel Thomas. Detúvose en el despacho de recepción y dijo unas palabras al empleado. Este le entregó una llave con el número 1216.

-No hay ninguna carta para usted, señor Arnaud -añadió el empleado.

Henry Arnaud movió la cabeza, sonriente, y dirigióse al ascensor. Mientras subía al piso en que se encontraba su habitación no dijo ni una palabra.

Su rostro era inescrutable, sereno, igual que la noche en que Arnaud había llegado a San Francisco.

La sombra de Henry Arnaud avanzó por el décimo segundo piso al lado de su dueño. Cleve Branch había observado aquella sombra en el comedor.

Es muy difícil reconocer la sombra de una persona. No es extraño que Cleve no hubiese podido identificarla como la del hombre que le salvó en el Barrio Chino.

Sereno, pausado, Henry Arnaud no era el tipo de hombre a quien uno pudiera imaginarse envuelto en una capa, cubierto por un sombrero de anchas alas, y empuñando dos humeantes pistolas automáticas.

Tal como Cleve había visto a La Sombra, ésta no se parecía en nada al caballero que cenó junto a él en el comedor del hotel Thomas.

¡Y sin embargo, Henry Arnaud era La Sombra!

Los artificios de que se había valido Moy Chen para convertir a Cleve en Hugo Barnes resultaban infantiles al lado de los que utilizaba magistralmente La Sombra.

Como maestro en el arte del disfraz, La Sombra no tenía igual. Su personalidad de Henry Arnaud era falsa. También lo eran centenares de otras, cada una tan eficaz como aquélla. La Sombra era un hombre de rostro cambiable; y él sólo, en todo el mundo, conocía su verdadera identidad.

El único disfraz que siempre repetía, era el de la figura envuelta en una negra capa - una figura siniestra y amenazadora que muchos habían visto pero cuyo rostro nadie conocía.

EL brillo de unos ojos penetrantes era lo único que se percibía entre la caída ala del sombrero y el levantado cuello de la ancha capa.

Un hombre llegó, en cierta ocasión a ver el rostro de la Sombra contra la voluntad de éste. Ese hombre intentó desbaratar los planes de la Sombra, consiguiéndolo durante algún tiempo. Pero ese hombre ya no vivía.

Como otros malhechores enemigos de La Sombra habíase hundido en el merecido olvido.

Porque La Sombra, envuelto ya en su acostumbrada capa negra, o bajo la adoptada personalidad de cualquier otro, era el enemigo jurado de todos los que vivían del crimen.

Con la legalidad en uno de los platillos de la balanza y la ilegalidad en el otro, La Sombra era el factor que hacia triunfar siempre a la Justicia.

Cerebro privilegiado, hombre de enormes recursos, veloz fantasma de la oscuridad, La Sombra buscaba la fuente del crimen y la cegaba.

De todas sus asombrosas habilidades, la mayor de todas era la capacidad de acción. Nada era demasiado difícil para La Sombra. El rescate de Cleve Branch en el Sun Kew era una muestra de esta verdad.

Bajo la asumida personalidad de Henry Arnaud, aquel hombre entraba en su cuarto en el décimo segundo piso del hotel. La habitación contrastaba enormemente con aquella del hotel Aldebarán, donde Henry Arnaud había desaparecido de una manera tan extraña.

El cuarto era lujoso, uno de los más caros del Thomas, y estaba amueblado a la moderna. Henry Arnaud apagó la luz, después de cerrar la puerta. Ningún ruido reveló su presencia hasta que un chasquido sonó en un rincón de la estancia.

Una lucecita se encendió sobre el cristal de un escritorio de caoba. Estaba velada por una pantalla verde, y el haz luminoso era proyectado sobre la superficie de la mesa, formando un pequeño círculo.

La luz no reveló la menor señal de la presencia de Henry Arnaud. El hombre habíase desvanecido con las tinieblas. Otro personaje había sido reemplazado. Era La Sombra la que ocupaba aquella habitación.

Dos largas y blancas manos aparecieron dentro del circulo de luz. Eran manos que se movían por sí solas, manos que no pertenecían a ningunas visibles muñecas. Porque los brazos que se extendían detrás de las manos estaban ocultos dentro de negras mangas.

Aunque delgadas, las manos estaban perfectamente formadas. Eran manos fuertes. Ocultos músculos vibraban bajo la piel.

Eran las manos que enfundadas en negros guantes habían desencadenado la destrucción sobre las hordas del Tiger Tong.

Entre las dos manos había una notable diferencia. Una de ellas aparecía sin ningún adorno; pero en la otra, la izquierda, brillaba una piedra preciosa en la base del dedo medio.

Era una extraña piedra que brillaba con cambiantes reflejos, un girasol, un ópalo de fuego. Su aspecto hablaba de misterio, y era el símbolo de la misteriosa existencia de La Sombra.

Las manos estaban ocupadas. Un papel y un lápiz aparecieron bajo la luz.

La mano derecha cogió el lápiz y anotó en el papel las palabras escritas en un recorte de periódico que la mano izquierda sostenía.

Las últimas palabras de Stephen Laird eran copiadas por La Sombra.

"Ojos Verdes"

La Sombra no vaciló en transcribir estas dos palabras. Parecía que no le cupiese la menor duda acerca de su significado.

"En"

Tampoco vaciló la mano que sostenía el lápiz al copiar la preposición.

"El"

De nuevo el lápiz corrió sin vacilación sobre el papel.

La mano reposó, como si los ojos que permanecían en la oscuridad leyeran lo escrito.

"Ojos Verdes en el..."

La siguiente palabra fue escrita tal como el revisor la copiara.

"Pa ... que"

El lápiz pareció vacilar.

"P A Q U E". La mano repitió la palabra.

"PAQUE". Entre interrogantes la volvió a escribir, completándola como habían hecho los periodistas.

¿"P A R Q U E"?

No debió de convencer a La Sombra, pues el lápiz escribió rápidamente:

"PAQUETE".

¿Había guardado algo Stephen Laird en algún paquete? ¿Algo que debía revelar el motivo de su muerte?

No. La mano escribió otra palabra.

"¿PARCO?"

Unos labios invisibles musitaron repetidas veces esta palabra, como si en ella estuviera la clave deL misterio.

"PARCO".

escribió de nuevo La Sombra.

Y de pronto, velozmente, el lápiz marcó sobre la hoja de papel esta palabra:

"PALCO".

La Sombra, como si deseara ver el efecto que producía la frase entera, escribió:

"OJOS VERDES EN EL PALCO".

Debió de quedar satisfecho, pues a continuación fue otra palabra la que apareció sobre el papel.

"DE".

¿De?

"D"

El hombre de las tinieblas avanzaba ya seguro en el desentrañamiento del misterio.

"OJOS VERDES".

"EN EL PALCO -D-".

Las dos frases quedaron encerradas en un círculo trazado con el lápiz.

Otra vez corrió el lápiz trazando las letras de la última de las palabras de Stephen Laird.

"DEADO".

"D E A D O".

El lápiz permaneció unos segundos suspendido sobre el papel.

De pronto, como para observar el efecto que ambas palabras producían juntas, La Sombra escribió:

"PALCO".

“DEADO”.

La punta del lápiz saltaba de una a otra. El cerebro de La Sombra meditaba.

AL fin, escribió velozmente:

"DEA" "TEA".

“DO” “TRO”.

Y al fin la explicación:

"TEATRO".

Y debajo:

"OJOS VERDES" "EN EL PALCO -D-" "TEATRO..."

La Sombra había adivinado el mensaje que los moribundos labios de Stephen Laird no pudieron pronunciar correctamente.

El misterio que había resistido a los esfuerzos de todos los reporteros de los Estados Unidos, habíase rendido a La Sombra en unos minutos.

La luz de encima del escritorio se apagó. Esto significaba que el trabajo de La Sombra había terminado.

Una forma vaga dirigiase en silencio hacia la ventana, donde su silueta quedó recortada. Desde aquel punto, la habitación del Thomas y la del Aldebarán tenían una gran similitud.

Pues desde aquella ventana, un observador dominaba el mismo panorama de la ciudad que desde el hotel Aldebarán.

¡La Sombra miraba hacia el Barrio Chino, igual que lo hiciera la noche en que llegó a San Francisco!

En la distancia, el observador vió el luminoso anuncio del Teatro Mukden.

En el centro de un círculo de luces brillaban dos puntos verdes uno al lado del otro.

"OJOS VERDES".

Eran un mensaje, un aviso, dirigido a otros; no a La Sombra. ¡Pero el misterioso ser captó su mensaje!

Desde la aparición de La Sombra en el hotel Aldebarán, aquellos puntos de luz no habían brillado.

Eran los ojos verdes del Barrio Chino que miraban hacia la ciudad blanca.

¿Cuál era el mensaje que transmitían? Podría saberse aquella noche. La Sombra estaba seguro de ello.

El hombre de negro estaba dispuesto a recoger el guante aceptando el desafío. Aquellas luces verdes eran el instrumento de algún personaje desconocido. Como La Sombra, aquel hombre tenía una personalidad velada.

También él tenía un extraño nombre:

!Ojos Verdes¡

En medio de la oscuridad de la habitación del hotel, se oyó un sonido que fue creciendo en intensidad, hasta vibrar contra las paredes. Era la respuesta al desafío de aquellos puntos luminosos que brillaban sobre el Teatro Mukden.

Luego el eco se fue apagando y el silencio reinó otra vez en la habitación.

La Sombra se había marchado.

¡La Sombra había reído!

CAPÍTULO X
EL TEATRO CHINO

Era noche de gran gala en el Teatro Mukden. Toda la alta sociedad del Barrio Chino dirigiase allí. El motivo era el regreso a América de Fu Chou, uno de los más afamados actores dramáticos chinos.

Desde los días de la emperatriz viuda, aquel famoso actor había imperado en los teatros de la vieja China.

Los precios rivalizaban con los del teatro más caro de Nueva York. Los espectadores chinos entraban tan deprisa que era difícil distinguir rastros conocidos entre la multitud. También acudían numerosos americanos, que se habían hecho reservar anticipadamente las localidades.

Joseph Darley y Cleve Branch llegaron a pie. Darley había despedido su auto. Había llamado a dos amigos a fin de aprovechar las cuatro localidades que se le habían reservado.

Interiormente, el Teatro Mukden era igual que los demás teatros occidentales, pues los arquitectos adaptaron el estilo más moderno. Cleve notó que a ambos lados de la platea había numerosos palcos. Pero sólo los del primer piso estaban ocupados.

Sin duda, debido a la poca elevación de los palcos inferiores, desde ellas no podría divisarse muy bien la función, por lo cual se explicaba que todos estuvieran vacíos.

La platea no estaba llena. Darley explicó que ello se debía a los elevados precios de las localidades. Más adelante, las exhibiciones de Fu Chou podrían ser presenciadas por mucho menos dinero. Entonces los chinos menos ricos llenarían a rebosar el teatro.

Empezó la función. Era la primera vez que Cleve asistía a una representación del teatro chino. Los trajes y los gestos de los actores eran interesantes, al principio.

Mujeres deslumbradoramente vestidas aparecían en escena. Darley explicó que en realidad eran hombres. Durante muchos siglos, en China las mujeres habían visto cerrado el paso a los escenarios. Y esa costumbre seguía observándose en el Barrio Chino.

Los trágicos ademanes y las cantarinas voces empezaron a hacerse monótonos. Cleve dirigió una mirada al mar de rostros del teatro. Por doquier se distinguían caras amarillas y solemnes.

¿Estaría allí Ling Su? Probablemente no. Perdido en sus sueños del futuro imperio amarillo, el jefe del Wu Fan no tendría tiempo para ir al teatro.

La sala estaba sumida en una suave penumbra. Los palcos estaban a oscuras.

Todas las miradas estaban fijas en el escenario. Por ello nadie se fijó en un movimiento en los palcos inferiores.

Una elevada y negra figura se deslizaba por la pared hasta llegar a la cortina que señalaba la entrada al palco D. Un momento después, la figura había desaparecido dentro de palco.

El palco "D" era amplio y estaba sumido en densas tinieblas. La negra forma se confundió con ellas y aguardó, inmóvil.

La Sombra estaba en el Teatro Mukden, en el sitio exacto que Stephen Laird trató de designar.

¿Qué presagiaba esa visita? ¡Sólo La Sombra lo sabia!

La función continuaba en el escenario.

Fu Chou hizo su aparición vestido de mandarín. Era un chino alto, bien formado, cuyo aspecto provocó un murmullo de aprobación entre los espectadores.

Su voz era más agradable que la de los otros actores; pero al cabo de un rato

Cleve la encontró monótona, y se alegró cuando acabó la parte de Fu Chou.

Joseph Darley parecía compartir la nerviosidad de Cleve.

-¿Les gustaría hablar personalmente con ese famoso actor?-preguntó en voz baja a sus compañeros.

Estos contestaron afirmativamente y Darley dijo que arreglaba la entrevista.

-La parte de Chou ha terminado ya-dijo-. Hace tiempo fui presentado a él. Iré al escenario a disponerlo todo para que puedan hablar con él. Vuelvo en seguida.

Se puso en pie y dirigióse hacia el pasillo, deteniéndose ante las cortinas de los palcos. Cleve le vió desaparecer dentro de uno de ellos.

La función casi había terminado cuando regresó Darley. Desde el pasillo hizo seña a sus amigos, que se reunieron con él.

-Síganme, pasaremos por los palcos para no tener que dar la vuelta.

Cruzaron la entrada cubierta por la gruesa cortina. Cleve fue el último en atravesar el palco. Dentro de él sólo vió sombras. Un momento después Darley le presentaba a Fu Chou.

El actor chino era un interesante ejemplar de su raza. Mucho más viejo de lo que representaba en el escenario. Estrechó cordialmente las manos de los amigos de Darley, sonriendo con gran amabilidad.

-Me gusta visitar América-dijo en perfecto inglés-. Aquí se encuentra una apreciación a mi trabajo, que no hallo en mí país. Allí están acostumbrados a mi trabajo. En cambio aquí siempre es nuevo.

Para Cleve aquello tenía tan poco interés como la función. No obstante, se abstuvo de hacer ningún comentario. No veía ninguna posible conexión entre Fu Chou y los asuntos del Barrio Chino.

Ling Su, el Wu Fan, el Tiger Tong. Todo esto era mucho más interesante que una visita al Teatro Mukden.

Estos pensamientos trajeron a la mente de Cleve el recuerdo de La Sombra.

Seguía pensando en el misterioso hombre de negro cuando abandonó el vestidor de Fu Chou.

Siguieron un estrecho corredor detrás de los palcos. AL pasar ante el palco "D" Cleve se detuvo. Fue sólo un momento, pues ignoraba la importancia de aquella localidad. Miró dentro de él. Todo eran sombras. Ninguna de ellas le fue familiar al agente, que, sin detenerse más, salió de nuevo a la platea.

Sin embargo, tuvo la clara impresión de que unos ojos le observaban.

Volvióse. Nada. Sólo oscuridad.

El agente del Gobierno se encogió de hombros. Se le desbocaba la imaginación. El Barrio Chino era ya de por sí lo bastante extraño para aumentar su exotismo con fantasías.

No obstante, mientras Cleve dirigiase hacia la entrada, pues la función tocaba ya a su fin, no pudo desprenderse de la sensación de que alguien le seguía, a pesar de que tantas veces como volvió la cabeza no descubrió absolutamente nada.

Darley y sus amigos le esperaban en el vestíbulo del teatro. Avanzaron lentamente hacia la calle. Uno de los invitados de Darley se detuvo para contemplar un retrato en colores de Fu Chou. La mirada de Cleve, resbalando distraída sobre el retrato, se detuvo ante un punto inmediato a la cartelera.

¡Sobre una extraña sombra!

Era una sombra muy parecida a la del hombre que le salvó de las garras de los asesinos del Sun Kew.

¡Era La Sombra¡

Como si poseyera ojos y éstos hubieran notado la mirada de Cleve, la insustancial sombra se fundió. Cleve volvióse velozmente, a tiempo de ver una negra silueta que huía hacía la oscuridad.

¡La capa, el sombrero... todo revelaba a La Sombra!

Por un momento Cleve pensó en echar a correr detrás del ser misterioso.

Hacia mucho que perseguía a La Sombra.

Pero Darley le había cogido del brazo, y dándose cuenta de que el jefe del Comité Civil le observaba, Cleve dejó a un lado su deseo. La Sombra era algo que Cleve no quería discutir ni con Darley.

-Vamos-dijo éste-. Mí auto nos aguarda. Podemos subir a mi piso y pasar un rato distraído. Las funciones chinas están muy bien para los chinos; mas para mí no tienen el menor sabor.

No podía hacerse otra cosa que aceptar la invitación. Cleve acompañó a Darley y a sus amigos. Mientras se alejaban del Barrio Chino, el agente guardaba silencio

¿Por qué se hallaba La Sombra, aquella noche, en el Teatro Mukden? Cleve reflexionó sobre la desconcertante pregunta. Luego recordó la impresión que había experimentado en el teatro, cuando creyó que alguien le miraba, primero, y le seguía, después.

¡Aquel alguien sólo pudo ser La Sombra!

Cuanto más reflexionaba Cleve Branch, menos entendía aquel misterio.

Trataba de encontrar algún lazo de unión entre todo aquello; pero no lo encontraba. Joseph Darley; Fu Chou; los dos americanos que había conocido aquella noche... Ninguno de ellos podía interesar a La Sombra.

En el pasado La Sombra había demostrado gran interés por los asuntos de Cleve Branch. Aquella noche no existía ningún motivo para dicho interés.

De entre esos truncados pensamientos, Cleve sacó en limpio un hecho importante. Debía permanecer en San Francisco y pasar el mayor tiempo posible en el Barrio Chino. Algo le decía que los intereses de La Sombra eran idénticos a los suyos.

A pesar de la opinión en contra de Darley, detrás del Wu Fan debía hallarse la clave de alguna amenaza muy importante. El deber de Cleve era descubrir ese peligro.

El hombre misterioso a quien él llamaba La Sombra debía, de conocer detalles muy importantes. Era necesario encontrar a ese ser y enterarse de lo que sabia.

Lo mejor sería decir a Darley que su trabajo en San Francisco había terminado. Cleve Branch debería marcharse; una vez más, Hugo Barnes vagaría por las calles del Barrio Chino.

¡Aquel palco en el Teatro Mukden! ¿Era el escondite de La Sombra? Era una pregunta que, como tantas otras, no podía ser contestada.

Mientras Cleve se hacía esas preguntas, en el hotel Thomas, el caballero quien allí todos conocían por Henry Arnaud pedía la llave del cuarto 1216.

Una vez en su habitación, Arnaud apagó la luz, acercóse a la ventana y miró en dirección al Barrio Chino.

Una vez más la mirada de La Sombra se posó sobre el anuncio luminoso del Teatro Mukden. Pero los dos puntos verdes se habían apagado.

Ojos Verdes había enviado su mensaje. La llamada había sido contestada.

Extraños sucesos habían ocurrido aquella noche. De haberlo sabido, Cleve Branch hubiera podido enterarse de muchas cosas, pues estuvo en el sitio donde ocurrieron.

¡Pero sólo La Sombra se había enterado de todo!

La Sombra rió como había reído antes. Su risa era de oculta comprensión.

¡Pues hablase enterado de lo que deseaba saber¡

CAPÍTULO XI
CLEVE HACE DE ESPÍA

Cleve Branch había abandonado San Francisco. Se marchó a la mañana siguiente de su visita al Teatro Mukden. Se fue con un informe recibido de Joseph Darley; el último informe

referente al Wu Fan y a su persecución por el Tiger Tong. Pero Cleve sólo había abandonado la ciudad nominalmente.

En su puesto permanecía otro hombre.

De nuevo Hugo Barnes vigilaba el Barrio Chino. Moy Chen había repetido su obra de arte. La identidad de Cleve Branch estaba oculta bajo las facciones de Hugo Barnes.

Había dos puntos del distrito oriental que Cleve decidió merecían ser vigilados.

Uno de ellos era el Teatro Mukden, ya que en él descubrió la presencia de La Sombra. El otro, el cuartel general de Ling Su, pues era posible que La Sombra apareciese allí. Ambos lugares podían ser vigilados a la vez.

A unos quince metros de la entrada del Teatro Mukden, Cleve se detuvo a la puerta de una tienda china. El lugar estaba muy concurrido aquella noche, y la figura de Hugo Barnes pasó inadvertida.

Cleve no temía ser reconocido; a pesar de lo cual se mostraba muy cauto.

Pues aunque nadie podría identificarle coma agente del Gobierno, no debía olvidar que en el papel de Hugo Barnes pertenecía al Wu Fan, sociedad secreta perseguida por el Tiger Tong.

La insignia de miembro del Wu Fan permanecía bajo su solapa, pues Cleve, recordando su aventura en el Sun Kew, creyó más prudente mantenerla oculta.

La muchedumbre íbase reuniendo en la calle para presenciar otra de las casi diarias procesiones chinas. Aunque no era tan numeroso el gentío como la primera noche en que Branch acudió como Hugo Barnes al cuartel general del Wu Fan, era bastante para tapar la vista de la entrada de la casa de Ling Su.

En cambio el Teatro Mukden quedaba perfectamente visible, pues hallábase a un nivel más elevado debido a que la calle formaba una ligera cuesta.

Cleve Branch abrióse paso entre los espectadores y llegó al fin a un punto desde el cual le era posible vigilar a la vez la entrada de casa de Ling Su y el vestíbulo del Teatro Mukden.

Alguien empujó a Cleve. Este se volvió, viéndose frente a Joseph Darley.

EL joven apenas pudo contener una exclamación. Luego sonrió. Bajo el disfraz de Hugo Barnes, Darley no lo había reconocido.

Cleve observó al jefe del Comité abrirse camino a través de la calle. ¿Cuál era la misión de Darley aquella noche? ¿Una visita a Ling Su?

Sí, la suposición era exacta. El hombre penetraba por la puertecita.

Conociendo la frecuencia de las visitas de Darley a Ling Su, Cleve se dijo que la entrevista entre los dos hombres tendría muy poca importancia.

Lo que en ella se discutiera acerca del Wu Fan podría saberse más tarde por mediación de Darley.

Pero había una razón muy definida para que Cleve no pudiese comunicar con Darley. Aquella misma mañana Cleve había anunciado que su misión estaba terminada. En aquellos momentos se le suponía en el tren, lejos de San Francisco.

Numerosas banderas ondeaban en las iluminadas calles. Exóticas músicas sonaban rítmicamente. Pero Cleve apenas veía ni oía. Un magnifico proyecto germinaba en su cerebro.

Ling Su había dicho que Hugo Barnes, como nuevo miembro del Wu Fan seria siempre bien recibido en la casa. Cleve no se había aprovechado nunca de la invitación.

¡Aquel era el momento de hacerlo! Tal vez visitando a Ling Su sería presentado a Darley y se enteraría de lo que el chino hablaba con el jefe del Comité.

Una gran idea, sobre todo después de la prueba sufrida por el disfraz de Cleve en lo que se refería a Darley.

Obrando de acuerdo con este impulso. Cleve abrióse paso entre los solemnes chinos que presenciaban el desfile. Llegó a la puerta de la casa de Ling Su y entró, dirigiéndose al ascensor. Dos minutos más tarde se hallaba en la antesala.

Un tirón de la trenzada cuerda atraería a Foy. Pero Cleve vaciló antes de llamar.

Notó que la puerta estaba entreabierta. Foy debería de haberse olvidado de cerrarla.

Suavemente Cleve la abrió, penetrando en el vestíbulo. Estaba desierto. Si le descubrían ahí, daría por excusa que había llamado y que, no recibiendo respuesta y creyendo que no cometía ninguna falta, había entrado.

De acuerdo con el carácter, del falso Hugo Barnes, esta explicación parecería satisfactoria a Ling Su.

Cleve acercóse a las puertas de cobre con los dragones esculpidos. Estaban ligeramente entornadas. No lo bastante para mirar a través de ellas; pero sí lo suficiente para poder escuchar.

Acercando el oído a la ranura, Cleve dirigió al mismo tiempo una mirada a su alrededor, en busca de un escondite para caso necesario. A poca distancia, una larga cortina ofrecía un buen refugio.

El rumor de la conversación sostenida dentro del salón llegó hasta él.

Hablábase en inglés. A medida que Cleve fue escuchando, las palabras se hicieron más claras.

-Es prudente esperar-decía Ling Su-. Pero no esperar demasiado...

Las siguientes frases se hicieron confusas, el chino había bajado la voz. A Cleve le pareció oír algo acerca del “Wu Fan” y el "Tiger Tong".

A continuación habló Darley:

-Los Ángeles... próxima semana...

Fue todo cuanto Cleve pudo oír claramente.

-Ayer noche... -Hablaba Ling Su-. Se ha convenido... Ojos Verdes.

Las últimas palabras fueron pronunciadas de una manera sumamente extraña. Era como si se pronunciase un nombre.

-¡Ojos Verdes!

Al morir Stephen Laird había hablado de unos ojos verdes. ¿Se habría referido a algún ser vivo? ¿A su asesino? ¡Era una idea asombrosa!

¿Por qué se refería Ling Su a Ojos Verdes? Este nombre tenia algo de siniestro. Joseph Darley no mencionó para nada el nombre de Ojos Verdes.

¿Lo oía acaso por primera vez en aquellos momentos?

-Están preparados-decía Ling Su. Y Cleve comprendió que los dos interlocutores se acercaban a las puertas-. Ojos Verdes debe hablar de nuevo y decir la hora exacta. Entonces estará usted dispuesto. Los hombres vendrán a mí.

-Bien-replicó Darley.

-Pero usted debe tener el papel. Será el símbolo que ellos aceptarán.

-Está seguro en mi casa.

Las puertas temblaron. Cleve saltó veloz hacia la cortina. Se ocultó detrás de ella y encontróse junto a una puerta. Durante unos momentos nada ocurrió. Al fin apareció la contraída figura de Foy que abrió las puertas de cobre. Tras él salieron Ling Su y Joseph Darley.

Hasta aquel momento, Cleve jamás había visto de pie al chino. Las dos veces que estuvo ante él, el jefe del Wu Fan hallábase sentado en su trono.

El chino era bajo y musculoso. Vestía un traje oriental de seda negra con un dragón de oro bordado.

¡El signo del Wu Fan! El chino hablaba y Cleve pudo oírle con toda claridad.

-¿Está seguro de que no corre peligro de ser descubierto?-preguntaba Ling Su-. Nadie debe verlo.

-Está escondido en el fondo de un cajón de mi mesa. No hay allí nada de valor. Nadie comprendería su importancia. No se preocupe, Ling Su.

-¿Vuelve usted a su casa ahora?

-No, tardaré aún un poco.

-Pues ya que nadie hay allí...-El final de la frase de Ling Su se perdió, pues ambos acababan de llegar a la antesala.

Oyóse un zumbido. Ling Su movía los brazos. Darley asentía con la cabeza. Cleve ocultóse más cuando el chino regresó lentamente hacia el salón. Luego sonó una seca carcajada. Ling Su estaba satisfecho. Oculto tras la cortina, Cleve confiaba sólo en sus oídos. Oyó hablar cerca; probablemente junto a las puertas de cobre. Eran palabras chinas. Las pronunciaba Ling Su. Una breve respuesta en cl mismo idioma brotó de los labios de Foy. Las puertas de cobre se cerraron.

Un movimiento apenas perceptible indicó que Foy estaba solo en el vestíbulo. Por entre la cortina Cleve le vió salir a la antesala cerrando tras sí.

El agente del Gobierno se quedó solo.

¿Qué debía hacer? Instintivamente, Cleve aguardó; y mientras aguardaba, iba reflexionando.

Algo muy importante había ocurrido aquella noche. Ling Su acababa de hablar de asuntos poco corrientes con Joseph Darley.

Cualquiera que fuese el significado, era cierto que la presencia de un intruso, era algo que disgustaría a Ling Su. De presentarse como Hugo Barnes ante el jefe del Wu Fan, Cleve cometería un grave error. Sería preferible dejar la visita a Ling Su para más adelante.

Joseph Darley habíase marchado. Foy se quedó en la antesala. Esto quería decir que el criado no estaba. Foy estuvo presente durante la entrevista entre Ling Su y Darley. Esto nada significaba, pues Foy desconocía el inglés.

Era importantísimo que Cleve se enterase de los detalles referentes a la inesperada conferencia entre Ling Su y Darley.

En el papel de Hugo Barnes, Cleve Branch podía entrevistarse con el jefe del Wu Fan; pero era seguro que no podría saber nada por medio del impasible chino.

Interrogar a Darley significaría volver a asumir la personalidad de Cleve Branch.

¿Cómo evitar esto? Un súbito pensamiento acudió a la mente del joven.

Un papel importante estaba oculto en el fondo de un cajón en casa de Joseph Darley, donde aquella noche no habría nadie.

Todos estos pensamientos asaltaron el cerebro de Cleve Branch. Eran la solución de su problema.

Sin duda Darley habría recibido el documento de manos de Ling Su.

Probablemente se referiría a algo relacionado cor el Wu Fan.

Buscando una explicación, Cleve se dijo que tal vez la paz iba a ser firmada entre el Wu Fan y Tiger Tong.

Más ¿para qué perder el tiempo buscando explicaciones? Ninguna respuesta mejor que el mismo documento.

Para verlo sólo hacía falta ir a casa de Darley. Cleve sabía la dirección. Si encontraba el documento se enteraría de todo aquel misterio.

¿Y si Darley regresaba y le encontraba registrando su cuarto? Pues, en caso de semejante apuro, Cleve revelaría su doble personalidad.

¡Sí, esta era la solución!

Iría a buscar a casa de Joseph Darley el documento a que se refiriera Ling Su. Iría enseguida. Cleve se apartó a un lado, salió de detrás de la cortina y dirigiéndose con toda cautela, a la puerta de la antesala, la abrió.

Como creía, la entrada estaba desierta. Igual que Joseph Darley, Foy se había marchado.

Cleve descendió en el ascensor. Al llegar a la calle respiró libremente. La prueba había sido algo dura. Sin apresurarse, se mezcló entre los viandantes.

Mientras caminaba iba reflexionando acerca de su seguridad. Bajo su aspecto actual nadie sospecharía de él, en el caso de que algún miembro del Wu Fan le hubiera visto salir de casa de Ling Su; ya que Barnes era también miembro de la asociación.

Podía arriesgarse a hacer una visita a casa de Darley, seguro de que, en caso de apuro, podría explicar satisfactoriamente su presencia allí.

Siempre bajo el disfraz de Hugo Barnes, Cleve marchó hacia la salida del Barrio Chino, dirigiendo una distraída mirada al Teatro Mukden.

Sólo un factor había omitido hasta entonces en sus cálculos: ¡La Sombra!

Pero aquella noche, Cleve no vió nada que indicara la presencia del hombre de negro. La Sombra no podía estar en todas partes.

Hasta entonces el joven sólo había descubierto rastros de su presencia en el Barrio Chino. AL abandonar el distrito oriental, Cleve estaba seguro de abandonar los dominios de La Sombra.

Detuvo un taxi y le ordenó le condujese cerca de casa de Darley. AL llegar al sitio indicado, descendió, pagó al chófer y aguardó a que, en la distancia, desapareciese la luz posterior del auto.

Hugo Barnes penetraría aquella noche en casa de Darley y encontraría lo que pudiera ser de interés para Cleve Branch.

¡Y La Sombra no lo sabría!

CAPÍTULO XII
UN TIRO EN LA OSCURIDAD

Para penetrar en el edificio, el agente siguió el método más sencillo y eficaz.

Entró por la puerta principal.

Sabia que el portero estaba a veces allí. En el caso de que se encontrara en su garita, Cleve fingiría que iba a hacer una visita al piso superior al de Darley. De lo contrario, el agente limitariase a subir por la escalera.

Hizo lo segundo, sin esperar al ascensor automático, que en aquellos momentos estaba en otro piso. Las habitaciones que ocupaba Darley se hallaban en el tercero. Cleve llegó a ellas un minuto después de haber dejado el portal.

La cuestión de la entrada en el departamento preocupó durante un rato al joven. La casa, como la mayoría de las de San Francisco, levantábase sobre una colina y, en su parte posterior, las ventanas del piso de Darley estaban a unos diez metros del suelo.

Era, pues, inútil intentar escalarlas. Forzar la cerradura, que era de las más modernas y seguras, resultaba demasiado difícil.

Haciendo memoria, recordó haber visto en la vivienda de Darley una pequeña cocina que no se utilizaba y que daba a la escalera de salvamento para caso de incendio.

Un momento después, Cleve saltaba a la escalera de hierro. Acercóse a la ventana en cuestión. Miró a través de ella. No se veía ninguna luz. Trató de abrirla. La ventana ofreció cierta resistencia, pero, al fin, con ayuda de un cuchillo, el joven pudo levantarla.

Penetró por la abertura y dirigióse a oscuras hacia la parte delantera del pisito. Llegó al salón. Encendió una lámpara y miró a su alrededor.

Había varias mesas. ¿En cuál de ellas se encontraría el precioso documento?

Los cajones de una mesa no estaban cerrados. Los registró. En ninguno de ellos había papeles. La segunda mesa tenia los cajones cerrados. Aquella sería, seguramente, la que buscaba.

Entre las cosas que aprendió al ingresar como agente del Gobierno, figuraba la manera de abrir cajones. No obstante, antes de poner en práctica sus conocimientos, decidió probar suerte con la tercera mesa.

Los cajones de ésta aparecían abiertos, y el primero que registró resultó ser el que buscaba. Estaba lleno de papeles en blanco.

Darley había sido muy listo. Un cajón abierto, lleno de papeles inútiles, no sería concienzudamente registrado por un ladrón.

Cleve contuvo su prisa, pues era preciso dejarlo todo tal como lo encontrara.

Fue poniendo encima de la mesa los papeles que sacaba, colocándoles, después de examinarlos uno por uno, de la misma manera que estaban dentro del cajón.

De cuando en cuando se interrumpía para escuchar. Tenia los nervios en tensión. Lo que estaba haciendo podía ser de gran importancia.

Hubo un momento en que, creyéndose observado por unos ojos, Cleve miró hacia la ventana. No había nadie. En otro instante le pareció oír abrirse la puerta del piso. Todo era producto de su cerebro.

Ordinariamente, el joven era un hombre frío, indiferente al peligro; más la siniestra atmósfera del Barrio Chino le había convertido en un ser suspicaz.

Se dijo que aquel trabajo era el menos peligroso de todos los que había realizado desde su llegada a San Francisco. Allí, por lo menos, estaba a salvo de las amenazas que se cernían sobre él en el Barrio Chino.

Había llegado ya al último papel del cajón. Lo desdobló, expectante. Tal vez fuera el que buscaba. Estaba escrito; pero... Cleve lo extendió, perplejo.

Era, sin duda, el documento mencionado por Ling Su. Pero no contenía ni una sola palabra en inglés.

¡Estaba cubierto por una larga serie de caracteres chinos!

¿Qué podía significar aquel mensaje?

Cleve estaba seguro de que Darley no conocía bien el chino. Por lo tanto, la única solución era que el jefe del Wu Fan hubiese entregado al jefe del Comité Civil ciertos informes, incluyendo entre ellos, como prueba, aquel documento. Mas para el agente del Gobierno aquel papel no tenia el menor significado.

Branch vaciló, preguntándose qué debía hacer. Podía llevarse el documento; pero se exponía a cometer un error. El único hombre en quien podía confiar para que le tradujese el escrito era Moy Chen.

Lo cual significaba un viaje al Barrio Chino; tiempo perdido allí; y otro viaje de regreso para colocar de nuevo el papel en el cajón de la mesa de Darley. Entretanto éste podía regresar.

Si era posible, Cleve deseaba que Darley no echase de menos el documento.

Esto pudiera acarrear dificultades y complicaciones. Más seguro sería copiar los caracteres chinos en otro papel.

Pero eran numerosos y complicados.

Branch no ignoraba que el más leve error alteraría todo el significado del mensaje.

Mientras buscaba una solución a este problema, el joven seguía mirando el papel, olvidando cuanto le rodeaba. De pronto sus reflexiones se vieron interrumpidas. A Cleve Branch le pareció oír unas pisadas y se volvió velozmente. Supuso que se trataba de Joseph Darley y que se imponía una explicación.

En aquel instante un hombre saltó sobre él. Branch no vió el rostro de su atacante; ni éste podía haber visto el suyo. EL agente cayó de espaldas.

Sus manos se agitaron en el aire tratando de contener el cuchillo que brillaba sobre su cabeza y empezaba a descender.

Medio atontado por un golpe recibido en la mesa al caer, Cleve lo veía y oía todo de una manera confusa. Vagamente reconoció el odioso rostro de Foy, el servidor de Ling Su. El cuchillo que éste empuñaba descendía con la velocidad de una flecha, dirigido al corazón del joven. En aquel momento sonó, viniendo de la ventana, una seca detonación. Foy se dobló como un muñeco, cayendo al suelo con el puñal en la mano derecha.

La lámpara se apagó. Tumbado en la oscuridad, sin darse apenas cuenta de nada. Cleve preguntóse qué iba a ocurrir. Siguió un silencio. Luego brilló el haz luminoso de una pequeña linterna eléctrica.

Recorrió el cuarto, mientras Cleve, tendido en el suelo, se sentía incapaz de hacer el menor movimiento. La luz brilló contra su rostro, haciéndole cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos vió el documento chino suspendido en el aire por una mano invisible.

¡Unos ojos, en la oscuridad, leían aquel mensaje! ¡Eran los ojos de La Sombra!

La linterna fue dirigida al cajón. El escrito pareció volver por si mismo al sitio de donde Cleve lo sacara. Los otros papeles le siguieron. La luz se alejó, apagándose enseguida.

El agente iba recobrando el sentido, aunque continuó inmóvil. Sabia que La Sombra estaba trabajando. Una vez más el hombre de las tinieblas le había salvado la vida. Lo mejor era aguardar hasta poder adivinar sus propósitos.

Todo estaba en silencio y Cleve se preguntó qué estaría ocurriendo. Los sucesos que acababan de suceder empezaban a parecerle un sueño.

Agarrándose a una de las patas de la mesa, consiguió ponerse en pie.

Durante unos segundos permaneció vacilante en la oscuridad. Sus oídos no captaron el menor ruido. AL fin dirigióse hacia la lámpara y, al encontrarla, la encendió.

¡Con profundo asombro vióse solo en el cuarto¡

El cajón de la mesa, con los papeles dentro, estaba cerrado. No se veía a La Sombra por ningún lado. ¡Pero lo más desconcertante era que Foy también había desaparecido!

Cleve se rascó la cabeza. ¡Aquello era increíble!

Foy había intentado matarle. La Sombra disparó sobre Foy. Debían de ser enemigos. Y, no obstante, ambos habían desaparecido. Era posible que el uno hubiese ayudado a huir al otro, pero Cleve se preguntaba por qué no oyó marchar a ninguno de los dos.

Tal vez sus aturdidos sentidos le traicionaron. Había perdido toda noción del tiempo. Aun en aquel instante apenas podía tenerse derecho.

Trató de unir todos los detalles. La Sombra había disparado sobre Foy desde la ventana. El herido criminal debió de irse por la puerta.

La Sombra, sin hacer ningún esfuerzo por seguirlo, permaneció unos instantes más en el salón y luego se fue por la ventana.

Cleve acercose a la ventana y la halló entornada. La abrió, aspirando el aire fresco de la noche. Después dirigióse a la puerta del pisito. Estaba cerrada.

¿Qué debía hacer ahora?

¡El documento! Debía buscarlo de nuevo y, si era preciso, llevárselo.

De pronto Branch oyó ruido en la escalera. Corrió a esconderse. Oyó meter una llave en la cerradura y, en el mismo instante en que la puerta se abría, llegó a la cocina.

Desde las sombras, vió entrar a Joseph Darley, que se dirigió presuroso hacia el salón, atraído sin duda por la luz que el joven había dejado encendida.

Aprovechando que Darley se había apartado de la puerta del piso, Cleve se deslizó hacia ella, saliendo al corredor. Dos minutos más tarde llegaba a la calle sin ser descubierto. Una vez a salvo, volvió a hacerse nuevas preguntas.

¿Por qué había dejado escapar La Sombra a Foy?

Este no era más que uno de los problemas. Mucho más importante era el hecho de que Cleve tuviera que dejar abandonado el papel que había ido a buscar.

¿Cuál era el significado de aquel mensaje chino?

El recuerdo de aquel documento iluminado por la luz de una linterna eléctrica le hizo comprender que alguien, además de él, lo había visto.

¡El mensaje era un misterio para Cleve; Pero tal vez La Sombra estuviera enterada de su significado!

CAPÍTULO XIII
OJOS VERDES HABLA

Una vez más las dos luces verdes brillaron encima del anuncio luminoso del Teatro Mukden. Pero aquella noche nadie las observaba desde el piso décimo segundo del hotel Thomas. Henry Arnaud se había despedido el día anterior.

Ling Su pudo ver las dos luces desde el otro lado de la calle. En aquel momento estaba sentado en su trono, en la amplia sala sin ventanas donde recibía a sus servidores. Su plácido rostro era más inexpresivo que nunca.

Ling Su dio unas palmadas. Foy penetró en el salón. El jefe del Wu Fan habló en chino a su criado. Foy replicó en el mismo idioma.

EL jefe levantóse de su trono y atravesó la estancia seguido de Foy.

Apretando un botón en la pared, Ling Su hizo girar una parte del muro. El criado entró primero, y detrás de él siguió su señor. La puerta secreta cerróse detrás de ambos.

Amo y criado descendieron por una escalera de caracol. Parecían estar acostumbrados a ella, pues bajaban con gran rapidez y seguridad.

Cuando llegaron al final de la escalera encontráronse ante otro muro, en el cual también se abrió una puerta al pulsar Ling Su un oculto resorte.

Apareció el principio de un corredor tenuemente alumbrado. Ling Su, seguido de su fiel sirviente, penetró en él. Torcieron por un recodo y entraron en otro pasadizo.

Los dos chinos atravesaron un túnel abierto bajo la calle. Por fin llegaron a la barrera final. Esta se deslizó dentro del muro y los dos hombres pasaron a una pequeña habitación.

Ling Su golpeó con los nudillos sobre una puerta. Al cabo de unos segundos volvió a llamar. Otra puerta se deslizó hacia arriba. El jefe del Wu Fan la cruzó, seguido de su criado.

Un pequeño grupo de hombres estaba sentado dentro de una estancia algo más amplia. Apenas se les veía, pues la iluminación del aposento era muy débil.

Aquellos hombres esperaban la llegada de otros. Ling Su y Foy se unieron al grupo.

Allí Ling Su no era jefe. Era uno de los pocos elegidos. Nada más. Oyóse un golpe en la puerta; después otro. Un nuevo concurrente fue admitido. El círculo estaba completo.

Una luz se encendió en el techo de la estancia, alumbrando a los reunidos.

Todos vestían trajes semejantes al de Ling Su. Pero aquella luz no revelaba nada más, mas los rostros quedaban extrañamente sumidos en sombras.

Uno de los miembros del grupo dijo una sola palabra en chino. Todos se volvieron a mirarle. A primera vista no se diferenciaba de los otros. Mas de regento, ocurrió un hecho asombroso. Los ojos del hombre brillaron con un potente resplandor verde.

Había misterio en aquellas pupilas. Despedían resplandores verdes al ser heridas por la luz. Un extraño e inexplicable misterio. Parecía surgir de ellas una vivida llama, que a ratos desaparecía, para reaparecer luego.

¡Ojos Verdes!

Era el más asombroso de los miembros de aquella reunión. No era superior a los demás, pues todos eran iguales, y sin embargo parecía dominarles debido a su extraña peculiaridad. Nadie podía enfrentarse con la mirada de aquellos ojos sin percibir la impresión de su fuerza.

El silencio que siguió fue roto por la voz de Ling Su. El jefe del Wu Fan hablaba en inglés. La mayoría de los allí reunidos, eran chinos cultos, que dominaban el inglés. Unos pocos eran norteamericanos y desconocían el idioma del Celeste Imperio. En cambio el inglés era entendido por todos.

-Nuestros planes están ya ultimados-declaró Ling Su-. Estábamos dispuestos ayer noche. Ahora hemos descubierto peligro.

Hizo una pausa para que sus palabras produjeran el efecto deseado.

-Hemos discutido acerca del hombre que ha alterado nuestros proyectos-prosiguió Ling Su-. Le dejamos ingresar en el Wu Fan para despistarle. Voluntariamente dejé que me oyera hablar del Sun Kew. Fue allí; pero escapó con vida. ¿Cómo? No lo sabemos. Pero en modo alguno sospechó que yo había planeado su muerte.

"Todo esto lo expliqué hace dos noches. Ayer creí que estábamos seguros. Pero el hombre del Gobierno ha reaparecido. Trata de descubrirnos.

Un leve murmullo de contenida rabia brotó de los labios de todos. Ling Su impuso silencio levantando una mano.

-Envié a Foy, el verdugo- declaró-. Ayer noche, Foy no ejecutó al hombre condenado a muerte. Foy no ha hablado. No tiene necesidad de hacerlo. El hombre se ha salvado. Eso es todo. ¡No debe escapar de nuevo!

Otro miembro tornó la palabra. Su voz, aunque firme, no lo era tanto como la de Ling Su. Por su acento se adivinaba que era norteamericano.

-Un agente del Gobierno-dijo-, es peligroso aunque sepa muy poco. Fue cuerdo dejarle seguir su camino. Pero ahora se ha convertido en un peligro. Si sabe...

-No sabe nada-intervino Ling Su-. Pero puede saber. Si se enterase de algo, el peligro sería grande...

-¿Qué propone usted?-preguntó alguien.

-Le he engañado una vez-replicó con gran lentitud Ling Su-. Se le admitió como miembro del Wu Fan. Espera saber algo más de la asociación. Puedo engañarle de nuevo.

Un aprobador susurro acogió el proyecto. En seguida, Ling Su dijo sin apresurarse:

-Dejemos que vea a Ojos Verdes.

-¡Que vea a Ojos Verdes!

Todos los reunidos habían repetido al unísono las palabras de Ling Su.

-El momento se acerca-dijo una voz solemne. Era la de Ojos Verdes-. Hasta ahora era cuerdo esperar. Pero no podemos realizar nuestros planes teniendo esa amenaza encima. Confiemos en Ling Su. Que traiga a nuestro enemigo. Aquí hallará la muerte.

-Ojos Verdes ha hablado-declaró Ling Su, inclinando la cabeza.

-Ojos Verdes ha hablado-repitieron todos.

Todo el mundo parecía satisfecho con el veredicto. El grupo de conspiradores guardó silencio. El asunto más importante quedaba solucionado.

Sin embargo, todos aguardaban. Ling Su tomó la palabra, dirigiéndose a Ojos Verdes.

-¿Debe ser su muerte la del tormento? –preguntó-. ¿O debe morir por la mano de Foy?

-El tormento no es preciso-replicó Ojos Verdes-. Y la mano de Foy ha fallado varias veces.

-No fallará cuando el hombre sea nuestro prisionero.

-Tiene razón-declaró Ojos Verdes-. A Foy se le ofrecerá esa oportunidad de rectificar su error. Nuestro enemigo morirá en manos de Foy.

-Ojos Verdes ha hablado-declaró Ling Su.

-¿Quién será el testigo?-preguntó una voz.

-Que lo sea nuestro hermano de China -contestó Ojos Verdes-. Él vigilará la mano de Foy, el verdugo.

-Ojos Verdes ha hablado.

-Aguardamos la acción de Ling Su-prosiguió el hombre conocido por Ojos Verdes-. Cuando todo esté dispuesto, me lo comunicará. Mi llamada querrá decir que ha llegado el momento. Será la última. Después de ella nuestro trabajo debe ser realizado.

-Ojos Verdes ha hablado-dijeron todos.

Uno a uno, los miembros del circulo fueron retirándose. Los que quedaban conversaban entre sí en voz baja.

Ling Su, teniendo a su lado a Foy, hablaba en chino con un hombre.

Formaban un extraño trío.

Ling Su escuchaba atentamente al otro, inclinándose de vez en cuando. El hombre era Fu Chou, el actor chino que aparecía todas las noches en el teatro Mukden.

-Nuestro hermano de China verá.-Esto era lo que decía en aquel momento Ling Su-. Verá obrar la mano de Foy. Cuando esa mano descarga el golpe lo hace con rapidez y seguridad. Si Foy ha fallado, como le habéis oído decir a Ojos Verdes, ha sido porque no ha encontrado la oportunidad que necesitaba.

-¿Es Foy el verdugo de los traidores?

-Sí-declaró Ling Su-. Uno murió no hace mucho. Pero no cayó bajo el puñal de Foy. Fue el mismo Ojos Verdes quien descargó el golpe de muerte. Ojos Verdes se encarga muy pocas veces de herir a los traidores. Su mano es firme, pero no tan segura como la de Foy. Porque Foy es el "Verdugo".

EL orgullo que vibraba en la voz de Ling Su indicaba que Foy era su protegido. Fu Chou asintió solemnemente.

-Todos tenemos trabajo-continuó el jefe del Wu Fan-. Ojos Verdes ha hablado. Mi deber es disponerlo todo para que Foy pueda descargar su golpe de muerte. Tú, nuestro hermano de China, tienes también trabajo aquí.

Fu Chou asintió con la cabeza.

La habitación estaba casi desierta.

Fu Chou hizo notar este detalle e hizo una reverencia a Ling Su. Luego el actor salió por la puerta.

Cuando se fue, Ling Su habló a Foy. Seguido de su silencioso servidor el jefe del Wu Fan salió de la estancia.

Sólo quedó un hombre. Estaba sentado en su silla, silencioso e inmóvil.

Resultaba una figura siniestra. Miraba fijamente ante él. Y, mientras miraba, sus ojos brillaban con resplandores verdes. Eran ojos dominadores.

Se apagó la luz. Pero en las tinieblas continuaron brillando los dos puntos verdes. Las dos llamitas se levantaron, cruzando la estancia. Señalaban el progreso de Ojos verdes, que también abandonaba el lugar de reunión.

Los miembros del santuario secreto habían formado sus planes. Los altos jefes que controlaban el Wu Fan habían decidido la muerte de un hombre.

¡Ojos Verdes había hablado!

El silencioso cuarto secreto estaba vacío de ocupantes. Allá arriba, en el tejado del Teatro Mukden, brillaba un anuncio luminoso. Los dos círculos verdes habíanse apagado. La llamada de Ojos Verdes no avisaba ya a nadie.

Cuando de nuevo volviera a llamar en la noche, su aviso seria de muerte.

¡Muerte a manos de Foy, el verdugo!

¡Era lo que Ojos Verdes había decidido!

CAPÍTULO XIV
LA SUTILEZA DE LING SU

Cuando Ling Su planeaba algo, lo hacia empleando una astucia que revelaba una mezcla de sutileza oriental y eficiencia occidental. Detrás de aquellos ojos que requerían la fuerza de unos cristales graduados, había un cerebro que preparaba proyectos mucho más prácticos que la fantástica visión de un futuro Imperio Chino.

Ling Su revelaba muy pocas veces la labor de su cerebro. Cuando lo hacía empleaba el idioma chino y dirigiase a Foy, el siniestro servidor a quien su amo llamaba a veces "el verdugo".

El jefe del Wu Fan podía mostrarse inflexible con Foy. Le dominaba y estaba seguro de su lealtad. Cuando Foy incurría en el desagrado de su jefe, éste le hablaba con aspereza pero, aparte de esos raros momentos, le trataba como un confidente; aunque siempre procuraba no decir demasiado.

Ya en su morada, Ling Su fue a sentarse en su trono. Era su postura favorita.

Foy, acurrucado junto a él, esperaba oír la voz de su jefe. Este no le dio ninguna orden. En vez de ella, expresó sus íntimos pensamientos.

-Ayer, Foy-dijo en su idioma nativo-, fracasaste. Esta noche comprobarás que Ling Su nunca falla. Esta noche aprenderás mucho, Foy.

El servidor inclinóse más junto a su dueño. Su diabólico semblante parecía expresar el interés que sentía por las palabras de Ling Su, que prosiguió:

-Ha llegado el momento de que demuestres de nueva tu fuerza. Estás perdiendo facultades. Últimamente no has sido digno del nombre que te he dado, el nombre de "verdugo". Siento una gran decepción Foy.

"Tenía señalado para tu cuchillo al traidor llamado Laird. Pero Ojos Verdes habló y dijo que él se encargaría de llevar a cabo la muerte. Ojos Verdes puede descargar el golpe, Foy; mas no puede hacerlo con tu destreza. Cuando Ojos Verdes mata, la muerte llega despacio. Cuando tú lo haces, llega rápida.

Aunque sin pronunciar ni una palabra, Foy parecía asentir a lo que decía Ling Su. La voz de éste se hizo más dura, cuando prosiguió:

-Te envié a la habitación del hotel. A la habitación donde había vivido el traidor Laird. Un hombre nuevo había llegado a ella. Sus movimientos demostraban que era un enemigo. Te ordené que hirieses. No lo hiciste.

-El hombre no estaba-replicó Foy con voz ronca.

-Dijiste que había entrado-prosiguió Ling Su-. No le viste salir.

-Pero no estaba allí-repitió Foy.

-Podemos olvidar a aquel hombre-prosiguió el jefe del Wu Fan, sin hacer caso de la protesta de su criado-. Desde entonces no ha vuelto a aparecer. Quizá fue un bien que tu cuchillo no se hundiese en su corazón. Pero ayer volviste a fallar.

"Te dije que vigilases la casa de Darley mientras él no estaba allí. Tenias que venir a avisarme su vuelta. Me has dicho que entraste en el piso y que tus ojos vieron al hombre que llamamos Barnes. Sin embargo fallaste el golpe dirigido a él.

-Escapó-gruñó Foy-. No fui bastante rápido en herir.

-Eso no es ninguna excusa-Ling Su miró fríamente a su servidor-. No es propio de Foy decir que un hombre ha sido más rápido en huir que él en descargar el golpe. Eso ha ocurrido dos veces y, no debe volver a suceder.

Ling Su hizo una pausa tras la cual cambió el sujeto de la conversación.

-El personaje a quien llamamos Barnes tiene otro nombre-dijo-. Es el hombre que vino antes aquí con Darley. El se cree muy listo; pero no es tanto como Ling Su.

"Se me ha comunicado que esta noche está en las calles de este distrito. Por ello he enviado a dos miembros del Wu Fan a quienes él conoce para que le hagan venir aquí.

"Quiero hablar con él, Foy. Pero debemos recordar que tú intentaste matarle ayer noche. Quizá se dio cuenta de tus deseos. Quizá sienta sospechas.

“No hagas nada, Foy, que le obligue a mirarte como a un enemigo.

Apenas Ling Su había acabado de hablar cuando sonó un timbre muy cerca.

El jefe del Wu Fan hizo con la cabeza una señal a Foy. El servidor dirigióse hacia el vestíbulo.

Ling Su arrellanose en su trono.

Parpadeaba levemente cuando la puerta se abrió para dar paso a Foy seguido de Hugo Barnes. Para éste aquella entrevista era muy importante.

Desde lo ocurrido la noche antes en casa de Darley habíase estado preguntando si era prudente o no visitar de nuevo a Ling Su, puesto que allí encontraría a Foy, el sinuoso asesino tan misteriosamente desaparecido después que La Sombra le hubo herido.

Vagando por el Barrio Chino, preocupado con esta importante cuestión, Cleve encontró a uno de los chinos que arreglaron su ingreso en el Wu Fan.

El hombre se alegró mucho de verle. En voz baja le dijo que Ling Su deseaba hablarle cuanto antes.

Por eso estaba Cleve allí; y la primera, persona a quien había visto era Foy.

El rostro del servidor era tan horrible como siempre; pero no revelaba ningún nuevo sentimiento de enemistad. Era evidente que Foy no debió de reconocer al hombre sobre el cual levantó su puñal en casa de Darley.

Sin embargo, Cleve, mientras seguía al criado chino hacia el santuario de Ling Su, apretaba con fuerza la culata de su revólver de corto cañón.

El jefe del Wu Fan sonrió plácidamente mientras Cleve, con visible torpeza, hacia el saludo de la asociación llevándose el índice a la frente. Ling Su devolvió el saludo.

El joven sentóse en la silla que le indicaba el jefe del Wu Fan. Sintió un profundo alivio al notar que Foy se retiraba a un rincón de la sala. El agente del Gobierno ibase sintiendo más aliviado a medida que reflexionaba acerca de las circunstancias de aquella visita.

Ling Su nada sabía del espionaje que él llevara a cabo. De lo más que podía estar enterado era de que Cleve había entrado en la habitación de Joseph Darley en busca del papel que él entregara al jefe del Comité civil.

Foy había ido a casa de Darley para evitar la entrada de ningún intruso.

Acaso no le reconoció. De ser así la posición del agente era tan fuerte como antes.

Cleve Branch observó al jefe del Wu Fan cuando éste empezó a hablar.

Nada en el chino revelaba amenaza. Por el contrario, Ling Su demostrábase amistoso. Y esto era la que engañaba al joven, haciéndole creer en la buena fe de Ling Su.

-Usted ha estado ya aquí una vez-decía el oriental-. Una vez no es mucho.

Por ello quería verle esta noche. Es una suerte que seamos amigos. Sería mejor que nuestra amistad aumentara.

Cleve mostróse de acuerdo con su interlocutor.

-Hay una razón-declaró Ling Su-, para que yo desee que mis amigos americanos que han visto la luz del Wu Fan, intimen conmigo. Nuestra orden necesita su consejo. Pues aunque el Wu Fan pertenece a China, sus miras están puestas en América. Un gran poder tendrán como premio aquellos que crean en el Wu Fan. ¿Le gustaría compartir ese poder?

La proposición fue hecha en un tono amable y amistoso. Cleve, reflexionando, creyó comprender las intenciones de Ling Su.

Era indudable que Stephen Laird había sido un agente del Wu Fan. Laird había sido asesinado y, Cleve suponía que el culpable de dicha muerte era el Tiger Tong.

A pesar de que el siniestro Foy había intentado arrebatarle la vida, el agente del Gobierno no sospechó nada malo por parte del Wu Fan.

Era lógico suponer que Ling Su necesitaba que alguien ocupase él puesto que Stephen Laird había dejado al morir. De ser así, resultaría una gran ventaja para Cleve aprovechar dicha oportunidad. Hizo una pregunta que, de ser contestada, le daría la clave de las intenciones de Ling Su.

-¿Acompaña el peligro a ese poder?-preguntó Cleve. .

-Sí-contestó Ling Su-. El peligro amenaza a todo aquel que se entera de los secretos íntimos del Wu Fan. Nadie puede esperar el poder sin el riesgo.

"Nosotros, los del Wu Fan, tenemos enemigos. Debemos guardarnos de ellos. Entre los adictos al Wu Fan pocos son los que conocen los más preciados secretos.

En las palabras de Ling Su había una sutileza que Cleve Branch no captó. A pesar de su agudeza natural, el agente deseaba tanto enterarse de todo lo referente a la asociación, que su ansiedad le hizo distraerse.

En aquélla, vió la oportunidad tanto tiempo deseada. Una vez ingresado como miembro intimo de la orden secreta podría enterarse pronto de la verdad referente al asesinato de Stephen Laird. Y no sólo esto, sino que además podría enterarse de todos las otros secretos.

-Mis amigos americanos son muy pocos-comentó tristemente Ling Su-. Necesito más. Tenemos ante nosotros un gran trabajo... un gran trabajo.

"Reflexione bien antes de aceptar mi oferta, amigo Barnes, pues le advierto que muchos deberes pesarán sobre usted. Pero si acepta, puedo asegurarle que su poder será enorme.

El cambio de táctica de Ling Su, su deseo de no forzar al joven a ingresar en el círculo íntimo del Wu Fan, fue la sutil nota que decidió a Cleve.

-Acepto-dijo firmemente-, ¿qué quiere que haga?

-Ante todo debe prometer que guardará secreto todo aquello de que se entere.

-Lo prometo.

Y al decir esto hizo la señal del Wu Fan. A la cual contestó solemnemente Ling Su.

-Ha prometido-dijo Ling Su, con cierta firmeza en la voz-. Mañana por la noche verá, por primera vez, a los miembros del circulo íntimo.

"Hasta entonces sea cauto en sus acciones. Aguarde la hora décima. Diríjase entonces al Teatro Mukden, que se halla en la otra acera de esta calle, frente a la puerta de esta casa. Allí verá un hombre con los brazos cruzadas. En uno de los dedos llevará un anillo como éste.

Ling Su tendió la mano izquierda adornada con un anillo con la cabeza del dragón. Aquello le recordó algo.

¡Ojos Verdes!

¿Sería aquél el secreto intimo del Wu Fan? Aquéllas eran las palabras que Laird había pronunciado antes de morir. ¡Ojos Verdes!

-Acérquese a ese hombre-prosiguió Ling Su, olvidando, al parecer, que su visitante tenía la mirada fija en el anillo-. Cuando esté ante él haga el signo del Wu Fan.

Y el chino lIevóse solemnemente el índice de la mano derecha a la frente.

Cleve imitó la acción.

-El hombre le guiará al sitio de reunión.

-Allí se enterará usted de los principales secretos del Wu Fan.

"Recuerde-la voz se iba haciendo más firme-, que hasta entonces no debe hablar a nadie de sus propósitos. Su promesa ha sido hecha. El secreto empieza ahora.

-Comprendo-asintió Cleve.

Ling Su dio unas palmadas. Foy se acercó con la imagen, en bronce, del dragón, y la colocó entre los dos hombres.

Ling Su colocó el índice sobre la cabeza del dragón; después se lo llevó a la frente y lo mantuvo allí un momento. Cleve apretó, a su vez, el dedo contra el metal y lo colocó también contra su frente. Mantuvo esa posición hasta que Ling Su bajó la mano.

La ceremonia había terminado.

El jefe del Wu Fan descendió de su trono. Su mayor acto de cortesía era acompañar a un huésped hasta la puerta.

Foy iba, delante, abriendo las puertas Cleve y Ling Su llegaron a la antesala.

Con Foy formaron un pequeño grupo junto al ascensor. EL agente, repitiendo en voz baja las instrucciones recibidas, penetró en él.

En aquel momento vió algo que le sobresaltó. Una sombra en el suelo, junto a los dos chinos. Una sombra larga y misteriosa.

¡La Sombra!

¿Podía estar allí? Cleve levantó rápido la cabeza. A excepción de Ling Su y Foy, no había nadie más en la antesala.

Cleve cerró la puerta del ascensor, que empezó a descender. Pero, mientras bajaba hacia la calle, iba pensando en la presencia de aquella sombra.

Arriba, Ling Su regresaba hacia el salón del trono. Tras él arrastrábase Foy.

Las manos del criado estaban dobladas hacia su cuerpo. Ling Su lo notó al entrar en la estancia. El jefe del Wu Fan sonrió.

-Foy-dijo en chino-. Tu mano está dispuesta a descargar mañana el golpe de muerte. ¡Foy, el Verdugo, está preparado!

Una sonrisa asesina brilló en las facciones de Foy. A aquella tenue luz la amarillenta piel del hombre aparecía lívida. La imagen del dragón reposaba sobre un taburete. Ling Su sacó un pañuelo de seda de un bolsillo interior de su traje, y con él se limpió las manos y luego la frente y la cabeza de la imagen de bronce.

-Ling Su ha planeado-dijo en chino-. Foy deberá ejecutar. ¡Su víctima será, el hombre que lleve la marca de la muerte! ¡Ojos Verdes ha hablado!

Sonriendo, Foy miró a su jefe. Este rió agriamente, mientras se daba unos significativos golpecitos en la frente.

Tendiendo la imagen del dragón a Foy, el jefe del Wu Fan regresó a su trono.

Ambos hombres formaban un siniestro conjunto. Sin embargo, más siniestra que aquellos dos seres vivos era la larga sombra que aparecía en el suelo, frente al trono de Ling Su.

Era una sombra viviente. Un fantasma amenazador.

Foy retiróse al otro cuarto. Ling Su continuó en el trono, con la mirada fija en el suelo. Pero la siniestra mancha, no estaba ya allí.

¡A pesar de su agudeza, Ling Su no había notado la presencia de La Sombra!

CAPÍTULO XV
LUCES VERDES

A última hora da la tarde siguiente, Cleve hallábase sentado en la habitación de un hotel. Volvía a ser él; pero aquella noche, quizás por última vez, asumiría la personalidad de Hugo Barnes.

El agente tenía la seguridad de que se acercaba el fin de su trabajo en San Francisco.

Ling Su advirtió a Hugo Barnes que fuera cauto hasta el momento de la reunión. Cleve había seguido al pie de la letra dichas instrucciones.

El también estaba convencido de que cuanto menos se le viera, mejor. Por ello en cuanto salió de casa de Ling Su, dirigióse a la tienda de Moy Chen.

Una vez allí despojóse del disfraz de Hugo Barnes, quitándose luego el maquillaje. En seguida abandonó el café Hoang-Ho.

Mientras se dirigía a su alojamiento. Cleve caminaba indiferentemente.

Nadie reconocería en él a Hugo Barnes, miembro del Wu Fan. El joven había decidido descansar. Durmió hasta tarde, durante la mañana y comió en su cuarto. En aquel momento, próxima ya la hora de la cena, disponiase a salir.

Se miró al espejo. Debido a la penumbra reinante sólo pudo ver su silueta, sin ningún detalle. Sonrió. Con aquel juego en que tan pronto era Branch como Barnes, a veces le resultaba difícil recordar quién era en realidad.

De haber estado encendidas las luces del cuarto, Cleve hubiera notado algo raro en su frente. Pero casualmente el joven no se había mirado al espejo después de haber salido de casa de Ling Su.

Una puerta estaba entreabierta al otro lado del corredor. Al abandonar su aposento Cleve no lo notó. Cuando llegó al vestíbulo dejó la llave de su habitación en manos del encargado y penetró en la barbería.

Tampoco se fijó en el hombre que le observaba por encima, de un periódico abierto. Era un individuo vestido a la americana; mas su rostro tenía un tinte amarillento.

En la barbería, el agente ordenó que le afeitasen. Al observar su rostro, el peluquero se sobresaltó ligeramente y se inclinó más, como intrigado por algo que veía.

Pero el hombre no hizo ningún comentario; y Cleve no le animó a entablar conversación, estaba haciendo sus planes para la noche.

Siempre meditabundo, salió de la peluquería y se fue a cenar a un restaurante que estaba cerca del hotel.

Como antes, el joven no prestó allí atención alguna a las personas que le rodeaban, ni notó las miradas que le dirigía un hombre sentado a una mesa colocada en un rincón. Mientras duró la cena el agente pensaba en hacer una importante visita antes de ir a cambiar su personalidad en casa de Moy Chen.

Recordó a Joseph Darley. Que él supiera, el jefe del Comité Civil seguía conservando el mensaje escrito en chino que recibiera de manos de Ling Su.

Durante su conversación, tanto Ling Su como Darley habíanse referido al papel como a un documento de importancia.

Cleve decíase que había cometido un error al penetrar en casa de Darley como un ladrón. La culpa hubiera sido suya si el puñal de Foy hubiese acabado con su vida.

Estaba seguro de que el asesino oriental no le había reconocido como Hugo Barnes. La lucha fue demasiado rápida, y entre los ojos de Foy y el rostro de Cleve estuvieron siempre las manos de éste.

Ling Su pareció decir la verdad al hablar con él la noche anterior. Por lo que se refería al Wu Fan. Cleve se sentía seguro. Y sonrió al pensar en una nueva precaución que le haría estar aún más seguro.

Pero ¿por qué había ido Foy a casa de Joseph Darley?

Existían dos respuestas a esa pregunta.

Primera: Ling Su pudo temer que el papel fuera robado y envió a Foy para que vigilase el piso. El chino debía escuchar desde fuera, mientras Cleve estaba dentro.

Segundo: Ling Su podía haber deseado recuperar el documento que entregara a Darley.

Quizá hubiera varias razones para esto. Tal vez Ling Su creyó haber cometido un error al entregar el papel a Darley. La sugerencia hecha por el chino de que el documento podía ser robado tenía todas las características de una sutil coartada.

Todas estas perplejidades estuvieron preocupando a Cleve durante aquel día: y por ello decidió seguir el camino que debió haber adoptado desde el primer momento.

Lo mejor, para enterarse de la importancia del documento, era visitar a Darley y ver si el hombre lo mencionaba. Esto era lo que Cleve pensaba hacer aquella noche.

Eran más de las siete cuando abandonó el restaurante para dirigirse en un taxi a casa de Darley. El portero estaba presente cuando entró Cleve.

Telefoneó a Darley y anunció al visitante. Cleve fue conducido al tercer piso. Encontró a Darley en el saloncito. El hombre pareció agradablemente sorprendido al verle. Mientras se estrechaban la mano, el joven meditaba una vez más lo que debía decir.

-¡Ya estoy de vuelta! –sonrió-. Esta vez, me complace decirlo, no es para nada referente al Wu Fan.

-¡Ah!-replicó Darley-. ¿Completó usted ya su informe a ese respecto?

-Sí; y ahora tengo unos días de descanso antes de realizar otra misión en San Diego. Por ello recordé su invitación respecto al viaje en yate a Los Ángeles.

-¡Magnífico!-exclamó Darley, con evidente entusiasmo-. Leo Frame llegará a fin de semana. Manténgase en contacto conmigo. A los dos nos gustará que nos acompañe.

-Bien. He venido sólo a saludarle, pues esta noche marcho a Susalito en el trasbordador. Tengo que irme pronto, no podré entretenerme mucho tiempo aquí.

-A propósito.-El rostro de Darley se ensombreció-. Si no ha cerrado del todo el caso del Wu Fan le aconsejo que aguarde un poco. Han ocurrido ciertos sucesos que tal vez afecten a la asociación.

-¿Ha descubierto algo?-inquirió interesado, Cleve.

-He recibido ciertos informes de Ling Su. Se refieren a las actividades del Tiger Tong. Prueban, sin la menor duda, que es el Tiger Tong, y no el Wu Fan, el responsable de lo que pueda ocurrir. Es más; los nuevos informes le exoneran por completo de todos los crímenes que tengan un origen chino.

-Qué clase de información es esas.

-La tengo aquí.

Darley dirigióse directamente al cajón que Cleve registrara dos noches antes y sacó el mismo documento que el agente viera. Lo desdobló y mostró los caracteres chinos.

-Esto--afirmó Darley-,se refiere a determinadas actividades a bordo del Pung Shoun, un junco chino que atravesó la Puerta de Oro hace unas días y que en estos momentos se halla anclado en la bahía de San Francisco.

"Este escrito, de acuerdo con la traducción que Ling Su me hizo, indica que ciertos miembros del Tiger Tong, actualmente perseguidos por la Policía, intentan embarcar mañana en el Pung Shoun. Regresan a China, según afirma Ling Su, para inducir a algunos de sus compatriotas, miembros del tong, a venir a San Francisco.

-¿Con qué propósito?

-Como nuevos reclutas para la campaña del Tiger Tong contra el Wu Fan. Por lo menos esa es la teoría de Ling Su.

-¿La ha investigado?

-La investigaré esta noche. En nombre del Comité Civil visitaré el junco y ordenaré un registro. Si veo algún rastro del Tiger Tong informaré a las autoridades. El Pung Shoun no recibirá premiso para zarpar hasta que yo dé mi aprobación.

-Es una buena idea.

-Me gustaría que me acompañase usted. No como agente del Gobierno; ya que este asunto interesa sólo al Comité Civil, sino como amigo.

-¿A qué hora piensa usted ir allí?

-Ahora tengo que ir a una cena a la que estoy invitado por unos amigos, y luego me reuniré con otros miembros del Comité. No estaremos dispuestos hasta las diez.

-Siento no poder acompañarle-replicó Cleve, viendo que la hora que Darley citaba era la misma de la reunión del Wu Fan-. Esta noche estoy ocupado. De todas maneras me gustaría hablar mañana con usted y enterarme del éxito de su empresa.

-Muy bien. Creo qué esta noche se reúne el Consejo Supremo del Wu Fan. Seguramente mañana Ling Su tendrá cosas importantes que comunicarnos. Vaya a mi despacho cerca del mediodía. ¿Le parece bien?

-Perfectamente.

La mención, hecha por Darley de la reunión del Wu Fan era muy interesante. Sin duda era la misma a la cual debía asistir Cleve.

Desde el momento en que Darley estaba enterado de que el Wu Fan iba a reunirse, no cabía duda de que todo marcharía bien; y de que no se trataba de ninguna trampa.

-Si va usted hacia la parte baja de la ciudad puedo acompañarle en mi auto-invitó Darley.

Cleve aceptó. Sentóse junto a la ventana y aguardó, mientras Darley se ponía el sombrero y el abrigo.

Aquella ventana, reflexionó Cleve, había jugado un importante papel en su vida. Fue desde allí desde donde La Sombra disparó sobre Foy.

Todos estos recuerdos eran muy vagos para el joven. Recordaba a Foy y al cuchillo que se dirigía a su pecho. Probablemente la bala sólo rozó al hombre. Esta era la única explicación lógica de la rápida huida del chino.

Cleve había visto a infinidad de hombres en similares circunstancias caer sin ninguna herida. En otras vió a heridos levantarse y echar a correr. Foy debió escapar casi sin daño, puesto que lo había visto en casa de Ling Su, tan bien como siempre.

La mirada de Cleve perdióse por encima de la ciudad. A lo lejos brillaba un anuncio luminoso. Era el del teatro Mukden. Allí, en el vestíbulo de aquel teatro, estaría él dentro de algunas horas.

Darley regresó al salón. También él dirigió una mirada a las luces del Barrio Chino.

-Son las ocho-dijo.

Dos lucecitas verdes aparecieron en el luminoso círculo, encima del anuncio del Teatro Mukden. Sólo Darley se fijó en ellas, pues en aquel momento Cleve habíase puesto en píe. Aquellas dos luces, dos brillantes glóbulos verdes, producían el efecto, en la distancia, de dos ojos de esmeralda.

-¿Vamos?-invitó Darley.

Los dos hombres charlaron animadamente mientras cruzaban las calles en el auto, Cleve descendió en una esquina, cerca de su hotel. Deteniéndose bajo un foco del alumbrado público, se despidió de Darley.

El rostro del agente quedó a plena luz. Todos sus rasgos eran visibles. Y en el centro de la frente de su amigo, Darley notó una pequeña mancha roja que brillaba como si fuese sangre fresca.

El auto se alejó. Cleve permaneció solo. Darley no había mencionado la marca descubierta; por ello el joven seguía sin saber que existiese.

Ignoraba que en su frente llevaba la misma marca que hicieran a Stephen Laird la noche en que le asesinaron.

¡Aquella marca era el signo de la muerte¡

CAPÍTULO XVI
EL FRACASO DE MOY CHEN

No obstante lo acostumbrado que Cleve estaba a la atmósfera del Barrio Chino, aquella noche no pudo dominar una extraña inquietud. Aquel distrito parecía más siniestro que nunca.

Tal vez la culpa era del frío vientecillo que soplaba desde la bahía. Aquel aire pronosticaba una niebla bastante espesa. Una vaga neblina empezaba ya a caer sobre el Barrio Chino.

Las calles por donde pasaba el joven eran sombrías, lugares apropiados para el espionaje. Los portales eran lugares siniestros.

AL pasar ante un chino que fumaba plácidamente a la puerta de su tienda, Cleve creyó notar que el hombre le miraba de una manera muy extraña.

¿Por qué aquella mirada? Si se vigilaba a Cleve Branch nada se conseguiría, pues dentro de unos momentos, Cleve Branch habría sido sustituido por Hugo Barnes. Sin embargo, era curioso que todo el Barrio Chino pareciera clavar los ojos en él.

El agente ignoraba que la explicación estaba en su frente. Allí, a la luz de cada foco, veíase brillar una mancha roja. Una mancha que hablaba con toda claridad.

Era un secreto del Wu Fan, conocido sólo por los miembros de confianza de la asociación. La marca de la muerte... ¡La marea que decía que el hombre que la llevase debía ser vigilado!

Cualquiera quo fuese el disfraz que adoptara el joven no podría evitar la observadora mirada de los almendrados ojos a menos que se cubriese el punto revelador.

Cleve Branch y Hugo Barnes serían considerados igual, a los dos se les vigilaría. Esta vigilancia empezó la noche antes cuando Cleve tocó la cabeza del dragón de bronce y apretó luego el índice contra su frente. Entonces quedó marcado.

Era el método de Ling Su, el astuto jefe del Wu Fan. Así señalaba a los hombres que debían morir.

Una pasta invisible, extendida sobre la cabeza del dragón, había sido trasladada, a la frente de Hugo Barnes. Al cabo de una hora de haber sido aplicada apareció la mancha de sangre. Y esa mancha estaba también en la frente de Cleve Branch, cuando éste se despojó de la personalidad de Hugo Barnes.

Desde entonces los miembros del Wu Fan le habían estado vigilando, sin perder ni uno solo de sus pasos.

La vista de aquella señal significaba que debía hacerse un informe detallado de todos los sitios que visitara el hombre condenado a muerte. Asimismo debía decirse el nombre de toda aquella persona con quien hablara.

Esos informes estaban llegando ya a las manos de Ling Su, que podría dar órdenes a sus agentes secretos. Los ojos de Ling Su llegaban a todas partes.

Era muy extraña aquella impresión de ser constantemente observado- pensaba, Cleve mientras avanzaba por el distrito oriental. Y más raro aún que, a pesar de la invisible presencia que notaba, no descubriese la menor huella do La Sombra.

La noche anterior le había parecido que el misterioso ser de las tinieblas se hallaba en la antesala de Ling Su. Pero fue un error. Sólo Ling Su y Foy estaban allí.

Cleve aproximábase al café Hoang-Ho. Llegó a la entrada y se detuvo. En seguida, a pesar de no haber podido librare de la impresión de ser observado, corrió escaleras arriba y no se detuvo hasta encontrarse junto a la puerta secreta del despacho de Moy Chen. Cleve conocía el secreto de dicha puerta.

Para que se abriese sólo era necesario llamar de una manera convenida.

Mientras esperaba a que le abrieran, el joven prestaba, oído atento a todos los ruidos. Le pareció que alguien sabia por donde él acababa de ascender.

Disponiase a volverse para mirar, cuando la puerta se abrió. Penetró en el corredor, y unos segundos después se hallaba en el seguro refugio de Moy Chen: la habitación sin ventanas.

Eran ya casi las nueve. Faltaba una hora para la reunión. Para Moy Chen, sentado a su mesa, la visita de Cleve Branch significaba que el agente del Gobierno deseaba adoptar su disfraz. Los dos hombres pasaron al otro cuarto.

Cuando Moy Chen aplicó los cosméticos al rostro de Cleve notó la mancha roja. En aquel instante, Branch también se fijó en ella.

-¿Dónde me habré manchado?-dijo-. Bórrela cuando me ponga las cejas postizas.

Pero, cosa curiosa, la señal no quiso desaparecer. Todos los esfuerzos para borrarla fallaron.

Con las pobladas cejas que aplicó encima de las del agente, Moy Chen sólo pudo reducir la mancha; pero no taparla.

Mirándose al espejo, Cleve se dijo que la caracterización era perfecta..

-Esta noche, Moy Chen, - di jo -, debo asistir a la reunión del Circulo Intimo del Wu Fan. Una especie de Consejo Supremo. Tal vez, aunque no lo creo, encuentre allí mucho peligro.

Moy Chen movió la cabeza.

-Seré guiado al sitio de reunión. No encontraré a mi guía hasta las diez. Usted ha dedicado un cuarto de hora a mi disfraz. Saldré de aquí a las nueve y media.

-Lo cual nos deja media hora-dijo solemnemente Moy Chen.

-Media hora para usted, Moy Chen-declaró Cleve-. Sé cuáles son sus atribuciones. Se me dijo que si necesitaba ayuda, usted podría hacer que me la prestasen.

-Puedo.

-Muy bien. Envíe dos hombres al Teatro Mukden antes de las diez. Dos hombres que puedan seguirme.

-Dispondré que así se haga.

-He estado trabajando solo. Ahora necesito ayuda. Unos hombres a quienes nadie asocie con Hugo Barnes, no despertarán sospechas y podrán vigilarme sin dificultad.

Cleve se puso el traje que vestía cuando tomaba la personalidad de Hugo Barnes. Cogió su revólver de corto cañón y examinó el cilindro. Estaba cargado.

-Si tengo que luchar lo haré con eficacia-dijo-. Les daré algo difícil de tragar. Para los hombres que me sigan un tiro será la señal. ¿Comprendido?

Hasta entonces Cleve había hablado naturalmente. A partir de aquel instante adoptó por completo la personalidad de Hugo Barnes.

Acompañado por Moy Chen dirigióse a la tienda. AL llegar a la puerta cambió unas palabras con el mercader. Luego siguió su camino, seguro de que, bajo su caracterización, nadie podría descubrirle.

Moy Chen le miró alejarse. A pesar de su agudeza, el chino no se fijó en la figura que seguía al agente del Gobierno. Pues la marca que antes estuviera en la frente de Cleve Branch aparecía en aquel momento sobre la de Hugo Barnes siempre que éste pasaba bajo algún farol del alumbrado público.

Moy Chen, recordó la última indicación del joven. Dentro de media hora Hugo Barnes estaría en el vestíbulo del Teatro Mukden. No debía encontrarse solo.

El chino ascendió hacia su despacho. Su pensamiento regresó a la mancha de la frente de Cleve. Cuanto más se acordaba de ella, más se convencía de quo presagiaba peligro, pues aunque siempre evitó mezclarse en los asuntos del Wu Fan, el astuto mercader no ignoraba

los siniestros sistemas del Barrio Chino. La gente no aparece allí adornada can manchas rojas a menos de que existiera un motivo. Esta fue la conclusión a que llegó Moy Chen.

AL entrar en su despacho dirigióse a su buró y abrió un departamento del que sacó un pequeño teléfono conectado con un hilo especial.

Por medio de aquel teléfono, Moy Chen se comunicaba con los agentes de la Oficina de Investigación. Siempre había alguno en determinado número de San Francisco.

Más de una vez, el chino había hecho surgir, al parecer de la nada, agentes del Gobierno que acudieron a echar por tierra los más madurados planes de los tongs chinos.

Por primera vez, Moy Chen utilizaba aquel arma informativa contra el Wu Fan. Los dirigentes de los tongs jamás descubrieron aquel secreto. Ling Su, a quien Moy Chen jamás había atacado, tampoco podía saberlo.

Esto pensaba Moy Chen. Pero Moy Chen ignoraba el significado de la marca de la frente de Cleve Branch.

Levantó el auricular e inclinóse sobre el micrófono para hablar cuando la telefonista contestara.

Aquel mensaje era importante. Los agentes, tendrían el tiempo justo para llegar al Teatro Mukden, pues la jefatura a donde llamaba Moy Chen encontrábase a menos de diez minutos del límite del Barrio Chino.

Oyóse la voz de la telefonista. Moy Chen se dispuso a hablar, pero el número no salió de sus labios.

Un hombre de rostro amarillo había saltado desde un rincón del despacho.

Sus manos se cerraron alrededor de la garganta de Moy Chen. Le acompañaba otro hombre que cogió el teléfono en el momento en que el comerciante lo dejaba caer.

Mientras uno de los asesinos estrangulaba al chino, el otro colgaba el receptor en la horquilla y ponía el teléfono en el cajón del buró.

Las manos que atenazaban el cuello de Moy Chen no tenían piedad. Eran manos que trabajaban para Ling Su.

Un rápido aviso enviado al jefe del Wu Fan le comunicó que Cleve Branch, el hombre marcado con el signo de la muerte había entrado por una puerta secreta en el café Hoang-Ho.

Los súbditos del Wu Fan eran todos asesinos... cuando las circunstancias lo exigían. Quienquiera que se hallara dentro del cuarto secreto debía ser vigilado. Estas fueron las órdenes de Ling Su.

Las manos que estrangulaban a Moy Chen, mantuvieron su irresistible presión.

El mercader luchó, pero en vano. De su garganta brotó un estertor. Sus ojos casi saltaban de las órbitas. Su vana resistencia se fue debilitando. Al fin su lucha cesó. Sólo entonces soltaron los dedos su presa.

Suaves pasos sonaron sobre el suelo cuando los dos asesinos abandonaron el despacho de Moy Chen, en el cual quedaba una figura inerte.

Cleve Branch, ignorándolo todo, marchaba hacia el lugar de la cita.

¡Ningún agente de policía asistiría al encuentro de Hugo Barnes con el enviado de Ling Su en el Teatro Mukden!

¡Ni una sala palabra llegaría a los oídos de los delegados de la Oficina de Investigación en San Francisco! El Gobierno ya no poseía un agente secreto en el Barrio Chino.

Porque la figura tendida en el suelo del despacho sin ventanas, jamás volvería a moverse.

¡Moy Chen estaba muerto!

CAPÍTULO XVII

EL CASTIGO DE UN TRAIDOR

Cleve Branch acercóse cautamente a la entrada del Teatro Mukden. Desde el otro lado de la calle dirigió una mirada a las carteleras; única cosa que divisaba. El vestíbulo aparecía desierto pues en aquellos momentos tenía lugar la representación.

El hecho de que nadie estuviera allí no era sorprendente, pues aun no eran las diez. Hasta esa hora Cleve no esperaba al mensajero de Ling Su. Atravesó la calle y penetró en el vestíbulo, a la vista de todo el mundo.

En aquellos momentos, los agentes enviados par Moy Chen debían de estar ya por los alrededores.

Moy Chen, siempre exacto, les habría hecho una fiel descripción de Hugo Barnes. Cleve confiaba en ello, pues todas las facciones de Hugo Barnes eran creación del agente chino.

Cleve se detuvo, de pronto, al penetrar en el vestíbulo. Le pareció haber escuchado un silbido en la oscuridad, cerca de él. Escuchó con toda atención, pero el sonido no se repitió.

Esto inquietó al joven. No sabía que era una señal utilizada por los miembros del Wu Fan, y que significaba que nadie debía molestar al hombre que llevaba la marca de la muerte.

Cleve examinó atentamente el vestíbulo. No viendo a nadie, dirigió la vista al suelo y a las paredes. Tal vea podría descubrir la sombra que indicase que el hombre de las tinieblas se encontrase allí.

No; estaba ausente. Cleve reflexionó. ¿Le habría ocurrido algo a aquel ser misterioso cuya vigilancia habíale salvado la vida por dos veces.

EL agente consultó el reloj. Eran las diez en punto. Había llegado la hora de la cita.

Pasó ante la taquilla, cerrada ya, pues todas las localidades de la noche estaban vendidas, y permaneció inmóvil bajo la luz, donde pudieran verle fácilmente los policías enviados por Moy Chen.

Debían ocultarse muy bien, pues no se divisaba a ninguno. Cleve no hizo el menor movimiento que pudiera revelar el interés que sentía por su presencia.

Estaba acostumbrado a aquellos trabajos.

Adentróse más en el vestíbulo. Un hombre salió de un oscuro rincón.

Tratábase de un chino vestido a la americana. No miró a Cleve; parecía no sentir el menor interés por la presencia del agente. Pero los brazos del oriental estaban cruzados, y en una de sus dedos llevaba un anillo con la cabeza del dragón.

A pesar de la distancia, Cleve percibió el centelleo de las pequeñas esmeraldas incrustadas en los ojos del monstruo. Acercándose al hombre, Branch inclinó levemente la cabeza e hizo el signo del Wu Fan.

El chino contestó con el mismo saludo. En seguida volvióse y, con paso lento, penetró en el teatro.

Esto significaba que Cleve debía seguirle. Lo hizo despacio, a fin de dar tiempo a los ocultos agentes para seguirle.

El oriental volvió impaciente la cabeza. Cleve comprendió que sería una torpeza retrasarse demasiado. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, ademán característico de Hugo Barnes, y siguió a su guía.

Este torció a la izquierda y, silenciosamente descendió por el oscuro pasillo, seguido de cerca por Cleve Branch, que sospechaba se dirigían hacia el escenario.

Llegaron a la entrada de los palcos. Allí el chino se detuvo, invitando a Cleve a pasar delante. El agente obedeció, mientras una de sus manos empuñaba la culata de un revólver.

Cleve quedó enormemente sorprendido al penetrar en el palco y, ver que en vez de un suelo firme, encontraba bajo sus pies el vacío. Descendió por una escalera, al final de la cual

el chino apretó un resorte y se abrió una puerta, mientras sobre sus cabezas se cerraba una trampa.

Se acercaban al punto de reunión, que se hallaba en los subterráneos del teatro.

Cleve recordó la noche que había pasado por el palco de arriba, cuando tuvo la impresión de una presencia oculta. Entonces estuvo a la puerta del santuario secreto del Wu Fan, casi en el primer peldaño de la oculta escalera, y no lo supo.

Aquella vez debió de observarle algún espía oculto en las sombras. De ser así estuvo muy cerca de la muerte; pues el Wu Fan era, al fin y al cabo, una secta oriental.

Llegaron ante otra puerta. El guía llamó una vez, luego otra. La barrera deslizóse hacia arriba. El aposento que se ofreció a la vista de Cleve debía de encontrarse muy por debajo del teatro.

Mientras pensaba en la posible ineficacia de un disparo de revólver como señal, Cleve miró a su alrededor para estudiar a los hombres que ocupaban la habitación.

La extraña y vacilante luz le hizo parpadear. Su peculiar resplandor turbaba.

No podía distinguir los rostros; pero mientras recorría con la mirada las caras de las allí reunidos reconoció a dos hombres. Uno era Ling Su. El otro, acurrucado junto al jefe del Wu Fan, era Foy.

Cleve notó que su guía hacia el signo del Wu Fan. El también hizo el saludo que le fue devuelto por los del grupo.

De nuevo la mirada de Cleve volvió a recorrer la sala. De pronto, junto a Ling Su, vió algo que casi le hizo lanzar un grito.

Dos ojos brillantes centellearon a la luz. Eran dos lívidas llamas verdes.

¡Ojos Verdes¡

EL nombre resonó en el cerebro de Cleve.

¿Quién era aquel hombre? ¿Un poder más grande que Ling Su?

El guía acompañó al joven a un asiento vacante. El americano se sentó, dispuesto a aguardar como los otros. El grupo allí reunido parecía esperar a alguien más.

El agente adoptó la actitud indiferente de Hugo Barnes. Aquella enorme habitación resultaba amenazadora; y, sin embargo, el joven se sentía seguro bajo su disfraz. Estaba convencido de que la serenidad y el silencio le serían muy útiles.

La puerta se levantó, dando paso a otro hombre. A pesar de que se sentó cerca de él, Cleve no pudo reconocer los rasgos fisonómicos de Fu Chou.

La puerta habíase cerrado de nuevo. Se oyó un murmullo de expectación.

Ling Su empezó a hablar en inglés. Su voz era amistosa.

-Esta noche-dijo-, tenemos entre nosotros a un nuevo amigo que desea unirse al Wu Fan. ¿Debemos admitirle entre nosotros?

-¿Ha prometido ser leal?

Esta pregunta la hizo Ojos Verdes. Cleve pudo notar que los extraños ojos brillaban hacia él.

-Ha prestado el juramento - contestó Ling Su.

-Que sea, pues, admitido-replicó Ojos Verdes.

Cleve sintió un codazo. Era del hombre que le había guiado hasta allí.

-El signo-le dijo con voz extraña el hombre-. El signo del Wu Fan.

Cleve comprendió. Pausadamente se levantó y quedó en el centro del grupo.

No sentía ningún miedo. Pasado el formulismo obtendría el nombramiento que deseaba.

Alzó la mano derecha y colocó el índice en su frente. Sin que él se diese cuenta su dedo fue a posarse exactamente sobre la marca de la muerte.

Aquella señal se destacaría con toda claridad a la luz que reinaba en la estancia. En aquel momento estaba oculta por el dedo.

Branch habíase vuelto hacia Ojos Verdes, ocupada toda su atención por aquellos extraños puntos de luz.

Por ello no pudo darse cuenta de lo que ocurría tras él. Su mano derecha, al salir del bolsillo, perdió el dominio del revólver.

El ataque verificóse en aquel momento. Los dos hombres más próximos se precipitaron sobre sus brazos, agarrándole por ellos.

Luchando desesperadamente, Cleve fue precipitado hacia atrás, mientras otros miembros del grupo se echaban sobre él. Aquel ataque en masa fue irresistible. Los brazos y las piernas del joven fueron inmovilizados.

Era inútil luchar. El agente lo comprendió mientras unas correas le ataban muñecas y pies. La mordaza que pusieron sobre su boca fue apretada despiadadamente. El joven apenas podía respirar.

Cleve sintióse levantado. Luego le colocaron en el centro de la habitación como si se tratase de un sacrificio humano. Mirando hacia arriba sólo podía ver aquellos brillantes ojos verdes. A sus oídos llegaron las frías palabras del misterioso personaje.

-Juraste ayudar al Wu Pan. En vez de eso fuiste traidor. Había cosas que deseabas descubrir a pesar de no tener derecho a ello.

"La labor del Wu Fan continuará. Nunca podrás evitarlo. Una vez debiste morir en otras manos que las del Wu Fan. Te libraste.

"De nuevo se te condenó a muerte. Foy debía ser tu ejecutor. Un milagro te salvó. Esta noche nada podrá salvarte.

"Loco. No te conformaste con creer lo que se te dijo acerca del Wu Fan. Tu vida fue perdonada tan sólo porque el Wu Fan es sabio. Ahora la sabiduría ordena otra cosa. Se ha dictado sentencia contra ti.

"¡La muerte!

La siniestra palabra pareció resonar en el cuarto. Captada por los demás asistentes, fue repetida en un largo susurro que hizo estremecer al prisionero.

Siguió un momentáneo silencio. Al fin, dijo Ling Su:

-¡Ojos Verdes ha hablado!

Los demás repitieron la frase. Ojos Verdes callaba. Ling Su continuó:

-¡El verdugo! -llamó.

Foy levantóse. Era la suya la más siniestra de las figuras de aquella estancia.

-¡El testigo! -siguió Ling Su.

Fu Chou se puso en pie. Los dos hombres nombrados por el jefe del Wu Fan colocáronse a ambos lados de Cleve Branch.

Una palabra en chino fue pronunciada por Ojos Verdes. Uno a uno los miembros de la asociación empezaron a retirarse. Ling Su inclinóse para examinar el rostro del hombre a quien había traicionado. Luego se marchó.

Ojos Verdes, el extraño, el desconocido monstruo, quedó de pie ante su víctima. Sus raros ojos centellearon, como encendidos por la furia de un demonio. Dos manos acercáronse al rostro del joven.

Las pupilas verdes dejaron de brillar. Las manos, con dolorosa violencia, arrancaron las falsas cejas y el resto del disfraz del agente, obra de Moy Chen.

El rostro de Hugo Barnes acababa de ser destruido. En su lugar aparecieron las facciones de Cleve Branch. Este había intentado derrotar al Wu Fan. Pero el Wu Fan le había derrotado a él y le acababa de condenar a muerte.

Incapaz de lanzar un solo grito, sin saber siquiera los verdaderos móviles del Wu Fan, el intruso debía morir con el corazón, atravesado por el puñal de Foy.

La amenaza de los ojos luminosos había ya desaparecido. Ojos Verdes no estaba ya en el cuarto; pero esto no significaba ningún alivio para la situación de Cleve Branch. EL golpe

de la puerta al cerrarse tras el misterioso personaje fue la rúbrica de su sentencia. La última esperanza se alejaba de él.

En la estancia sólo quedaban dos hombres: Foy, el verdugo, y Fu Chou, el testigo.

Aquella era la sala del patíbulo. ¡Un traidor al Wu Fan iba a morir!

CAPITUL0 XVIII
LA MANO DE FOY

Foy reía agriamente mientras se inclinaba sobre la inmóvil figura de Cleve Branch. La contemplación de una víctima indefensa, era uno de los placeres de aquel monstruo.

Fu Chou, frío y atento, era también una amenaza. En ninguno de los dos rostros que se inclinaban sobre él, pudo ver Cleve un indicio de piedad. La mano derecha de Foy apareció, armada de un largo puñal.

Hablando en su idioma nativo, el verdugo chino dirigióse a Fu Chou. Le entregó el arma, y el actor la examinó devolviéndosela luego a su dueño.

Este no parecía tener prisa por llevar a cabo su trabajo. Usualmente silencioso, en aquellos momentos hacía gala de una gran locuacidad.

Su opaca voz explicaba a Fu Chou que el arte de clavar el puñal se conocía tan bien en América, como en China. Sobre todo por aquellos que lo habían estudiado tan a fondo como Foy.

Cleve no podía comprender el significado de las palabras; pero algo en su entonación hacíale comprender su horrible importancia. Fu Chou escuchaba inconmovible.

Foy inclinose más y colocó una mano sobre el corazón de Cleve. Parecía buscar el lugar exacto para descargar el golpe. Un golpe perfecto, que Fu Chou recordaría durante mucho tiempo.

La puñalada que pusiera fin a la vida del agente debía ser un modelo de su clase, había dicho Foy. Una puñalada que Fu Chou sentiríase orgulloso de presenciar.

La aguzada hoja quedó inmóvil en el aire, a unos treinta centímetros del pecho de Cleve.

EI agente había comprendido, por la actitud del verdugo chino, que la muerte seria rápida. Esto era, por lo menos, mejor que una muerte en el poste del tormento.

Un desesperado pensamiento acudió a la mente de Cleve. Era el recuerdo de La Sombra. El ser de las tinieblas que habiale salvado dos veces la vida.

Queriendo evitar la visión del puñal, Cleve volvió la cabeza a derecha e izquierda.

En aquel cuarto no había sombras. El suelo apenas quedaba iluminado. Las paredes estaban desnudas. Nadie podía ocultarse allí. Sólo en la puerta había alguna esperanza.

Cleve la miró. ¡Si aquella puerta se levantase, dando paso al único hombre que podía salvarle!

Mas la puerta no se movió. Leves susurros que sonaban encima de él, le hicieron levantar la vista. Vió el horrible rostro de Foy, cuyos labios musitaban palabras a Fu Chou, que se inclinó para observar el punto exacto donde se hundiría el puñal.

La armada mano de Foy levantóse. El acero emitió su brillante mensaje de muerte. De súbito, los desorbitados ojos de Cleve vieron cómo el chino dejaba caer atrás el puñal y, saltando por encima de su cuerpo, se precipitaba encima de Fu Chou. Las manos del verdugo se cerraron alrededor de la garganta del actor, que se desplomó.

Cleve no comprendía aquello. Fu Chou no había pronunciado palabra.

Sin embargo, Foy, el verdugo, le atacaba.

La lucha fue corta. Cuando terminó, Fu Chou estaba inmóvil en el suelo.

Foy levantóse de encima del cuerpo de su víctima.

¿Cuál era el propósito de aquel extraño ataque? ¿Se había vuelto loco Foy?

¿Quería estar solo para apuñalar a su gusto a Cleve Branch?

El siniestro verdugo acababa de recoger su puñal y regresaba hacia Cleve.

El indefenso agente cerró, angustiado, los ojos. No podría resistir la visión de aquel puñal levantándose de nuevo sobre su pecho.

Notó una presión en las piernas. Luego el chino le hizo dar media vuelta.

Cleve movió los pies y notó que las ligaduras que los inmovilizaran habían desaparecido. En seguida el cuchillo cortó las correas de sus muñecas.

Otro corte. La mordaza cayó. Fuertes brazos le ayudaban a levantarse.

Asombrado, vaciló, incapaz de sostenerse derecho. Cuando miró a Foy vió que ésta había duplicado casi su estatura. Ya no era Foy. Sólo su rostro seguía siendo el del chino. El resto del cuerpo pertenecía a:

¡La Sombra¡

Como un relámpago la luz se hizo en el cerebro de Cleve. Recordó aquella noche en casa de Darley. Recordó el tiro disparado contra Foy. Un disparo de La Sombra.

¿Por qué dudó entonces de la puntería de aquella mano que tantas veces y con tan terribles efectos disparó en el Sun Kew?

Aquel disparo en casa de Darley mató a Foy. El malvado chino no huyó. Su cadáver fue arrebatado por La Sombra.

Recordó la noche anterior, en casa de Ling Su; una sombra larga y fantástica que no pertenecía a Ling Su ni a Foy.

Pero en realidad aquella sombra era la del servidor chino, o, mejor dicho, la del hombre que fingía ser Foy.

Por muy increíble que pareciese, aquella era la verdad. La Sombra había interpretado tan bien el papel de Foy que engañó al mismo Ling Su.

Escudado bajo la falsa personalidad del sirviente, La Sombra había sido admitido en el círculo intimo del Wu Fan.

Posiblemente había descubierto los secretos de la organización; quizá enteróse de los insidiosos planes para aquella noche; tal vez conociera la identidad de Ojos Verdes.

Pero La Sombra no habló. De nuevo convirtióse en la siniestra y encorvada figura de Foy. Tan real era su aspecto que Cleve apenas podía creer lo que estaba viendo.

Haciendo una mueca, el hombre indicó a Cleve que se dirigiera a la puerta.

Vacilando, Branch obedeció. El falso Foy detúvose junto a la pared. La puerta se levantó. Cleve estaba en el pasadizo, seguido de su salvador.

Cuando se disponía a subir por el túnel que conducía al teatro, el joven sintióse detenido por su compañero. Este le hizo pasar por una abertura que había aparecido en el muro. Allí, en un estrecho corredor, el agente escuchó las instrucciones de La Sombra.

-Siga el pasillo, suba por la escalera, tuerza a la derecha, atraviese la puerta tapada por la cortina, se encontrará en el vestíbulo de casa de Ling Su...

Lo demás era fácil. Cleve vió ante él el camino de la libertad. Una firme mano le empujó hacia delante.

Al llegar al final del corredor, el joven se volvió. Por última vez pudo ver a Foy través de la puerta que se estaba cerrando.

Ante el agente levantábanse varias barreras; pero eran fáciles de vencer. Un simple movimiento de La Sombra le había salvado.

Llegó al final de la escalera. Ante él encontró una pared. Sabiendo dónde estaba, el agente comprendió que en la pared se abría una puerta que conducía a la sala donde se hallaba Ling Su.

Hacia la derecha, el pasadizo debía de conducir a aquella puerta que había detrás de la cortina, donde el joven se ocultó la noche en que espiara a Darley y a Ling Su.

Aquel era su camino. Luego saldría a la antesala; y por fin, al ascensor. Su huida no seria descubierta por nadie.

La Sombra tal vez le siguiera; o acaso habría abandonado el teatro. Quizá habíase envuelto de nuevo en su capa negra.

Estos eran problemas sobre los cuales era inútil recapacitar. Cleve recordó solamente las instrucciones de La Sombra y las últimas palabras que el hombre de la noche le había susurrado al oído:

-Esta noche en el Pung Shoun.

Las palabras significaban un mundo para Cleve. Eran una indicación acerca de lo que el Wu Fan iba a hacer...

Una vez fuera de allí, a salvo entre la multitud que llenaba las calles, podría pedir ayuda y registrar el junco anclado en la bahía.

Pero ante todo debía escapar.

A tientas encontró la puerta. EL resorte secreto era el mismo que en las otras que había ido abriendo. Apareció la deseada salida.

Cleve apartó un poco las cortinas y miró hacia el vestíbulo. Las puertas de cobre que daban al salón del trono de Ling Su, aparecían cerradas. La estancia estaba vacía.

Branch avanzó, pero, estúpidamente, enrédose con la cortina y cayó al suelo con enorme estrépito. Púsose en pie de un salto; mas al hacerlo oyó un ruido al otro lado de la puerta de cobre. Cuando llegaba a la antesala volvió la cabeza. Las puertas del salón se abrían.

Y a través de las dos hojas vió el rostro de Ling Su. Cleve empuñaba su revólver.

La visión de aquel odiado rostro enloqueció al agente del Gobierno. Apretó el gatillo y disparó hacia la abertura.

Sus primeros disparos, mal dirigidos, no dieron en el blanco. Luego las puertas de cobre se cerraron y las balas de plomo aplastáronse contra los dragones.

El joven siguió disparando, ciego de ira. De súbito dióse cuenta de que el percursor caía sobre cápsulas vacías. En aquel instante recobró la serenidad.

¡Había sido visto par Ling Su! ¡El canallesco ser estaba enterado de que él había escapado!

A toda prisa metióse en el ascensor y ganó la calle. Sabia que Ling Su estaba dando la voz de alarma. Tenía que huir del Barrio Chino, donde la muerte acechaba.

Abriéndose paso entre la multitud que llenaba la calle, Cleve sólo pensaba en una cosa: ¡en huir!

Una vez fuera del distrito oriental podría obrar; dentro del campo de acción del Wu Fan, la muerte cerniese sobre él.

Fanáticos chinos abandonaban su camino cuando Cleve pasaba junto a ellos.

Un hombre que le cerraba el paso no quiso apartarse. Sus ojos habían visto la marca de la muerte en la frente del joven.

El chino era un miembro del Wu Fan. Cogió a Cleve y luchó con él. El agente trató de pegarle con su revólver, pero falló el golpe. AL fin logró librarse de aquellos brazos y huyó, perseguido por su enemigo.

Estaban en la frontera del Barrio Chino. Otro oriental habíase unido al perseguidor. A Cleve le fallaban las piernas. Al fin desplomase y los dos chinos cayeron sobre él.

Unas garras le cogieron de la cabeza y la hicieron chocar contra la pared.

Casi al borde de la salvación, el agente del Gobierno enfrentábase de nuevo con la muerte. Pero alguien acudía en su socorro; tres americanos, viendo lo que le pasaba a su compatriota, echáronse encima de los atacantes.

Como ratas, los dos hombres del Wu Fan abandonaron a su víctima y huyeron hacia sus madrigueras. Pero sus perseguidores eran más rápidos y los alcanzaron, tumbándolos de fuertes puñetazos.

El agente, vacilante y casi sin sentido, fue trasladado a una farmacia, donde debía aguardar la llegada de una ambulancia.

AL volver en si murmuró unas palabras apenas perceptibles.

-¡Pung Shoun! ¡Esta noche!

Cleve Branch había sido salvado de la muerte por Foy, aunque el verdadero Foy estaba muerto.

En realidad su salvadora había sido la mano de La Sombra, bajo el aspecto de Foy. Pero el joven no podía hacer nada en aquellos momentos. No podía decir que había sido visto vivo y libre por Ling Su, jefe del Wu Fan.

El sagaz chino no podría dejar de comprender que la causa había sido traicionada por su criado Foy.

¡La ley del Wu Fan era muerte a los traidores!

¡El peligro aguardaba a La Sombra!

CAPÍTULO XIX
EL JUNCO CHINO

El Pung Shoun, pesado junco chino, estaba anclado en la bahía de San Francisco. Solemnes orientales, de rostros amarillentos, paseaban por su puente. Un pequeño bote a motor aparecía amarrado junto al barco de madera.

Este era visitado en aquellos momentos por unos americanos. Entre ellos hallábase Joseph Darley. Los otros eran miembros del Comité Civil y empleados de aduanas.

De pie, a la luz que salía de una cabina, Darley miraba interrogador a sus acompañantes. El registro habíase dejado para última hora a fin de comprobar si se encontraban hombres escondidos a bordo.

-Aquí no hay nadie, señor Darley -dijo uno de los aduaneros-. Hemos registrado el barco desde el palo mayor hasta la cala. Ya lo registramos cuando llegó. Es un buque curioso. Está lleno de escondrijos y cosas raras.

-Por ejemplo, aquel aparato de madera, en la bodega -intervino otro agente.

-Si, es verdad -continuó el primero-. ¿Lo vió usted, señor Darley? No me imagino para qué servirá. Los tripulantes no han querido decirnos nada acerca de él Que guarden su secreto, si lo desean. Tenemos demasiado trabajo para entretenernos solucionando rompecabezas chinos.

-Bueno; es inútil vigilar el barco toda la noche -dijo Darley-. Mañana, antes de que zarpe, le echaremos otro vistazo.

-Así lo haremos -asintió el agente.

Mientras los demás se alejaban por el puente, aquel hombre se llevó a un lado a Darley y le dijo sonriendo:

-Si algún chino trata de escapar en este junco lo cazaremos. Le hemos colocado una etiqueta a cada marinero, y así pescaremos a los extraños que intenten mezclarse entre la tripulación. ¿Se ha fijado en la cala, señor Darley? Está llena de rincones y escondrijos. Estoy seguro de que este barco se dedica al contrabando de opio.

-¡Contrabando de opio! -exclamó el jefe del Comité Civil.

-Eso es. Se nos comunicó que traía un cargamento enorme de opio. Un millón de dólares de esa droga puede esconderse en un sitio muy reducido. Por ello, así que llegó, lo registramos sin dejar un solo rincón. No encontramos ni un gramo de droga.

-¿Cómo se explica usted eso?

-De una manera muy sencilla. Este viaje lo ha hecho con el fin de engañarnos. Harán un par de viajes sin nada. Luego, cuando los aduaneros crean que se trata de un barco decente, traerán un cargamento importante.

-¿Cuánto tarda un barco de estos en atravesar el Pacifico?

-Muchísimo. No oiremos hablar de éste en bastantes meses. Pero volverá, pierda cuidado. Y algún día ocurrirá algo grave a bordo del Pung Shoun.

Darley encogióse de hombros.

-Creo que ya nos hemos molestado bastante. En cuanto lleguen los vigilantes chinos podremos marcharnos.

-¿Quiénes son esos chinos?

-Unos de nuestra confianza. Fueron ellos los que nos dieron el aviso. Vendrán para ver si hay algún sospechoso. He decidido que se queden a bordo y vigilen.

-Buena idea.

-No hemos querido molestar a la policía, pues puede tratarse de una falsa alarma. El deber del Comité Civil es vigilar las cosas antes de que se conviertan en un peligro.

Cuando llegaron al centro del barco, Darley vió un chino que avanzaba hacia él. Era Foy. El criado de Ling Su debía actuar como jefe de los vigilantes.

Como Foy no hablaba el inglés y Darley no sabía el chino, el jefe del Comité Civil saludó al criado con un leve movimiento de cabeza.

-Ya podemos marcharnos -dijo al agente-. Este hombre está informado de todo.

Los americanos descendieron hacia el bote. Darley disponiase a seguirles cuando vió cerca de él a Ling Su.

La presencia del jefe del Wu Fan era muy importante. Habíase convenido que Ling Su sólo acudiría en caso de que lo creyera necesario. Darley se detuvo y dijo a los del bote.

-Un momento. Bajo en seguida. Quiero hablar con alguien que acaba de llegar.

Desde el bote contestaron que esperaban, y Darley se volvió hacia Ling Su.

El rostro del chino era sereno. Vio a Foy y le llamó, diciéndole unas palabras en chino, a las cuales el criado respondió en el mismo idioma.

La pregunta de Ling Su referíase a la muerte de Cleve Branch. Deseaba saber si todo había ido bien. Foy contestó afirmativamente. Ling Su sonrió complacido.

Habló luego en inglés.

-Esta noche han asesinado a un hombre llamado Moy Chen. Hay algo que deseo decirle acerca de esa muerte. Es importante.

Indicando que deseaba ser seguido por Foy, Ling Su dirigióse hacia un camarote. El y Joseph Darley se sentaron junto a una mesa.

Foy, obedeciendo a una indicación de su amo, permaneció a un lado, con las manos cruzadas sobre el pecho. Miraba a los dos hombres por entre sus entornados párpados.

-Se trata da lo siguiente -empegó Ling Su, mirando a Darley- Moy Chen era un chino que vivía...

Mientras Ling Su hablaba, su mano derecha fue a apoyarse en una moldura de la pared del camarote. De pronto hizo un movimiento brusco y el suelo se abrió bajo los pies de Foy, que se vió precipitado en el vacío.

-Vamos -dijo el chino, soltando la moldura para que la trampa se cerrase.

Seguido de Darley descendió a la bodega, abrió una puerta, y encendió una linterna. Su luz reveló la inmóvil figura de Foy.

-¿Qué ha hecho usted? -preguntó Darley.

-Foy es un traidor -declaró Ling Su-. Le he engañado. Sabía que yo podía venir aquí y por ello no se ha sorprendido, pero ignoraba que le había descubierto. ¡Dejó escapar a Branch!

-¡Branch! ¿Dónde está? -había inquietud en la voz de Darley.

-Los hombres del Wu Fan le persiguieron. Debían matarlo. Le golpearon. Está en el hospital, gravemente herido. Esta noche no podrá hacernos daño.

Ling Su inclinóse sobre Foy. Ayudado por Darley arrastró el inmóvil cuerpo hacia una puerta. Ling Su la abrió, encendiendo una linterna de petróleo.

La luz reveló una habitación cuadrada en cuyo centro veíase un aparejo de madera formado por dos maderos verticales y paralelos en su parte superior por otro horizontal.

-Foy debe hablar -declaró solemnemente Ling Su.

Joseph Darley asintió.

El chino cogió una soga y con ella ató firmemente las manos del criado.

Luego, con un alambre, apretó más los nudos y pasando la extremidad de la cuerda por un agujero del madero horizontal tiró de ella.

Darley ayudó a levantar el cuerpo de Foy, que quedó colgando en el aire, rozando el suelo con la punta de los pies. Todo su peso pendía, así de los brazos.

-De esta manera hablará -dijo Ling Su.

-Hablará, y luego morirá -asintió Darley.

-¿Y si no habla?

-Entonces morirá sin hablar.

Ling Su inclinóse, asintiendo. Pareció aceptar las palabras de Darley como una orden. Escuchó plácidamente, mientras su compañero decía de una manera brutal:

-Déjele aquí hasta que recobre el sentido... si lo recobra.

Aquella frase estaba justificada, pues el cuerpo del chino parecía privado de vida. Cuando Ling Su abrió la trampa precipitó a su criado desde una altura de ocho metros.

-Si Foy se niega a hablar amenácele con la permanencia en el potro de tortura hasta que muera. Cada hora que esté colgado, aumentará hasta el límite sus sufrimientos. No hay ser humano que pueda resistir esos dolores.

Ling Su sonrió. Aquella crueldad era algo que le alegraba. Miró la inmóvil figura de Foy, colgado del potro, con la cabeza inclinada hacia delante.

-Si no quiere hablar - prosiguió Darley-, déjele y vuelva cuando lleguen los otros. Entonces ofrézcale una nueva oportunidad. Pero, tanto si habla como si no, debe morir. El tiro que ponga fin a su vida será la primera señal. Cuando se oiga arriba, empezará el fuego. Luego usted y los que hayan disparado marchan hacia la playa. Que los marineros enciendan las linternas. Entretanto los demás...

Darley no terminó la frase. Ling Su comprendió. Hizo una sola pregunta, aunque no era necesaria.

-¿Tiene el papel?

-Sí. Le enseñaré a todos. Cada uno recibirá su parte del envío. No tiene usted que preocuparse, Ling Su. Su puesto está aquí. En vez de permanecer en su casa, puede hacer el trabajo que debía realizar Foy.

Dicho esto se marchó. El chino quedóse mirando fríamente la figura del hombre que se parecía tanto a Foy que ni el mismo Ling Su dudaba que lo fuese.

Acercóse a él y del interior de su traje sacó un largo cuchillo que guardó en una manga. ¡Era el cuchillo de Foy, el verdugo! ¡El cuchillo que también aquella noche había fallado!

Foy era un traidor. Por eso había fallado el golpe. Debía morir.

No fueron necesarias las explicaciones. Darley aceptó la declaración que Ling Su hizo sobre la perfidia de Foy. Desde el momento en que el jefe del Wu Fan vió huir a Cleve

Branch, comprendió que Foy era un traidor, pues sólo él podía haber liberado al agente, permitiéndole la salida por el pasadizo.

Apenas vió libre a Cleve, Ling Su descendió a la cámara de la ejecución, donde halló la inerte figura de Fu Chou, el testigo.

Ling Su había jugado astutamente. Sabiendo que Foy estaría en el junco chino dirigiase allí y utilizó con gran fortuna la trampa del camarote.

Y sin embargo, a pesar de su astucia e inteligencia, a pesar de que sabia que el hombre que colgaba del potro chino era un traidor, ignoraba que aquél no era el verdadero Foy.

El disfraz de La Sombra era perfecto, hasta para los ojos de Ling Su.

Pero aquello no salvaba a La Sombra. Ling Su había dispuesto bien el cuerpo que pendía del más formidable instrumento de tortura.

A las atadas manos seriales imposible hacer otra cosa que cerrarse en el aire. Ling Su, que viera a otros colgar de aquella manera, sabia que su prisionero estaba seguro.

Los pies de éste apenas rozaban el suelo, y, por lo tanto, no podían sostener el peso del cuerpo. Brazos y hombros debían sostener el peso, que aumentaría con el transcurso de cada minuto.

Foy, el traidor, estaba condenado. Su castigo iba a ser, al fin, una bala en el corazón. El momento de la muerte sería aquel en que Ling Su estuviese dispuesto a matar.

Al día siguiente -se dijo el jefe del Wu Fan,- aquel cuerpo se encontraría en San Francisco, antes de que el junco partiera.

Los que lo descubrieran creerían que se trataba de un complot chino. Complot que se atribuiría al Tiger Tong.

Cuando las autoridades se enterasen del nombre de Foy, sucedería lo que Ling Su deseaba. Aquella muerte probaría, sin la menor duda, que el Wu Fan había sido atacado por sus enemigos.

¡Foy, criado del jefe de la asociación, encontrado muerto y torturado! Nada podía parecer mejor a su asesino.

Esto completaba la coartada que ideara Ling Su. Miembros del Wu Fan habían acudido apaciblemente a aquel junto. En él tendría lugar una corta lucha. Los miembros del Wu Fan, entre ellos Ling Su, huirían.

El breve ataque se atribuiría al Tiger Tong y estaba dispuesto con el fin de que, mientras toda la atención de la policía del muelle se concentrase en el junco, otros miembros del Wu Fan, trabajarían, astutamente, en otro sitio.

Tiros, luces, linternas... todo estaba dispuesto para una corta pelea. Todo acabaría antes de que llegaran los investigadores. Pero habría un detalle final, más tarde.

El hallazgo del cadáver de Foy.

Ling Su sonrió satisfecho. Cogió la linterna y se acercó al prisionero. A la luz del quinqué, vió una gran mancha de sangre sobre su frente.

Pero no era esto lo que interesaba al chino. Le importaba saber si Foy estaba aun vivo.

¡Y la leve respiración del criado indicaba que éste no había muerto a causa de la caída!

El jefe del Wu Fan aguardó. Parecíale que Foy iba volviendo en sí. Los párpados se agitaron. Foy podría hablar.

Si se negaba, Ling Su aguardaría, dándole más tarde otra oportunidad.

Luego, sucediese lo que sucediese, el criado debia morir. ¡Esta era la sentencia!

-¡Es la muerte! ¡Ojos Verdes ha hablado!

Ling Su dijo estas palabras en voz alta, como si se dirigiera a un invisible auditorio.

El jefe del Wu Fan habialas pronunciado en chino; tal vez para que el prisionero pudiera entenderlas.

Los ojos de éste se abrieron. A la luz de la linterna brillaron como jamás los viera Ling Su. Un instante después apagóse el resplandor. Los párpados volvían a cubrir los ojos, a la manera d Foy.

Ante él, La Sombra vió la implacable figura de Ling Su. Luego miró hacia arriba y comprendió lo terrible de su situación.

La risa del jefe del Wu Fan resonó en la mazmorra. Luego, con voz siniestra y cargada de amenazas, preguntó:

-¿Por qué fuiste traidor? Dime por qué o sufrirás la tortura entera.

EL preso no contestó.

-Tus padecimientos serán largos -declaró solemnemente Ling Su-. Habla. Explica la verdad de tu perfidia. Entonces tus dolores cesarán.

Los labios de Foy no se movieron.

-Dejaste huir a nuestro enemigo. Pero no esperes que él te salve. Quizá en estos momentos esté ya muerto. Yo haré el trabajo que te estaba destinado. Nuestros planes se realizarán a pesar de tu traición.

Estas palabras no produjeron el menor efecto sobre el prisionero.

-¿No quieres hablar? -la pregunta fue hecha maliciosamente-. Entonces sufre el tormento. Tus sentidos huyeron a causa de la caída; por ello no te has dado cuenta del dolor. A menos que hables me marcharé y tendrás que sufrir horriblemente mientras esté fuera.

Los entornados párpados de Foy dejaron paso a una mírala de desafío.

-Has podido escoger-murmuró con lentitud Ling Su-. Me voy. Aunque grites no conseguirás nada. Todos los tripulantes de este barco son amigos nuestros.

Colgó la linterna de un gancho, en la pared, y abrió la puerta de la celda. La sombra de Foy extendiase sobre el suelo. Pero Ling Su no tenia tiempo para fijarse en sombras.

-Recuerda, que pendes del potro chino -dijo antes de marcharse-. Del instrumento de tortura del que jamás se ha salvado nadie.

Después de esto, Ling Su se marchó dejando la linterna para que a su luz, Foy pudiera darse cuenta de lo desesperado de su situación.

El jefe del Wu Fan había dicho la verdad al afirmar que nadie puede salvarse del potro de tortura chino. En su misma sencillez estriba su terrible eficacia. Pero, no obstante, hubo un hombre que logró escapar de él después de largas horas de extenuantes esfuerzos. Ese hombre había sido Houdini.

La Sombra se hallaba ante el mismo dilema que el genial americano. Debía escapar de aquel instrumento de tortura.

La empresa era difícil; pero a La Sombra le quedaba un triunfo que Ling Su no había sospechado. El hombre que el jefe del Wu Fan colgara del potro no era Foy; aunque tuviese su misma estatura.

¡Pero esa estatura no era la de La Sombra!

Apenas se apagó el rumor de los pasos de Ling Su, el preso pareció alargarse, y sus pies se apoyaron enteramente en el suelo.

El primer paso de la huida estaba dado.

Pero aun faltaba mucho. La tortura había cesado. El cuerpo ya no pendía de la cuerda. Pero las manos continuaban atadas de tal manera que resultaba imposible alcanzarlas con la boca, por estar sostenidas en alto por la cuerda que pasaba por el agujero del barrote horizontal.

Aunque el tiempo apremiaba, La Sombra, se concedió cinco minutos de reposo. Luego dio un salto y sus manos se cerraron alrededor del barrote superior.

¡El cuerpo del preso volvía a colgar en el aire!

Lentamente, las piernas de La Sombra fueron ascendiendo y al fin se cerraron también alrededor del madero.

Habla sido una flexión difícil, pues las manos no podían abarcar por entero el barrote.

Después de un cortísimo descanso empezó la obra libertadora. Ahora las manos quedaban a la altura de la boca del hombre. Los dientes de este podrían haber roído la cuerda a no ser por el alambre que la aseguraba.

¡Y era imposible destrozar el alambre con los dientes!

Colgando sólo con los pies, el cautivo buscó el punto en que el alambre había sido retorcido. Cuando lo halló dio comienzo a sus esfuerzos para ir separando los dos extremos.

Era dificilísimo, pues habían sido cortadas con unos alicates y tenían la agudeza de alfileres. Pronto la lengua y los labios de La Sombra sangraron abundantemente.

¡Pero su labor progresaba!

También el rostro sufrió las heridas y la sangre corría por él.

Al cabo de diez minutos el alambre cayó al suelo. La parte más difícil había terminado.

Después de otro descanso, durante el cual La Sombra permaneció colgada de manos y piernas, reanudó su ataque. Esta vez contra la cuerda. Sus dientes trabajaron veloces. Pero había mucho trabajo y los minutos pasaron velozmente.

El sabor de la sangre y el del cáñamo se mezcló en la boca de La Sombra.

Resultaba un martirio irresistible permanecer suspendido por las piernas, mientras la boca, sola, trabajaba para cortar la soga.

Por fin, al cabo de media hora, la mano izquierda quedó libre; dos minutos después, quedaba suelta la derecha.

Pero el hombre, no pudiendo resistir ya más se desplomó desde lo alto del potro y quedó tendido en el suelo, completamente inmóvil.

La extraña figura permaneció allí, bajo el disfraz de Foy. Tenia el rostro cubierto de sangre, Las muñecas presentaban las huellas del martirio.

Los labios aparecían llenos de cortes, lo mismo que la lengua, a causa del contacto con los alambres. Su fuerza parecía haber desaparecido; respiraba fatigosamente y no intentaba moverse.

La Sombra había realizado lo imposible. Acababa de escapar del potro chino. Había duplicado la hazaña del gran Houdini, pero en muchísimo menos tiempo.

¿Cuál era el resultado?

Su cuerpo permanecía inmóvil. ¿Había perdido nuevamente el sentido?

¿Estaban agotadas todas sus fuerzas?

El tiempo apremiaba. La Sombra encontrábase a bordo de un buque enemigo, tripulado por unos marineros hostiles. ¿Qué esperanza podía caberle para el futuro, si no entraba en acción en seguida?

Los minutos iban transcurriendo; largos, silenciosos, tan desesperados como los pasados en el potro del tormento. Sólo que entonces La Sombra estaba activo. En cambio ahora hallábase inmóvil.

El límite del tiempo había llegado. Fuera sonaban pasos. Unas manos se apoyaron sobre la puerta.

La Sombra se movió.

CAPÍTULO XX
LA BATALLA EN EL JUNCO

Ling Su paseábase por el ancho puente del Pung Shoun. Dirigió una mirada a lo alto de los anticuados castillos del buque. En la sombra podía ver las siluetas de varios marineros. Esperaban su señal.

El sinuoso chino estaba gozando. El y otros cuatro miembros del Wu Fan se hallaban a bordo del junco. Su primitiva intención había sido bajar él mismo a matar a Foy. Pero luego se le ocurrió una forma mejor.

Envió a dos de sus hombres a hacer el trabajo. Ambos eran de confianza.

Un traidor como Foy no significaba que todos los del Wu Fan lo fuesen. Los métodos de la asociación eran demasiado terribles para permitir que abundaran los traidores.

Foy no era el primero que se descubría. También fue traidor Stephen Laird y la muerte fue el premio que recibió.

Ling Su estaba cerca de la puerta del extraño camarote. Sus agudos oídos esperaban captar el disparo de un revólver.

Aquel tiro significaría la muerte de su criado. Entonces Ling Su haría la señal. No se perdería ni un segundo mientras los dos ejecutores subían de la bodega.

A Ling Su le había costado trabajo subir. Las escaleras eran numerosas y difíciles. Esta fue la razón que le movió a delegar en otros la ejecución de Foy.

Desde su puesto, podía ver las siluetas de los otros dos miembros del Wu Fan. Estaban preparados junto a la escala.

En cuanto se hiciera la señal, el infierno desbordariase sobre el junco.

Entonces, Ling Su se reuniría con sus hombres y todos huirían en el bote, acompañados por los dos ejecutores de la justicia del Wu Fan.

Toda la tripulación era oriental; toda pertenecía a un capítulo del Wu Fan que existía en China. Todas juraron guardar el secreto. En otras ocasiones supieron cumplir con su deber.

¡También sabrían cumplirlo aquella noche!

Ling Su sonrió, pensando en lo que ocurriría mientras tanto en el lugar donde otros miembros de la asociación aprovecharían el tumulto para realizar un trabajo que representaría un gran beneficio para Ling Su y para Ojos Verdes. ¡Millones de dólares en buena moneda norteamericana!

La ahogada detonación de un revólver llegó hasta él. Después se oyó otra.

¡Bien¡

Una amplia sonrisa iluminó su rostro. Los dos hombres habían realizado su cometido. Cada uno de ellos acababa de atravesar de un balazo el corazón de Foy, el traidor!

Su muerte era segura. Foy ya no volvería a traicionar al Wu Fan.

El jefe de la asociación china dirigió una mirada hacia los altos mástiles. El momento había llegado. Sin embargo, obraba con prudencia.

De debajo de su traje de seda, Ling Su sacó su brillante revólver. Apuntó hacia la bahía. Apretó el gatillo. Oyóse una detonación.

¡Era la señal!

Numerosos disparos sonaron en el puente y en los castillos de proa y popa.

Iban acompañados de gritos. Ling Su clavó la mirada en la puerta que conducía a la celda. Sus dos hombres no tardarían en salir por allí.

Una cabeza y unos hombros aparecieron; luego el cuerpo de un hombre bajo y siniestro.

Ling Su se quedó petrificado.

¡Foy!

¡El verdugo había resucitado! ¡De una manera u otra, había conseguido escapar del potro del tormento!

¿Le habrían ayudado los otros? No. De ser así, en aquel momento el criado no estaría solo.

Ling Su comprendió la verdad. Aquellos dos apagados disparos partieron de la mano de Foy. El traidor había asesinado a los fieles servidores del Wu Fan.

Un cohete remontose en los aires desde el castillo de popa. Su luz reveló a Ling Su junto a la puerta del camarote. El jefe del Wu Fan apuntaba su revólver hacia Foy. Pero antes de que pudiese disparar, una llamarada brotó de cerca de la puerta de la cala.

EL revólver cayó de entre los dedos de Ling Su, quien se tambaleó para al fin desplomarse sobre el suelo. Cuando el cohete se apagó, los dos servidores del Wu Fan que permanecían junto a la escala acudieron en socorro de su jefe.

Otro cohete mostró a La Sombra, siempre bajo el disfraz de Foy, acurrucado y empuñando dos pistolas automáticas.

Ling Su, tendido en el puente, vió avanzar a su enemigo. Y de sus labios brotó un grito largo y horrendo.

¡Era el grito de guerra del Wu Fan! Aquel grito, cuando lo lanzaba el jefe, significaba muerte. La extendida mano de Ling Su señalaba a Foy.

Encendiéronse varias linternas. Los dos compañeros de Ling Su empuñaron sus armas e intentaron disparar. Dos fogonazos brotaron de las automáticas de La Sombra, y los dos hombres cayeron, inmóviles para siempre, sobre las tablas.

Hasta entonces los disparos de la tripulación habían sido dirigidos al aire o hacia el agua. A partir de aquel momento, las balas fueron a rodear al hombre a quien todos creían compatriota suyo y traidor.

Pero La Sombra saltaba fantasmalmente de un lado a otro, disparando con terrible puntería sus armas, que enviaban mensajes de muerte.

Los enloquecidos marineros disparaban sin cesar; pero sus balas no podían herir al extraño ser. La distancia era demasiado grande para ellos.

En cambio no lo era para La Sombra. Ni uno solo de sus tiros dejó de llegar al blanco a que iba destinado. Los marineros caían como segados por el fuego de una ametralladora.

En breves momentos, La Sombra vació los cargadores de sus armas. Estas eran ya inofensivas. Pero cuando otro cohete ascendió a través de la noche, su roja luz reveló en manos de aquel hombre misterioso la presencia de otros dos revólveres: los que arrebatara a los que bajaron a matarle.

Los disparos de aquellos dos revólveres iban dirigidos hacia un solo punto: un lugar del castillo de popa en donde un grupo de chinos, junto a una linterna disponiase a encender la mecha de dos cohetes más.

Uno de los revólveres de La Sombra envió un mensaje de plomo al corazón del que sostenía uno de los cohetes, que acababa de ser encendido.

AL caer, el marino desvió la dirección del cohete, que partió silbando hacia el puente, perdiéndose dentro de un camarote.

Incapaces de hacer frente a aquel formidable tirador, los aterrorizados marinos, saltaron por encima de los cuerpos de sus compañeros y huyeron hacia donde no podían llegar las balas de aquellas armas tan bien manejadas.

Como monos encaramáronse por los mástiles, ocultándose encima de las plegadas velas. Una risa burlona brotó de los labios del hombre que había triunfado de todos.

Era la risa de La Sombra y su eco llegó hasta los que buscaron la salvación en la huída.

La noche ya no era rasgada por los cohetes. Un nuevo resplandor iluminó las aguas. Nubes de humo brotaban de una de las cámaras.

¡El junco ardía!

Sus viejas maderas inflamábanse como si fueran de yesca.

En medio de aquel holocausto, el terrible hombre que lo provocara retrocedió hacia la puerta que conducía a la cala. Ni un solo disparo fue hecho contra él.

Los revólveres de La Sombra estaban descargados. Los tiró a un lado e inclinose a recoger el arma que Ling Su dejara caer.

Algo brilló en el aire. Un cuchillo descendió, silbando.

¿Fue el instinto lo que avisó a La Sombra del peligro? ¿O acaso sus agudos oídos oyeron el tenue silbido del arma disparada desde una de las vergas?

Apoderándose del arma de Ling Su, La Sombra saltó velozmente a un lado.

La brillante hoja de acero pasó rozándole y fue a hundirse en el sitio exacto donde, una décima de segundo antes, estuviera el revólver del jefe del Wu Fan.

El puñal quedó vibrando sobre el puente. ¡Había fallado el blanco a que estaba destinado!

Pero La Sombra no dejó sin castigo aquel tiro a traición. Girando veloz, el revólver pareció seguir la misma trayectoria que el puñal.

Brilló un fogonazo y una bala de plomo subió hacia un punto en el cual no se veía a nadie; pero donde, sin embargo, se ocultaba el que lanzara el cuchillo. Un grito brotó de unos labios. Y el ser que lo había lanzado cayó girando para ir a estrellarse contra el puente.

Este disparo maestro puso fin a la lucha. Los amarillos rostros se ocultaron tras las velas. Los cuchillos que estaban ya en las manos de los orientales volvieron a sus vainas. Ni un solo revólver dejó oír su voz.

La Sombra había puesto fin a toda oposición. Dondequiera que apuntase, sus armas encontraban un blanco... !Y sus temblorosos enemigos lo sabían!

Lanzando otra estrepitosa carcajada, La Sombra pasó junto a los cuerpos de Ling Su y sus dos servidores.

Oyóse el motor de la lancha gasolinera que utilizara el jefe del Wu Fan para ir al junco. Una solitaria figura se acurrucaba junto al timón. Desde el buque apenas podía verse.

Sonaron pitos y sirenas. Numerosas barcas dirigíanse desde todos los puntos de la bahía hacia el junco, envuelto en aquellos momentos en una espesa nube de humo rasgada por enormes llamaradas.

Formas humanas buscaban la salvación en el agua.

Una gasolinera de la Policía, girando alrededor del velero en llamas, iba deteniendo a los supervivientes.

Todos los que permanecieran en el junco estaban condenados a muerte.

Algunos cayeron sobre la cubierta al pretender tirarse al agua desde las vergas. Otros fueron heridos por las balas de La Sombra.

Entre los últimos hallábase Ling Su; el malvado chino sufría el castigo merecido. Pero había otro que aun estaba libre.

La pequeña lancha a motor cruzaba veloz la bahía, cortando las negras olas, alejándose cada vez más del ardiente junco

Dentro de ella un hombre se pasaba una mano por la cara. Dos puntos de color brillaron en las yemas de los dedos, al aplicárselos debajo de las cejas.

¡Desde el centro de la lancha brotó, potente y estremecedora, la risa de La Sombra¡

CAPÍTULO XXI
OJOS VERDES VE A LA SOMBRA

El esbelto yate Sepia estaba, anclado en la bahía, hacia la parte de Oakland.

Un hombre permanecía de pie junto a la ventana de un iluminado camarote.

Era Joseph Darley. Habíase dirigido allí después de abandonar el Pung Shoun.

Darley sonreía mirando hacia el otro extremo de la bahía, donde una pequeña hoguera sobre las aguas indicaba el incendio del junco chino.

¡Que ardiera aquel velero!- pensó. Era lo mejor.

El incendio debía haberse producido a causa del descuido de algún marinero; o acaso obedeciendo a algún nuevo plan de Ling Su, el astuto chino.

La cosa no tenia importancia. El junco estaba envuelto en llamas. Todas las lanchas de la Policía estarían junto al incendiado velero. Entretanto, allí donde él estaba, el trabajo terminaría muy pronto.

EL Sepia era un barco capaz de navegar por alta mar; pero su tripulación era reducida. Se trataba de hombres de confianza que, obedecían tan fielmente las órdenes de Darley, como las de Ling Su los seguidores del Wu Fan.

Darley podía confiar en ellos aquella noche.

Consultó su reloj. Dentro de diez minutes los demás estarían allí. Sacó la lista de los caracteres chinos. En caso de alguna duda aquello seria útil.

De pronto, Darley tuvo la impresión de que alguien se encontraba en el camarote junto a él. Volvióse rápido.

¡A menos de un metro vió el contraído rostro de Foy¡

Darley estaba asombrado. Creía a Foy muerto en el potro del tormento del Pung Shoun. Sin embargo, el criado chino se encontraba allí, ante él, empuñando un brillante revólver con el cual le apuntaba al corazón.

Instintivamente, dirigió la mirada a los ojos de Foy. Estaban abiertos de par en par, como jamás lo había visto.

¡No es extraño que Darley se estremeciera! ¡Estaba contemplando los ojos de La Sombra!

Foy empezó a hablar. No en chino, sino en inglés. Su voz firme y fría era apenas un susurro; pero, no obstante, Darley sintió que el corazón se le helaba.

-Joseph Darley-dijo, acusadora, la voz-. ¡He venido a arreglar las cuentas contigo!

-¿Las cuentas de qué?-preguntó Darley.

-De tus culpas-declaró La Sombra-. ¡Tú, hombre de gran influencia en la vida de la ciudad, eres el peor de todos los canallas! Aquel que te ayudaba en tus infamias ha muerto. Prepárate tú a seguirle.

-¿Ling Su?

-Ling Su ha perecido entre las llamas del Pung Shoun.

Darley estaba demasiado desconcertado para replicar. Permaneció, incapaz del menor movimiento, junto a la ventana del camarote, preguntándose a qué se debía la extraña transformación verificada en Foy.

Pues el chino iba creciendo. Su sombra se alargaba por el suelo, hasta envolver a Darley corno un fantasma de muerte.

-¿Te extrañas del aspecto de Foy?-siguió La Sombra, con burlón acento-. Ya no soy Foy. ¡Soy La Sombra¡

Darley no replicó.

-Tal vez no hayas oído hablar nunca de La Sombra-continuó la sardónica voz-. No es extraño, pues aunque La Sombra está en todos los sitios, raras veces se le ve.

"Fui yo quien salvó a Cleve Branch de la muerte que le esperaba en el Sun Kew, donde fue como Hugo Barnes. Fui yo quien le salvó del cuchillo de Foy en tu habitación.

"Tuve necesidad de matar a Foy. Me llevé conmigo su cadáver. Algún día lo encontrarán. Pero de momento me pareció más conveniente que Foy pareciera vivo, por ello ocupé su puesto.

"Mientras vivía al lado de Ling Su me enteré de tus canallescos proyectos. Asistí a las reuniones del Círculo Intimo. Oía Ojos Verdes dictar su sentencia de muerte contra Cleve Branch. Yo salvé de dicha muerte al condenado.

"¡Ya no puedes luchar contra mí, Joseph Darley! Me he enterado de todos tus asuntos. Este yate es tuyo. Su pretendido dueño es una máscara. En el viaje desde San Pedro, te reuniste con el Pung Shoun, y trasladaste su secreto cargamento a este buque.

"Mientras el Pung Shoun arde, tú esperas aquí la llegada de los miembros del Wu Fan que vendrán a descargar el cargamento de un millón de dólares que guardas en la bodega. La lista que tienes en la mano explica cómo se ha de partir el género.

Darley se sobresaltó. La Sombra se enteró de muchas cosas bajo su disfraz de Foy. El resto, aquel hombre fantástico lo había adivinado. Sin embargo, Darley estaba dispuesto a luchar.

¿Podía dejarse dominar por un hombre solo, quienquiera que éste fuese?

-Una trama muy astuta-prosiguió La Sombra-. El Wu Fan encubría algo más importante. No es extraño que intentases hacerlo aparecer como una asociación inofensiva. También te servía de máscara tu puesto en el Comité Civil. Así podías aparecer como una persona decente, sin correr ningún riesgo de ser molestado por las autoridades.

"Luego vienen los viajes entre San Francisco y San Pedro. No tiene nada de extraño que los oficiales de aduanas no registraran el yate. ¿Cómo podían sospechar que hubiese opio en un buque que no había ido al extranjero?

-¡Bah, todo palabras- exclamó, de pronto, rabioso, Darley-. No puedes probar ni una sola cosa de lo que dices. ¿Cómo puedes ligarme con el Wu Fan?

-Por medio de Ojos Verdes-declaró La Sombra.

-¿Ojos Verdes?-rió Darley-. ¿Dónde encontrarás a Ojos Verdes?

-Está delante de mí-afirmó La Sombra, mirando fijamente a Joseph Darley-. ¡Ojos Verdes... el asesino de Stephen Laird¡ El hombre que se vengó por sus propias manos. El americano temía por su vida, porque Ojos Verdes sabía demasiado. Ojos Verdes, el cerebro maestro, mucho mas astuto que Ling Su, es...

-¿Quién?-preguntó Darley.

-...Joseph Darley-terminó La Sombra.

-¡Demuéstralo!-desafió Darley.

-Puedo demostrarlo porque conozco el secreto de Ojos Verdes.

Mientras Darley miraba aterrado al hombre que tanto se parecía a Foy, éste cerró los ojos. Y, sin embargo, pareció que los ojos se abrían. Despedían un brillo verde, intenso, que hirió las pupilas de Darley.

Los ojos verdes desvaneciéronse. En su lugar aparecieron los de La Sombra.

Unos ojos fríos, amenazadores, más potentes que aquellas pupilas verdes.

-Conozco tu sencillo secreto-prosiguió La Sombra-. Lo descubrí la primera vez que te vi.

"No son tus ojos, sino tus párpados las que despiden el resplandor verde. Dos láminas de esmeralda adheridas a los párpados superiores. Ellas son las que despiden la luz verde que ha engañado a tus compañeros.

"Tus ojos verdes eran asombrosos, Darley, cuando mirabas a tus compañeros. Estos no sabían que en realidad tus ojos estaban cerrados, no abiertos, cuando brotaban de ellos los fríos resplandores.

Como para remarcar su afirmación, La Sombra cerró los ojos. De nuevo brillaron las esmeraldas. Mas para Darley aquello significaba una oportunidad, no una amenaza.

¡Los ojos de La Sombra estaban cerrados! ¡Era la esperada oportunidad de Darley!

Con la rapidez de un rayo, el jefe del Comité empuñó una automática y apuntó fríamente hacia los verdes ojos. Pero su astucia falló. La Sombra le había dado aquella oportunidad porque conocía al hombre.

Cuando la automática de Darley ascendía en la mano de éste, La Sombra apretaba el gatillo del revólver de Ling Su.

Los ojos verdes aun brillaban. Luego desaparecieron.

¡La Sombra quería ver cómo se desplomaba Joseph Darley!

Un marinero, inquieto por el disparo, acudía hacia el camarote. Vió el cuerpo de Darley y corrió a él. La Sombra descargó uno de sus puños sobre el marinero cuando pasaba a su lado. El hombre quedó sin sentido sobre el puente.

La Sombra escuchó. Del agua subía un débil rumor. Penetró en el camarote y se puso la capa y el sombrero que estaban sobre una silla. Luego, silenciosamente, salió a cubierta.

El resto de la tripulación se hallaba en el puente, manejando grandes cajas de madera.

El precioso cargamento de opio estaba empaquetado. Dos barcas se acercaban.

Los marineros creyeron que el hombre que se acercaba hacia ellos era Darley, pues la voz de La Sombra era exacta a la voz de Darley.

Los botes estaban ya contra el costado del yate. Iban ocupados por viejos hombres. Estos, al mirar hacia arriba, vieron brillar unos ojos verdes.

Los miembros del Wu Fan subieron al yate. Reuniéronse alrededor del hombre a quien creían Darley, y le pidieron, en voz baja, que les enseñara la lista.

Parecían asombrados de encontrar allí a Ojos Verdes. Pero su sorpresa debía ser aún mayor. Pues mientras se dirigían hacia las cajas que la negra figura les señalaba, oyeron una terrible carcajada.

¡Era la risa de La Sombra!

De pie, con el revolver de Ling Su en la mano izquierda y la automática de Darley en la derecha, La Sombra amenazaba a la tripulación y a los miembros del Wu Fan.

Disparó un tiro al aire. Este no fue apagado, como los disparos dentro del cuarto del tormento. Se oiría desde muy lejos. Era la señal de que algo ocurría a bordo del Sepia.

Debajo de las anchas alas del sombrero no brillaban ningunos ojos verdes.

Los miembros del Wu Fan comprendieron que habían sido engañados. Los marineros del buque estaban ciegos de ira. Como obedeciendo a una señal convenida, doce hombres se precipitaron sobre la solitaria figura que les amenazaba.

Revólveres y puñales aparecieron en las manos de los atacantes. Pero ni una sola arma pudo entrar en acción. Rápidos, secos, mortales, sonaron varios disparos. Pero todos partieron de las armas de La Sombra.

Los hombres caían. Algunos de ellos retorcíanse, moribundos, a los pies de La Sombra. Otros se doblaban sobre la barandilla.

Sólo dos escaparon. Colocados en las últimas filas de la masa atacante, aquellos hombres, miembros los dos del Wu Fan, se libraron de morir bajo las balas, y saltando por encima de la borda ganaron el bote que les había traído. Rápidos pusieron el motor en marcha. Iban en pos de la salvación.

Pero entonces entró en acción La Sombra. Los cartuchos de sus armas estaban todos disparados. Pero cogiendo el revólver de una de sus víctimas, acercóse a la barandilla y disparó dos veces hacia la noche.

Los dos chinos cayeron atravesados por las dos balas. La gasolinera continuó su marcha sin nadie que la dirigiese y con su cargamento de muerte.

Los disparos provocaron una gran confusión en los buques próximos. Se encendían luces. Los reflectores bañaban con su plateada luz la cubierta del Sepia.

Vagamente, percibianse desde los otros barcos las figuras tendidas en el puente o colgando de la barandilla. Pero ninguno de ellos reveló a La Sombra.

El dueño de la noche había vuelto a ella.

Una pequeña lancha motora rasgaba las aguas de la bahía, hacia a San Francisco.

¡El timón de la lancha lo llevaba la mano de La Sombra!

CAPÍTULO XXII
EL TRIUNFO DE CLEVE BRANCH

Dirigiéndose hacia el Este, en el Mountain Limited, Cleve Branch leía los relatos acerca del aniquilamiento de la banda de contrabandistas de drogas.

Todas las noticias estaban allí, y el nombre del agente aparecía en grandes titulares.

Al fin y al cabo, Cleve Branch había jugado un papel importante. Al volver en si en el hospital, contestó a las preguntas que se le hicieron respecto a la placa de la Oficina de Investigación que se había encontrado en sus ropas.

Luego perdió otra vez el sentido.

Otro agente acudió. Enterado de las palabras de Cleve, dirigióse al muelle, donde vió que el Pung Shoun estaba convertido en una inmensa pira.

Entretanto, del otro lado de la bahía llegaban comunicados acerca de los cadáveres encontrados en el Sepia. Entre ellos estaba el de Joseph Darley.

Los aduaneros descubrieron el opio. Lanchas armadas dirigíanse hacia el yate. Hasta aquí el papel de Cleve fue pasivo. Era creencia general que la pelea entre los contrabandistas chinos y americanos empezó en el junco y fue a acabar en el yate.

Fue al día siguiente cuando Cleve Branch relató la historia, que echó la luz sobre el misterio. Un carbonizado cadáver recogido cerca del Pung Shoun fue identificado por el agente. Era el de Ling Su.

Sobre varios de los muertos del yate se encontraron insignias del Wu Fan.

Cleve guió a la Policía al secreto punto de reunión, debajo del Teatro Mukden, donde se descubrió el cadáver de Fu Chou.

Pieza a pieza se descubrió toda la verdad.

El misterio de Ojos Verdes fue revelada de una manera muy extraña.

Cuando se encontró el cadáver de Darley, los ojos de este estaban abiertos.

Alguien intentó cerrarlos y entonces aparecieron dos piedras brillantes.

Pero este hecho no fue revelado. Cleve Branch tampoco quiso revelar la intervención de La Sombra, comprendiendo que éste deseaba conservar secreta su acción.

Se limitó a decir que un hombre disfrazado de Foy le salvó; pero afirmando que no podía dar ningún detalle acerca de la identidad de dicho personaje.

La lista de Darley se encontró en el camarote. Sus caracteres chinos describían la distribución del opio. Los miembros del Wu Fan ignoraban que Ojos Verdes fuese Darley. Habían sido enviados al yate para recoger la mercancía. El documento aquel solventaría las dudas que pudieran surgir.

¡Era el fin de los contrabandistas de drogas! Sus tentáculos, descubiertos por Cleve, fueron reducidos a la impotencia. Era un gran triunfo para Cleve Branch, que, en aquellos momentos, se dirigía a Washington.

Pero aunque se veía obligado a aceptar la gloria del éxito, sabia que éste pertenecía, en justicia, a alguien a quien nadie conocía.

El fin del Wu Fan, la muerte de Ling Su, el desenmascaramiento de Ojos Verdes...

¡Todo había sido realizado por La Sombra!

FIN